



Mi París y otros amores

Hay ciudades que sosiegan y otras que estimulan. El efecto, supongo, varía según cada cual. En lo que a mí se refiere, Sevilla, Lisboa o Tánger, por ejemplo, son de las primeras. De las que inspiran paz y ganas de pasear tranquilo, sin complicarte la vida: comer, leer, tomar una copa, mirar los lugares hermosos y ver pasar a la gente. Aquéllas donde no sientes la necesidad de hacer nada diferente a lo que haces. Otras ciudades, sin embargo, me causan un efecto distinto. En ellas es como si te tomaras una taza de café solo, bien cargado, o te fumaras un cigarrillo de los tiempos en que fumabas. O tuvieras quince años y te enamoras de alguien. Ciudades que abren puertas, que sugieren cosas quizá interesantes que todavía no has hecho. Puestos a seguir con los ejemplos, eso me ocurre en Londres, o en Nueva York, o en la ciudad de México. Son ciudades que incitan a hacer, a vivir, a imaginar. Que, como digo, estimulan. Que te vuelven lúcido y creativo.

De ese segundo grupo, mi favorita es París. Hay ciudades que me gustan más —en ninguna soy tan feliz como en Nápoles—; pero la capital francesa es el amor intelectual de mi vida. Quizá porque fue la primera y fueron muchos los libros que me llevaron allí. Nunca fui fetichista en el sentido de buscar la huella de los autores; por el contrario, siempre procuré evitarlas. Me da igual que Scott Fitzgerald se emborrachara en el Ritz o Hemingway fanfarroneara en el Harry's Bar de Venecia. Lo que me interesa es el rastro de sus personajes,

el eco de la ficción. Por aquel París anduve de jovencito, buscando lugares descubiertos en *Los tres mosqueteros*, en *El conde de Montecristo*, en *La comedia humana*, en *Los misterios de París* o en *El fantasma de la Ópera*, y frecuenté innumerables librerías a la caza de tesoros tempranos que conservo en mi biblioteca. Allí, en cafés hoy desaparecidos, como el de Cluny —que era mi favorito—, y en librerías de viejo como las de la rue Odéon o en las ya inexistentes de Saint-André des Arts, me sentí lector contumaz, buen cazador de libros, mucho antes de soñar siquiera con un día escribir novelas. Cuando, sin haber cumplido los veinte años, a lo único que aspiraba era a vivirlas.

He vuelto a París, como hago de vez en cuando. Hace un par de semanas recorrí otra vez los lugares habituales:

Allí me sentí lector mucho antes de soñar siquiera con escribir novelas. Cuando a lo único que aspiraba era a vivirlas

un trayecto que, a estas alturas de mi vida, podría hacer con los ojos cerrados. Ni el café de Cluny, ni la gran librería de la esquina de Saint-Michel, ni la tienda de cómics de esa misma calle, ni la anticuaria de Fabrice Teissèdre, ni la náutica de Michèle Polak existen ya —el inconveniente de vivir demasiado tiempo es que ves desaparecer demasiadas cosas—, y los buquinistas del Sena tienen más recuerdos baratos para turistas que libros, grabados y revistas antiguas —¿qué habrá sido de aquella librería pelirroja de la que

me enamoré hace medio siglo?—. Sin embargo, aún quedan lugares como L'Écume des Pages, próxima a mi hotel, la magnífica Gibert-Joseph, casi frente a La Sorbona, muchas de la rue Odéon y viejos cafés —Départ Saint-Michel, Les Deux Magots, Le Bonaparte— para sentarte a revisar el botín del paseo diario. Lugares donde, con esos libros recién comprados sobre la mesa, y ahí está la magia última del asunto, seguir imaginando.

Porque a eso me refiero con lo de ciudades que estimulan. Cada vez que regreso a París creo recuperar aquella inocencia original, la del joven lector para quien los libros eran un formidable camino que conducía directamente al futuro; cuando todo era posible porque aún estaba por leer y descubrir con una intensidad que proyectaría los libros leídos en la existencia vivida o por vivir. Y también en esta ocasión, como cada vez que vuelvo allí, sentí la inocencia del autor de mis primeras novelas, escritas hace más de treinta años: cuando narrar no era todavía una actividad profesional, sino una nueva forma de aventura, un modo de mezclar lo vivido con lo leído y lo imaginado. Y mientras caminaba con mi bolsa de libros en una mano y el paraguas en la otra —nada es del todo perfecto, y en esa ciudad llueve

siempre—, en busca de un café donde hojear tranquilo el fruto de la jornada, me sentía otra vez, de nuevo y como de costumbre, capaz de urdir más historias que me hagan feliz mientras trabajo en ellas. Era, o es, como si cuanto tengo en la cabeza se airease y pusiera al día, llenándose de ideas y tramas inéditas, de nuevos personajes y puntos de vista, de relatos hermosos todavía por escribir, para los que no bastará —y no hay dramatismo alguno en esta certeza tranquila—, mucho o poco, lo que aún me pueda quedar de vida. ■



Una historia de Europa (XLV)

Sobre la última etapa de la guerra de los Cien Años campea una figura asombrosa: Juana de Arco (Jeanne d'Arc para los de allí), alias la Doncella (la *pucelle*, o sea, que era y murió virgen) de Orléans. Se hizo famosa a los 17 años y la quemaron en la hoguera a los 19, visto y no visto; pero en ese poco tiempo tuvo ocasión de convertirse en leyenda y cambiar por completo el curso de la historia de Francia; lo que no está mal para una campesina jovencita y analfabeta. Casi todo el país estaba en manos de Inglaterra y sus aliados borgoñones, y el delfín Carlos, heredero del trono, era un tiñalpa debilucho y asustado que no tenía media hostia. Los ingleses estaban a pique de tomar la ciudad de Orléans y la cosa pintaba negra para la Fransa, cuando Juana salió a escena. Según dijo, y acabaron creyéndola, se le habían aparecido el arcángel San Miguel y Santa Margarita (y alguna santa más que ahora no recuerdo) para decirle que ayudara a echar de su tierra a los ingleses. Tomándose a sí misma en serio y tras varios intentos, Juana logró conectar con el delfín; que a esas alturas, de perdidos al río, era capaz de agarrarse a un clavo ardiendo. La chica resultó lista de narices, tenía una labia, un valor y un carisma fascinantes, y se los trajinó a todos de maravilla. Luego, ciñendo espada y revestida de armadura, fue a ponerse al frente de las tropas franchutes, con dos ovarios. Su presencia y el hecho de que fuera una muchacha vestida de soldado enardeció al ejército; y para más morbo, resultó herida de un flechazo entre el cuello y el hombro mientras sostenía el estandarte frente al enemigo. Aquello fue ya el delirio. Orléans quedó liberada y Juana aconsejó

atacar Reims, en cuya catedral se coronaban los reyes de Francia, así que allá fue con toda la peña. Se dio el asalto, Juana participó en primera línea y resultó herida de nuevo (una pedrada certera que alguien con buen ojo le tiró desde la muralla). La ciudad se rindió en julio de 1429 y Carlos VII fue coronado rey mientras Juana, siempre vestida de hombre con su armadura y su espada, ocupaba el lugar de honor en la ceremonia. Luego, con ella en estrecha colaboración con los jefes militares, los franceses siguieron dando candela a los ingleses (en el asalto a París resultó herida por tercera vez, ahora con un balleteazo en una pierna), y una vez firmada la tregua con éstos (que ya estaban de la doncellita hasta los cojones y pedían un respiro), las tropas de Carlos VII se volvieron contra las de Borgoña para ajustarles las cuentas. Pero, cosas de la vida, el ambiente local estaba cambiando para Juana. Los reyes suelen ser ingratos,

Compiègne, a ella se le acabó la suerte: los borgoñones la capturaron en una emboscada. Encarcelada en sucesivos castillos de los que intentó fugarse sin éxito, Carlos VII pasó bastante de su futuro. Entonces los borgoñones se la vendieron por 10.000 libras a los ingleses, que le tenían unas ganas fáciles de imaginar (Shakespeare, como inglés que era, le tiró luego pullitas en su tragedia *Enrique VI*). En prisión fue maltratada y sufrió un intento de violación. Después, un tribunal de clérigos pro-borgoñones y pro-ingleses, ilustres comepollas gabachos asociados a la universidad de París, la procesó por herejía, por vestirse de hombre y por todo cuanto se le ocurrió colocarle. El juicio fue una farsa y una infamia reconocida luego por los propios jueces, a quienes los ingleses exigieron sentencia condenatoria. Así que el 30 de mayo de 1431, la joven que en sólo veinticuatro meses había salvado a Francia, derrotado a Inglaterra, acojonado a Borgoña y hecho coronar a un rey, fue quemada en la ciudad de Reims y arrojados sus restos al Sena, apenas cumplidos los 19. La guerra de los Cien Años aún iba a durar veintidós, pero al acabar ésta los ingleses habrían perdido todas sus posesiones continentales a excepción

La chica tenía una labia, un valor y un carisma fascinantes. Ciñendo espada y armadura se puso al frente de las tropas, con dos ovarios

los cortesanos envidiosos, la *pucelle* de Orléans se había engrandecido mucho y a los enemigos ya no sólo los tenía enfrente, en los campos de batalla, sino también montados en la chepa. El rey ya no la necesitaba como antes, y además empezaron a comerle la oreja («Cuidado, majestad, que la niña anda muy chula, a ver quién se ha creído esa zorrita que es, a saber si es tan virgen como dice») y se acabaron enfriando las relaciones entre el monarca y la espléndida chica a la que debía el trono. En 1430, en

de la ciudad de Calais, y la monarquía francesa quedaba a punto de caramelo para entrar en la modernidad europea de finales del siglo XV y comienzos del XVI. En cuanto a la doncella de Orléans, la iglesia católica acabó rehabilitando su memoria: el juicio se declaró injusto e infame en 1456, fue beatificada en 1909 y canonizada como Santa Juana de Arco en 1920. Hoy es considerada la más grande heroína en la historia de esa Francia que la dejó morir. ■

[Continuará].



El patrón de Cala Volpe

fondeo al sur y por fuera de Cala Volpe, en la costa nororiental de Cerdeña, tras haber pasado las bocas de Bonifacio con viento duro y rizos en las velas. Llego cansado, a la anochecida y con poca luz, guiándome por el resplandor del hotel que hay al fondo y por la farola de levante, procurando no arrimarme mucho porque hay piedras a flor de agua por ese lado. Por suerte no es época de turismo náutico masivo y apenas hay algún barco cerca. Al fin largo el ancla frente a la playa, a unos doscientos metros de ésta, dándole treinta y cinco metros de cadena en cinco de sonda para pasar la noche tranquilo, y no la aseguro hasta que el barco queda aproado a la brisa suave que viene del norte. Entonces, ya con todo oscuro alrededor, apago las luces de navegación, enciendo la de fondeo y, hecho polvo, me voy a dormir.

Sobre las tres de la madrugada rola y refresca el viento. Lo oigo silbar cada vez más fuerte en la jarcia; así que, impulsado por esa saludable incertidumbre del marino de la que hablaba Joseph Conrad, me pongo un jersey y subo a tomarle el pulso a la cadena. No vibra, así que me quedo tranquilo. Voy a regresar a la litera cuando veo que las luces verde y roja de un yate grande, de motor, se aproximan en la oscuridad. Para asegurarme de que me ven, doy un par de pantallazos con la linterna y me quedo mirando como la mole oscura se sitúa cerca de mí y oigo el estruendo de su ancla al correr la cadena por el escobén. Al poco rato todo queda tranquilo, la silueta negra del

yate permanece inmóvil y yo me vuelvo a dormir. Poco antes del alba vuelvo a despertarme y compruebo que el viento ha caído de nuevo, hasta convertirse otra vez en una suave brisa.

Por la mañana, cuando salgo a cubierta y me siento a leer disfrutando del sol cada vez más alto, descubro con sorpresa, azares del mar, que el yate fondeado por mi banda de estribor tiene pabellón español y matrícula CT-6ª, de Cartagena: un chárter, de alquiler. La brisa que ahora viene del este nos ha hecho borrar hasta acercarnos un poco más. Eso me permite ver y escuchar lo que ocurre a bordo, donde un par de correctos marineros sirven el desayuno a los pasajeros sentados en torno a una mesa, en la popa: media docena larga de guiris, hombres y mujeres jóvenes,

ruidosos y maleducados, que tratan a los de la tripulación con una grosería insultante. Arriba, sobre el puente, el patrón —camisa blanca y palas de uniforme en los hombros— lee unas revistas o un libro, y cuando levanta la mirada y repara en mí, nos saludamos con la mano. «¡Estamos lejos de casa!», le grito. «¡Hay días que demasiado!», responde él mientras hace un ademán hacia su popa, como excusándose por el jaleo. Y seguimos leyendo.

Al rato, los guiris piden música fuerte, y se la ponen. Chunda, chunda, chunda.

El patrón me dirige una mirada y otro ademán de disculpa y yo me encojo de hombros. Estoy acostumbrado a ver yates grandes y sé cómo son las cosas a bordo. En treinta años de navegar me he visto junto a propietarios o clientes correctos, que se comportan según los usos del mar, y a gentuza grosera y ruidosa, indiferente a las molestias que causan a la tripulación y a sus vecinos de fondeo. Y los de hoy son de los peores. Pura chusma. Parecen ingleses, la mitad de ellos están borrachos a las diez de la mañana, y tratan a los marineros con una arrogancia y una descortesía inauditas. Después les hacen arriar una zódiac y una moto náutica, y como el agua está demasiado fría para bañarse —lo que es una lástima, pues no me importaría ver ahogarse a un par de ellos, o que la moto les hiciera la raya en medio— se pasan varias horas yendo y viniendo entre el yate y la playa, con más música y con los motores atronando sin parar.

Todo apunta a que el vecino va a quedarse ahí todo el día, pero por suerte mis planes son otros. Tengo la intención de dirigirme al sudeste, así que pongo el barco a punto, compruebo nivel de aceite, hago los cálculos adecuados en la carta náutica —soy de los que, sin desdeñar la utilidad del GPS y el *plotter*,

Los de hoy son de los peores: pura chusma. Parecen ingleses, y la mitad de ellos ya están borrachos a las diez de la mañana

siguen utilizando cartas de papel, lápiz y compás de puntas—, quito la boza al fondeo y me dispongo a irme de allí. Y cuando enciendo el motor, subo el ancla y maniobro para abandonar Cala Volpe, mientras paso muy cerca del yate fondeado saludo al que sigue sentado arriba, sobre el puente. «¡Que le sea leve, patrón —le grito—, y buen regreso!». Y él contesta al saludo levantando una mano, mira resignado hacia su popa y luego otra vez a mí, y responde: «¡Qué ganas tengo de volver a puerto y desembarcar a estos hijos de puta!». ■

Patente
de corso

por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (XLVI)

en el último tercio del siglo XIV, los papas regresaron a Roma. Suena raro, pero es que durante sesenta y ocho años, entre 1309 y 1377, los sucesores de Pedro habían ido a instalarse en una ciudad francesa llamada Avignon, o Aviñón. Alemania e Inglaterra andaban en sus cosas, en España seguían escabechándose moros y cristianos, y el reino bizantino resistía como gato panza arriba la presión turca. En ese momento, pese a la prolongada rivalidad con Inglaterra, el reino de Francia era el *rien ne va plus* del prestigio y la cultura, y sus reyes los más elegantes y pijolines de Occidente. El papa de turno era el arzobispo de Burdeos, que tenía excelentes relaciones con la monarquía de allí. Además, los Estados Pontificios no se bastaban solos para mantener el esfuerzo militar y económico del papado (de los 300.000 florines de oro anuales que ingresaba el papa, sólo la cuarta parte procedían de Italia). Roma era estratégicamente incómoda y desde allí se controlaba mal la vasta estructura de la Iglesia católica, mientras que en Aviñón se estaba más cerca de todo, en especial del flujo de dinero que proporcionaban los conventos, monasterios y obispados repartidos por Europa. Con la llegada de los papas, la ciudad francesa se convirtió en una cosmopolita capital administrativa y financiera con cientos de funcionarios, cardenales, banqueros y embajadores extranjeros. Durante ese período de papas franceses, en la nueva sede pontificia se hizo encaje de bolillos cuidando al mismo tiempo los intereses italianos, el buen rollo con Francia y la relación con el mundo

católico en general. Hubo un momento de gran brillantez que el historiador George Holmes calificó de *amalgama de poder principesco y autoridad espiritual*, con zorros astutos y eficientes como Juan XII y sobre todo con Clemente VI, que fue el más grande de todos ellos: un artista en política internacional y tan *grand seigneur* que hasta fundó una dinastía, pues años después llegaría al papado Gregorio XI, que era su sobrino (un lindo botón de muestra del nepotismo de los pontífices de aquellos tiempos del cuplé: canónigo a los 11 años y cardenal a los 19). Ese tinglado funcionó durante mucho tiempo, hasta que en Italia empezaron a mosquearse por el descarado chauvinismo de los papas, por tenerlos a ellos tan lejos y a sus recaudadores de impuestos tan cerca. Al final, viendo venir el nublado, Gregorio XI devolvió la sede papal a Roma; pero murió dos años después

y se lió la de Dios es Cristo porque, en el cónclave para elegir al nuevo, los cardenales franceses y los italianos se mordían los higadillos. Salió elegido un italiano, pero los otros no lo aceptaron; así que, montando un segundo cónclave por su cuenta, eligieron a un gabacho que hizo de nuevo las maletas para Aviñón. Había ahora dos papas, uno en Italia y otro en Francia. Eso también dividió a los monarcas y príncipes europeos, cada cual barriendo para casa: Inglaterra, Portugal, la Italia central y la del norte apoyaban

al papa de Roma, mientras a Castilla y Aragón, Austria, la Italia del sur, Francia, Irlanda y Escocia le caía más simpático el otro. Y cada vez se enredó más la madeja, porque a la muerte del aviñonés se nombró a un sucesor —español, aragonés por más señas, Pedro de Luna— que tampoco aceptaron los otros. Para deshacer el empate, en el año 1409 se nombró a un tercero sobre el que tampoco hubo acuerdo, porque los otros dos dijeron verdes las has segado, colega, éramos pocos y parió la abuela. Europa se vio con tres papas chungos en vez de uno (andaban excomulgándose entre sí como locos) y aquello fue ya la descojonación de Espronceda. Semejante pifostio se llamó Cisma de Occidente y duró cuarenta años, hasta que en 1417 el concilio de Constanza dijo hasta aquí hemos llegado, mandó a los tres papas a hacer puñetas y eligió a uno nuevo, Martín V, para zanjar el asunto. Éste se quedó en Roma, volviendo todo a la normalidad. Y era buen momento porque, en aquel siglo XV que empezaba, Europa iba a conocer los más notables cambios desde la caída del Imperio Romano. Ya en la centuria anterior, tres grandes poetas y humanistas italianos, Dante, Petrarca y Boccaccio, habían devuelto el interés por el mundo clásico griego y latino.

Lindo botón de muestra del nepotismo de los pontífices de la época: al sobrino de uno lo nombraron canónigo a los 11 años y cardenal a los 19

En Venecia, un comerciante llamado Marco Polo se había hecho famoso con un libro sobre Asia que era un bestseller mundial. En la ciudad alemana de Maguncia, un impresor llamado Gutenberg estaba a punto de inventar la imprenta moderna de tipos móviles. Y en la próspera Florencia y otras ciudades italianas cuajaba lo que, un siglo más tarde, el escritor, pintor y arquitecto Giorgio Vasari definiría con la hermosa palabra *Rinascita*: Renacimiento. ■

[Continuará].

Patente
de curso

por Arturo Pérez-Reverte



La sombra de las hienas

Es curioso cómo, en un mismo lugar y al mismo tiempo, puede observarse lo peor y lo mejor de la condición humana. Eso, a poco que nos fijemos, sucede en todas partes. Y si uno practica de vez en cuando el interesante ejercicio de dejar quieto el dedito y olvidar un rato la pantalla del teléfono móvil, alzando la vista para dirigir en torno una ojeada tranquila, la vida y la gente que la transita se muestran de nuevo reales, en carne y hueso. Dándole tal vez, a quien observa, lecciones que en este mundo absurdo en el que nos han metido como ratones en la ratonera —o nos metemos voluntarios, pues nadie te obliga a morder el queso— cada vez parecen quedar más lejos.

Me ocurrió el otro día. Estaba viendo con los hijos de unos amigos *El rey león* en el teatro Lope de Vega de Madrid, y en la fila de delante había una chica joven de edad extrañamente indefinida, entre los dieciséis y los veintipocos años. Había algo en ella, que llamaba la atención. Llevaba gafas y media melena, y a la luz de las *candilejas*, o como se llame ahora lo que ilumina el escenario —confío en que se siga llamando así, porque *candilejas* es deliciosamente añejo—, yo podía ver su perfil, absorto en las aventuras del pequeño león protagonista. La chica estaba pendiente de las escenas de una manera ávida, con extrema atención, como si lo que allí ocurría no fuese un relato imaginado sino algo en lo que se sentía implicada. Como si ella misma estuviese ahí arriba.

Me fijé mejor. No soy experto en analizar conductas, pero me pareció la suya una inusual emotividad. Casi infantil, todo el rato. Términos como

autismo, asperger o alguna clase de percepción del entorno diferente a la habitual me pasaron por la cabeza. No podría determinarlo, pues no llegué a ninguna conclusión final. Pero el comportamiento de aquella chica era singular. En las escenas más tenebrosas de la obra, cuando el malvado Scar hace de las suyas o cuando las sombras y siluetas de las hienas entenebrecen el escenario, ella se sobresaltaba y gemía «no, no, no» como si estuvieran a punto de arrancarle la vida. Sufría visiblemente, angustiada, y a veces se volvía hacia sus acompañantes —un hombre y una mujer de cabello gris, seguramente sus abuelos— como para refugiarse en ellos o rogarles que impidiesen la tragedia que se desarrollaba ante sus ojos.

En otras ocasiones, sin embargo, en las escenas felices o cómicas protagonizadas por Rafiki, Timón

ya» y los «a ver si nos llamamos de una vez». Individuos de ambos sexos que durante toda la función habían estado sacando el móvil para incomodarnos con el resplandor de la pantalla dirigían a la chica miradas airadas cada vez que ésta gemía o reía. Algunos eran desagradables; hostiles, incluso. Y no faltaban quienes dirigían sus reproches a los acompañantes de la chica, cual si los hicieran responsables por no taponarle la boca. Pensé que debía de ser un mal trago para los abuelos, llevar con toda ilusión a su nieta al teatro y encontrarse con la incomprensión y el malhumor de unos idiotas.

Había una excepción notable, encantadora. En mi fila de butacas, a mi derecha, una joven atractiva y un muchacho alto y bien parecido, sentados juntos, sonreían amables cuando oían reír a la chica extraña, y dirigían miradas reprobadoras a los gruñones aguafiestas que se quejaban de ella. Y al acabar la función, cuando tras los aplausos se encendieron las luces de sala, y los protestones volvieron a sus teléfonos móviles y se fueron con sus niños a hacer puñetas, y la chica, tras aplaudir con viveza feliz miraba a sus abuelos con los ojos empañados de lágrimas, la joven que había estado sentada a mi lado, puesta en pie e inclinada sobre

En las escenas más tenebrosas se sobresaltaba y gemía «no, no, no» como si estuvieran a punto de arrancarle la vida

y Pumba, la chica se relajaba, desenvuelta, satisfecha. Reía y miraba alrededor como si invitase a cuantos la rodeábamos a compartir la felicidad que sentía. Lo hacía en voz alta con una risa espontánea y unos suspiros prolongados de alivio que sonaban felices, entrañables. Una risa tan inocente y conmovedora que te esponjaba el corazón.

Lamentablemente, la mayor parte de quienes ocupaban las butacas contiguas lo sentían de otra manera. Menudeaban los «chist, chist», los «vale

los respaldos de las butacas, se acercó a la chica, diciéndole: «Es una obra estupenda, ¿verdad?... También a mí me ha gustado mucho». Y la abuela, que al verla dirigirse a su nieta se había puesto en guardia, temiendo tal vez alguna impertinencia, se quedó sorprendida y quieta, mirándola fijamente. Y después, poniéndole una mano sobre el brazo, murmuró un «gracias» emocionado.

Salí de aquel teatro con una sonrisa que aún no se desvanece del todo. Al fin y al cabo, pensé, el mundo es tal como nosotros lo hacemos. ■

Patente
de corso

por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (XLVII)

el siglo XV, que los italianos llaman *Quattrocento*, alumbró una Europa que dos o tres centurias atrás no habría imaginado ni la madre que la parió. Los cambios se venían dando desde unos siglos antes, cuando del limitado baluarte intelectual de los monasterios medievales (*ora et labora*) se pasó a las primeras universidades, y cuando el arte románico de muros espesos y bóveda de cañón, oscuro y con aire de fortaleza, que difundido desde la abadía francesa de Cluny había dado unidad de estilo a Europa, cedió lugar a una nueva arquitectura impulsada por los monjes del Císter (también éstos eran gabachos), con su luminosa verticalidad, bóvedas de crucería y decoración innovadora que pronto se extendió a lo civil. Así, entre los siglos XII y XIII y coleando hasta el XIV, el occidente europeo se llenó de esas extraordinarias biblias de piedra y cristal llamadas catedrales góticas (Nôtre Dame, Burgos, Colonia, Milán y numerosos etcéteras), que hoy siguen dando personalidad y postín a las afortunadas ciudades que cuentan con ellas. El caso es que soplaban aires nuevos en la política, la sociedad, la ciencia, el arte y la literatura. Después de los estragos causados por la Peste Negra y la escabechina de los Cien Años, con la frontera oriental (Bizancio) a la defensiva ante el Islam y la frontera occidental (España) a la ofensiva y ganando terreno a espada y a la morisma, Europa entraba en un período de equilibrio dentro de lo que cabe: afianzamiento de nacionalidades, aumento de población (lo que beneficiaba a una burguesía cada vez más poderosa y con pasta), y secularización de la cultura, poco a poco menos dependiente de la Iglesia.

Lo que hoy llamaríamos modernidad estaba a punto de caramelo (invento de la brújula, invento de la pólvora aplicada al arte militar, invento de la imprenta de tipos de madera que permitía mejorar la producción de libros). Numerosos indicios anunciaban, o confirmaban, ese nuevo ambiente que se colaba por todas partes; y uno de tales indicios tenía nombre y apellidos, pues se llamó Marco Polo: un veneciano que iba a cambiar mucho la concepción que los europeos tenían del mundo. Hasta entonces, más o menos, Oriente y en concreto China se consideraban en el quinto carajo. Lejísimos, o sea, y no sólo en sentido geográfico. Quienes mantenían los tenués lazos de Occidente con aquella remota parte del mundo eran los comerciantes, italianos muchos de ellos, que iban y venían buscándose la vida con viajes atrevidos y aventureros. Una de aquellas familias comerciantes era de Venecia, se apellidaba Polo, y tres de sus miembros (un padre, un hermano

que se convirtió en el pelotazo más leído de su tiempo, dio a conocer las tierras, gentes y civilizaciones de Asia, y alentó que, olfateando las posibilidades lucrativas del asunto, los comerciantes europeos (sobre todo de Génova, Venecia y Pisa, pero también de la corona de Aragón, que se expandía con rapidez por el *Mare Nostrum*) aumentarían la importación de seda, especias y otros productos a través de la llamada *ruta de la seda*, que discurría a través de las tierras ocupadas por el Islam y cruzaba el Mediterráneo hasta los puertos de Italia. Eso propició un auge del corso y la piratería del que hablaremos en otro episodio; pero sobre todo enriqueció a la burguesía de algunas ciudades italianas (sobre todo a las grandes familias de comerciantes y banqueros, acostumbradas a conchabarse entre ellas concertando matrimonios), que establecieron consulados y colonias por todo el Mediterráneo oriental. Y como cuando sacas destacas, en las urbes con viruta fraguó al fin aquella modernidad que llevaba tiempo queriendo romper aguas. Lo hizo encarnada, o simbolizada, en una figura social decisiva para el futuro intelectual de Europa, la del *mecenas* (nombre inspirado en el romano Mecenas, protector de literatos en tiempos del emperador Augusto):

Numerosos indicios anunciaban ese nuevo ambiente de modernidad que se colaba por todas partes, y uno de esos indicios se llamó Marco Polo

y el hijo del primero) tuvieron las santas agallas de aventurarse tan al este que acabaron llegando a Pekín, donde reinaba el emperador Kublai Kan. No fueron los primeros que llegaban allí, pero sí los más afortunados. Le cayeron simpáticos al emperador de allí, pasaron veintitrés años con él y regresaron a Venecia cargados de mercancías y novedades por contar; cosa que Marco, hijo y sobrino de los que realizaron el viaje, que había ido con ellos, hizo en un libro (*Los viajes de Marco Polo o libro de las maravillas*)

fulanos podridos de pasta que, aunque sin condiciones personales para ser genios de nada, amaban la ciencia y la cultura (o el prestigio social que éstas daban) lo suficiente para costear la carrera y obra de científicos y artistas de los que se convertían en protectores. Y eso, vinculado a la bella palabra *Renacimiento*, iba a hacer famosos los nombres de la ciudad de Florencia y de una familia de banqueros apellidada Médici. ■

[Continuará].

Patente
de corso

por Arturo Pérez-Reverte



Orejas, guerras, videojuegos

hace mucho que no les cuento una batallita del abuelo Cebolleta. Supongo que en los treinta años que llevo en esta página las he contado casi todas, al menos las que puedo contar —alguna queda de las que no se pueden, o momentos olvidados que de pronto dicen hola, aquí estoy—. Pero resulta que esta mañana, cuando me puse a teclear, el asunto me daba vueltas en la cabeza. Y es que anoche me acosté pensando en eso. Había estado viendo imágenes de la guerra de Ucrania y me fui a la cama con ellas: vistas aéreas, tomadas mediante drones, de infelices soldados encogidos en sus trincheras, acurrucados como niños con miedo, mientras desde el artilugio aéreo, teledirigido, les dejan caer pequeñas bombas que estallan entre ellos y los hacen trizas. La guerra tal como se hace hoy, vamos. Y la verdad es que, viéndolo, me alegré de ser lo bastante viejo para no andar por ahí, cubriendo las guerras de ahora. Han cambiado mucho las cosas y dudo que sobreviviera en una trinchera de ésas. Estar en primera línea es jugar a la lotería con demasiadas papeletas a favor de que te toque.

También estuve viendo imágenes de soldados capturados o derrotados: el cansancio, el dolor, el miedo. Eso, sin embargo, no ha cambiado en absoluto. Siguen siendo los mismos rostros, los mismos chicos, los mismos desgraciados tantos años después, como lo fueron y son desde hace siglos, de Troya a Ucrania y tiro porque me toca. Incluso la infame crueldad de algunos vencedores, o del ser humano en general. La bomba que desde el dron cae directa y deliberadamente,

en vertical, sobre los cuatro soldados que cargan una camilla con un compañero herido, fría secuencia en blanco y negro. O el soldado que, cuchillo en mano, se agacha sobre un prisionero cuyos chillidos de horror coinciden con el momento en que quien está grabando —ya nunca un periodista, sino otro soldado— aparta el teléfono móvil para ahorrarnos el desenlace. Nada nuevo, como digo. Esa última escena me recordó Beirut en 1976, cuando un combatiente local —da igual el bando, todos actuaban y actúan del mismo modo— me mostró un bote de cristal con lo que creí eran melocotones en almibar y resultaron ser orejas humanas.

Hago una pausa. Con el último punto y aparte se me quitan las ganas de seguir escribiendo este artículo. Así que dejo el ordenador y teléfono a Márquez para comentar lo de los drones. Como lo ves, le digo. El viejo cámara —tan

Luego cuelga el teléfono y me quedo pensando en lo de las caras. Y es verdad. Los rostros de soldados eran importantes, o lo siguen siendo, pero apenas se ven ya, excepto en los confusos vídeos que ellos mismos hacen: ni las de los vivos, porque ya ningún reportero los graba cuando combaten, ni las de los muertos o los que van a morir, porque ahora se pixelan, o como se diga, para no herir sensibilidades. Y así cada vez estamos más lejos de lo cierto, del verdadero aspecto físico de la guerra y sus consecuencias, sustituido por esos vídeos de apariencia irreal en las redes sociales a los que además —dicen que la atención del espectador actual sólo dura entre quince y treinta segundos, y me lo creo—, les ponen musiquilla de fondo para amenizar y que no aburran.

Háganme un favor. El 2 de septiembre de 1991, en un lugar llamado Petrinja, Márquez y yo corrimos para salvar el pellejo con lo que quedaba de un batallón de infantería croata destrozado por los tanques serbios. Y cuando nos reagrupamos al otro lado del río, con su frialdad habitual, Márquez se echó la cámara al hombro para grabar a los últimos que habían logrado escapar y llegaban tras correr dos kilómetros, exhaustos, desmoralizados,

Encogidos en sus trincheras como niños con miedo, mientras desde el artilugio teledirigido les dejan caer bombas que los hacen trizas

viejo como yo— se queda callado un momento y luego, con su clásica voz de carraca rota, responde: «Por eso ya nadie va a la guerra de verdad, ni oye un tiro ni un bombazo, y los reporteros hacen la entrada en un supermercado de Kiev, entre señoras que hacen la compra, con chaleco antibalas y el casco puesto como si fueran ciclistas borrachos». Y luego, tras callarse otro momento, añade: «¿Te acuerdas de las caras de los desgraciados con los que nos largamos de Petrinja?... Ahora ni las caras vemos. Ya no parecen guerras, sino putos videojuegos».

vencidos. Aquel reportaje se tituló *La guerra arrasa Croacia*, y aunque con mala calidad de imagen puede verse en YouTube. Dura diez minutos, pero no hace falta que se lo zampen entero. Pueden ir directamente a la última secuencia, minuto 9,54", antes de los créditos finales. En ella no hay acción, ni violencia, ni nada. Sólo chicos jóvenes que caminan tambaleándose. Pero nunca, en toda mi larga vida como reportero, vi imágenes que mostraran a los hombres en la guerra como los mostraron ésas. ■

Patente
de corso

por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (XLVIII)

antes de meternos en el Renacimiento, que tan chachi resultó para el futuro cultural, social y político de la Europa que estaba por cuajar, podríamos hacer una pausa para despejar una incógnita interesante. ¿Qué tienen que ver Hitler y la Segunda Guerra Mundial con los siglos XII y XIII en Tierra Santa y Europa?... La cosa puede desconcertar un poco, pero lo cierto es que unos y otros están relacionados. En este caso concreto, la respuesta es *caballeros teutónicos*. Fueron éstos los monjes-soldados de una orden militar semejante a los templarios y los hospitalarios, nacida en Tierra Santa al socaire de la Tercera Cruzada, que sólo aceptaba en sus filas a nativos alemanes. Y entre 1209 y 1239, gracias a una serie de circunstancias afortunadas (para ella, claro), esa institución medio castrense y medio religiosa acabó convirtiéndose en una de las grandes potencias bélicas europeas. Con mucha sagacidad, sus dirigentes (el gran maestro Hermann von Salza, que era un pájaro de cuenta, y sus sucesores) habían comprendido que la presencia cruzada en Palestina estaba sentenciada, que el reino cristiano de Jerusalén era insostenible y que el futuro de la Orden Teutónica estaba en el este de Europa, donde había un montón de pueblos paganos por cristianizar. Así que entre tiras y aflojas con los papas de turno (como ocurría cuando se trataba de poderes terrenales), esos belicosos fulanos emprendieron la conquista y cristianización, en nombre de Dios y al filo de la espada, de las tierras del nordeste continental. Fue lo que los historiadores llaman Cruzadas Bálticas: sucesivas campañas, unas para ayudar a reinos cristianos

fronterizos a asegurar sus fronteras o extenderlas y otras para adquirir nuevos territorios. Empezaron por la Hungría oriental, que convirtieron en feudo propio repoblándola con campesinos alemanes, y continuaron pasándose por la piedra a los paganos de origen eslavo que habitaban Prusia. El papa, qué remedio, les reconoció la posesión de esos territorios; así que luego, ya puestos en plan aguántame un momento el kubaten, kameraden, les metieron mano a los paganos de Finlandia y a los pobladores de Novgorod, que eran cristianos pero ortodoxos que se santiguaban al revés. Con eso pretendían controlar el mar Báltico; pero les salió el cochino mal capado, porque el príncipe de allí (hoy considerado héroe nacional ruso) les dio en 1242 una soberbia somanta de hostias en la batalla del lago Peipus (recomiendo ver la película *Alexander Nevski* de Eisenstein, aunque sólo sea por la

de su presión, acabó integrándose con Polonia en un nuevo reino estado cristiano, a partir de entonces enemigo más o menos continuo, amén de obstáculo para la ambición territorial de los alemanes que apretaban desde el oeste. Y así, ya entrado el siglo XV, allá por julio de 1410, casi 40.000 polaco-lituano, apoyados por mercenarios rusos y tártaros, hicieron picadillo en lata a los caballeros teutónicos en la famosa batalla de Tannenberg, que decidió el futuro de Europa Oriental y fijó un poquito las fronteras. Hecha bicarbonato de sosa, la Orden nunca se recobró de aquella escabechina, perdió energía y territorios, y medio siglo después, tras las nuevas derrotas de Marienburg y Zarnowiec, arrojó la toalla al ring firmando una paz que cedía a Polonia toda la Prusia Oriental. La otra mitad la entregaría en 1525, y a partir de entonces los caballeros teutónicos se convirtieron en una asociación secular sin relevancia que hoy se dedica a actividades benéficas. Sin embargo, lo gordo nadie se lo quita del currículum: de una parte, a ella se debe la cristianización de la Europa Oriental; y de la otra, sus repoblaciones con colonos propios dejaron importantes núcleos de familias germanas (*población de raza aria*, ojo al detalle) en varios

Atención, pregunta. ¿Qué tiene que ver Hitler con las Cruzadas, los siglos XII y XIII y los territorios de Europa Oriental?

secuencia de la carga de los siniestros jinetes germánicos). El caso es que ese desastre envalentonó a los prusianos y otros descontentos, que se rebelaron contra la Orden y durante un rato largo la tuvieron de sobresalto en sobresalto hasta que en 1284 y con ayuda del rey de Bohemia (que se llamaba Ottokar como el de *El cetro de Ottokar* de Tintín) toda Prusia quedó en manos teutónicas y empezó a ser repoblada con colonos alemanes. El siguiente objetivo fue Lituania, que los monjes-soldados no pudieron conquistar; pero que, a causa

lugares que cuatro siglos más tarde darían pretexto a la Alemania nazi para invadir y anexionarse territorios por la cara, pasándose por la bisectriz todas las convenciones internacionales. No es carambola histórica, ni mucho menos, que uno de los motivos esgrimidos por Hitler para invadir Polonia en 1939, primer chispazo de la Segunda Guerra Mundial, fuese la ciudad de Danzig, donde residía una importante población alemana desde su conquista por los caballeros teutónicos en 1308. ■

[Continuará].



Tuteando a Watson

La cosa no es de hoy, porque lleva tiempo. No hace muchos años, mientras asistía al rodaje de una película basada en una novela mía, advertí que el actor —un buen actor— que encarnaba a un conde del siglo XVII, grande de España, agradecía con una inclinación de cabeza que un criado le sirviera una copa de vino. Me atreví a intervenir para explicar al actor y al director que un noble de entonces no sólo no habría agradecido nada a nadie, sino que se habría limitado a alargar una mano a un lado, altivo e indiferente, y le habrían puesto la copa en ella.

Lo he recordado viendo una película en cuyos subtítulos en español —no en la versión original, sino en su traducción— Sherlock Holmes habla de tú al doctor Watson, y viceversa: «Pásame el tabaco, Watson». «Ahí lo tienes, Holmes». Y cosas así. No se trata de la magnífica serie *Sherlock* protagonizada por Benedict Cumberbatch y Martin Freeman, donde traídos al presente ambos personajes se tratan de modo natural, sino de una historia ambientada en la Inglaterra del XIX. Como supongo le ocurrirá a cualquier devoto del inmortal detective, eso me chirrió hasta lo doloroso, acostumbrado como estoy a las correctas maneras de los personajes de Conan Doyle, tan propios de su tiempo, que no se tutean jamás.

Pensando en ello no pude evitar relacionarlo con otros casos: películas y series recientes donde los anacronismos y las distorsiones de la realidad son frecuentes. Si pasas revista puntillosa a lo más fresco en producciones de vitola histórica, acabas descubriendo una abrumadora serie de anacronismos e inexactitudes. Porque una cosa fue el cine norteamericano clásico de aventureros y espadachines, con sus

disparates destinados a la propaganda y al entretenimiento, y otra el rigor con el que, más tarde, obras maestras como *Los duelistas*, *Master & Commander*, *El padrino*, *Downton Abbey*, *Mad Men*, *Hermanos de sangre* y tantísimas otras acabaron tratando lo histórico o lo referido a un pasado reciente.

Ahora no es así, o empieza a serlo mucho menos. Y no hablo sólo de doblajes ni interpretaciones puntuales, sino de la manera que algunos guionistas, directores y actores tienen de entender el pasado, aplicando usos del presente a situaciones y personajes de cuando el enfoque de la vida era otro. Hace sólo veinte años, por ejemplo, mi editora francesa y su marido aún se hablaban de *vous* en público; y no hace todavía un siglo nuestros abuelos se dirigían a sus padres tratándolos de *usted*. Sin embargo, ahora parece que retorciendo la visión desde el presente nos propongamos reescribir y modificar el pasado. Así, en la Inglaterra victoriana nos sitúan

con toda naturalidad a refinados aristócratas de origen africano, en la Francia dieciochesca hacen que la corte de Versalles acepte sin pestañear a una pareja que muestra públicamente su homosexualidad, convierten a un enano en temible espadachín o se inventan, como en la reciente y fallida *Babylon*, a una mujer directora de películas en el Hollywood de los años veinte y a un trompetista negro, en la misma época, como gran estrella de cine.

Nada de eso sería importante si

el público estuviera preparado para encajarlo. Entre gente con información y conocimientos, esas variantes pueden ser incluso interesantes y educativas: enfoque distinto, visión original y hasta provocadora o destructora de la tradicional, como ocurrió en la última edición de Letras en Sevilla, cuando para el debate *Lo que queda de don Juan* se decidió que el Tenorio fuese interpretado por Emilio Buale, que además de ser un gran actor es negro, frente a una doña Inés angelicalmente rubia. Pero ése no es el caso común. El público ignorante, desinformado o sumiso a los patrones sociales de hoy, que gracias a la demolición de la educación y la cultura empieza a ser demasiado, acaba creyendo que la realidad histórica fue aquélla, con sus anacronismos y disparates. Y como nadie se atreve a desmentirlo, por miedo a la sanción social de quienes viven y medran con algo de lo que ofenderse para demostrar su compromiso social, su progresía moral y su pureza ideológica, ese falso relato acaba imponiéndose. De aquí a poco —ya ocurre en el ámbito anglosajón, del que copiamos cuanta hipócrita basura nos colocan— nadie podrá ver o leer, pues quedarán proscritas, las

Miedo a quienes viven dispuestos a ofenderse para demostrar su compromiso social, su progresía moral y su pureza ideológica

novelas, las películas, los libros de Historia que cuenten el mundo como realmente fue y no como quisiéramos que hubiera sido. Con Holmes y Watson tuteándose, con la batalla de Trafalgar librada por dos almirantes lesbianas que se conocían de antes, con un capitán vikingo de color azul marino, con un indio sioux al mando del Séptimo de Caballería. Etcétera. Rizando el rizo hasta el disparate total, sin conocer el pasado, sin comprender el presente y sin explicar el futuro. ■



Una historia de Europa (XLIX)

La Edad media no se despidió de Europa, o ésta de ella, de un modo simpático. El siglo XIV y su paso al XV fueron conflictivos de cabo a rabo, porque la modernidad, el comercio, el auge de las ciudades y la burguesía empezaban a ser incompatibles con las viejas formas feudales, la arbitrariedad fiscal, la desigualdad jurídica y los privilegios de la nobleza y de la Iglesia. Así que los conflictos llovieron como pedrisco. Hubo revueltas populares con parentesco común: en todas, campesinos y burgueses exigían nuevos derechos. Ocurrió en Flandes, en Francia, en Italia y en Inglaterra (donde la sublevación en 1381 de la mano de obra agraria y urbana montó una pajarraca que puso en peligro la monarquía). Por lo general, en casi todos los lugares estaba de fondo el natural rencor que quien se lo curraba con las manos y el sudor de la frente sentía hacia quienes le chupaban la sangre con impuestos y chulerías cada vez menos justificables. Y la Iglesia llevaba casi todas las papeletas como causa de esos rencores, pues en todas partes (*Los sacerdotes ricos tienen mejores vestidos, hermosos caballos, más riqueza y mujeres hermosas*, escribió el teólogo bohemio Juan Huss) el alto clero era, o lo parecía, la máxima autoridad feudal. Sin embargo, la clase aristocrática ya no era como antaño. La alta nobleza vivía orgullosa en sus posesiones, disputando el poder al monarca de turno; pero la otra, mediana y pequeña nobleza desprovista de tantos recursos, cifraba su medro en vivir pegada al rey, actuando en la corte y los consejos reales. Y así, siempre que podían, unos y otros se hacían la puñeta, alentando lo que debilitaba al adversario. En lo que sí estaban de acuerdo era en detestar a

la Iglesia: de una parte la necesitaban para tener sujeto al pueblo, pero de la otra no tragaban su arrogancia y sus riquezas. Por ese camino verde que va a la ermita, o sea, por ahí, vino uno de los más graves conflictos de la época, que fueron las llamadas guerras husitas: un sindió tan largo y complicado que no cabe en esta página, pero que podríamos resumir diciendo que sacudió Europa con tanta intensidad como la revolución bolchevique rusa cinco siglos después, acojonando al orden establecido y motivando nada menos que cinco cruzadas movidas por los papas de Roma. La cosa fue que, combinados un movimiento religioso popular y un grupo de teólogos y nacionalistas checos de la universidad de Praga, todos muy cabreados porque las familias alemanas de clase alta ocupaban los mejores puestos en la región de Bohemia, salió de ahí una variante religioso-revolucionaria que lo puso todo patas arriba (comunión con pan y vino, libertad de prédica,

nacional checo. Siguió un estallido de indignación, revueltas populares, concejales tirados por la ventana del ayuntamiento de Praga (primera defenestración, porque luego hubo otras), iglesias y conventos incendiados y una guerra de veinte pares de narices contra el emperador de Alemania y contra la Iglesia de Roma, que duró quince años; y en la que, por cierto, recientes inventos bélicos como la artillería, los arcabuces, los mosquetes y los carruajes blindados (invento husita que con el tiempo conocería notorias variantes) intervinieron con todos los honores. Hubo un montón de batallas en las que los husitas demostraron ser huesos duros de roer para las tropas católico-imperiales, pero al fin pasó lo de siempre: los husitas se dividieron, una facción se pasó al emperador (Segismundo se llamaba, como el prota de *La vida es sueño*) y los otros, mandados por un jefe conocido como Procovio el Calvo (poco futuro con ese nombre), fueron machacados en la batalla de Lipany y luego en la de Brůx (1433), donde les dieron las suyas y las del pulpo. Así acabó el asunto, aunque no del todo. Aunque el papa de turno, que no recuerdo ahora quién era, hizo notables concesiones para calmar

Había rencor hacia quienes chupaban la sangre con impuestos y chulerías cada vez menos justificables. Y la Iglesia llevaba casi todas las papeletas

pobreza eclesiástica, castigo de los pecados mortales igual para todos y no según rango social, etcétera). Lideró el asunto el antes mencionado Juan Huss (excomulgado por Roma, elogiado luego por Lutero), al que sus enemigos, prometiéndole inmunidad, invitaron amablemente al concilio de Constanza para que defendiera sus ideas; y luego, aprovechando que lo tenían allí, lo hicieron churrasco en la hoguera, al más puro estilo canónico de entonces. Eso convirtió al pobre Huss en héroe

los ánimos, los restos del movimiento husita, o sus consecuencias, acabarían uniéndose a la Reforma protestante que poco después incendió Europa. Y todavía cinco siglos más tarde, en 1938, la Alemania hitleriana mojaría pan en esa salsa, usando la memoria histórica de la población de origen germánico en Bohemia para anexionarse los Sudetes por la cara. Pero esa ya es otra historia, aunque en el fondo siempre sea la misma. ■

[Continuará].



No hay cojones

hay frases tan nuestras que no las imaginas en boca de un guiri. Desde el «¿Se debe algo?» dicho en un bar después del tercer gintonic hasta el «Usted (ahora, tú) no sabe (sabes) con quién está (estás) hablando», incluidas «¿Quién da la vez?», «Venga, no jodas», «Eso te lo digo yo», «Échale huevos», «¿A mí me lo vas a contar?», «Cállate la boca» o el maravilloso «Vamos a irnos yendo» que suele decirse cuando nadie tiene intención de irse de ningún sitio. Sin embargo, la frase que mejor nos define a los españoles o lo que seamos ahora, la que nos vuelve peculiares, entrañables y peligrosos —que aquí todo puede ir junto—, es la más contundente y compleja de todas: «No hay cojones». Que no es negación ni confesión de impotencia, sino lo contrario: una incitación, una llamada a la acción. Un insoslayable desafío al que suele responderse con otra frase también absolutamente española: «¿Que no?... Aguántame el cubata».

Y ojo, porque la expresión parece exclusivamente masculina, típica del varón español de infantería, pero funciona igual en boca de una mujer. Y explica muchas cosas de nuestro pasado, presente y futuro. No hay cojones para esto o lo otro, dice alguien tocándote el trigémino. Así que, acto seguido, vas y lo haces. Faltaría más. Puede ocurrir, cuando unos amigos están de copas en Madrid a las dos de la madrugada y la peña va de vitaminas hasta las trancas, que alguien diga «No hay cojones de desayunar en Almería», y todos acaben en la UCI de un hospital de Granada. O cuando la copa se la toma con sus amigas Maripepa Equis, que acaba de separarse del marido quedándose con la casa y los niños; y

su muy mejor amiga Vanesa, para darle ánimos y que supere el bajón, le dice «¿A que no hay cojones para soplarle también el coche a ese hijoputa?». Y entonces Maripepa lo piensa mejor, habla otra vez con su abogada, y al ex le quitan el coche, la moto, el perro y hasta las películas porno.

Pongan ustedes mismos los ejemplos, porque estoy seguro de que los conocen mejores y más variados que yo. «No hay cojones de comernos una paellita en Benidorm», dicen en Sigüenza, y allá van los amigos en un par de coches, coleccionando multas y soplados de alcoholímetro por el camino. O, ya puestos en plan romántico, ¿quién no ha amanecido en Santander después de que una chica guapa dijera que nunca había visto el Cantábrico y un amigo del jenaes guiñara un ojo y comentase «No hay cojones, Manolo». O ¿qué atrevida jovencita no ha ido a bailar a una discoteca después de que alguien dijera «No hay cojones,

conseguido, aunque con resultados judiciales fáciles de imaginar.

Si uno mira atrás, al pasado, comprueba que la historia de España, con lo que de bueno y malo tuvo en cada momento, está alicatada con frases como ésa, tan nuestras, tan de nosotros. «No hay cojones de resistir a los romanos en Numancia», dijo uno. «No hay cojones para irse a Italia con Aníbal, colegas», comentó otro. «No hay cojones de pedirle a los moros que crucen el estrecho y nos echen una mano», dijo aquel de allí. «No hay cojones, Rodrigo, de exigirle al rey que jure», etcétera. También tuvo consecuencias esa otra de «No hay cojones, jefe, de quemar las naves y meternos por la cara en Tenochtitlán». Sin olvidar, claro, «Ya que el rey nos debe veinte pagas, no hay cojones de saquear Amberes», «No hay cojones de mojarle la oreja a Napoleón» o —durante la sublevación cantonal— «No hay cojones para que Cartagena declare la guerra a Alemania». O aquella de «No hay cojones para que doscientos españoles crucen el lago Ilmen y vuelvan doce». Esa frase legendaria y multiusos constituye, por alguna razón que deberían desentrañar los sociólogos, el más eficaz estímulo

«No hay cojones para esto o lo otro», dice
alguien tocándote el trigémino.
Así que, acto seguido, vas y lo haces.
Faltaría más

tía, para ponerte el vestido con ese escote?». Yo mismo lo dije alguna vez, o me lo dijo el cabroncete de Márquez, mi cámara de TVE: «No hay cojones de grabar ahí, de pie, una entradilla para el telediario». Y en mí ya remota juventud, cuando los guardias urbanos aún llevaban aquellos cascos blancos tipo salacot, la frase dio lugar a que un grupo de amigos emprendiéramos por todo Madrid la caza desenfundada de uno —«No hay cojones de quitarle el casco a un guardia»—, que al fin fue

para que los de aquí acometamos con parejo entusiasmo, tanto a pequeña como a gran escala, lo mismo asombrosas hazañas que disparates suicidas: «No hay cojones de cargarse la Primera República», «No hay cojones de cargarse la Segunda», «No hay cojones para cargarse el sentido común, la democracia y la Constitución», y veinte etcéteras más. Porque tal vez sea ése nuestro más antiguo y actual problema: en España sobran cojones para demasiadas cosas. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (L)

legamos ahora, tatatachán, a mi episodio favorito en la historia de Europa. Al momento, situado en los siglos XV y XVI, en que nuestros architatarabuelos abandonaron por fin las maneras medievales y tomaron por modelo, para mirar hacia el futuro, la antigüedad clásica; o sea, a los griegos y los romanos. Dicho en otras palabras, se percataron de que lo nuevo era precisamente lo olvidado. Eso no ocurrió de golpe, sino poquito a poco, en una transición lenta que se llamó *Quattrocento* en su primera etapa (años mil cuatrocientos en italiano, porque allí empezó la cosa) y *Quinquecento* (años mil quinientos) en la segunda. La característica principal fue una especie de culto a lo humano, en todas sus facetas. Cansados de mirar hacia arriba esperando consuelo (no en esta vida sino en la otra, hijos míos, tened paciencia, les repetían) para tantas guerras, epidemias, injusticias y demás desgracias, los europeos (y las europeas, como se dice ahora) descubrieron que había otras maneras de enfocar el asunto y que la modernidad estaba en recuperar el espíritu que las invasiones bárbaras y el medioevo habían mandado al carajo. Aliñado todo eso, naturalmente, con los nuevos descubrimientos que estaban cambiando la sociedad, la política y la economía. De manera que, si los siglos anteriores habían tenido a Dios como centro de todo, el nuevo tiempo se centró en el hombre, vaya, en el individuo. En el ser humano como medida de todas las cosas. Lo que, sobre todo para su época y en su contexto, no era ninguna tontería. Y a esa especie de culto a lo humano en todas sus facetas se le puso el bonito nombre, que aún conserva, de *humanismo*. De ahí, por un camino u otro, salió casi todo el germen de la Europa en la que vivimos

hoy. Políticamente, porque fue el fin del feudalismo y el verdadero principio o el cuajar de las nacionalidades (España, por cierto, fue de las primeras en eso, fastidie a quien fastidie). Económicamente, por la extraordinaria modernización del comercio y su papel (el capitalismo, al cabo) en la nueva sociedad. Y culturalmente, por el afán de saber y de conocer el mundo en todos sus aspectos y circunstancias cuando el hombre renacentista (que sí, naturalmente, la mujer también) dejó atrás los complejos para creerse, al fin, capacitado para conocer muchas cosas y para saberlas hacer todas bien, o intentarlo. Fue como digo, al menos en ese registro, el mejor de los tiempos, el del pensamiento y la ciencia, y anunciaba un espléndido futuro. Nombres como Leonardo da Vinci, Erasmo, Copérnico, Miguel Ángel, Rafael, Dante, Gutenberg y tantos otros estaban a punto de caramelo junto a innumerables inventores, médicos, pintores, ingenieros, escultores, filósofos,

lo espiritual las preocupaciones del hombre, que ya iba siendo hora de que las pusiera, y su necesidad de valores tangibles o materiales como llegar a fin de mes, cultivar el pensamiento, ampliar horizontes y buscar la felicidad. Incluso ver cuerpos bonitos sin hojas de parra. En resumen, salvar al hombre aquí en la tierra, y no (cuan largo me lo fiáis) en el Reino de los Cielos. En la España cristiana (ya que somos de aquí, mencionémosla), que todavía seguía liada a espadaos pero ganando su secular guerra contra el Islam, el Renacimiento entró de modo lateral, antes por Levante que por Castilla, debido a la influencia mediterránea italiana. Porque fue realmente Italia la madre del cordero, o sea, la cuna de donde irradió casi todo, tanto hacia poniente como hacia los países del norte; pues al estar dividida en ciudades-estado cada vez más republicanas y menos monárquicas (Floencia, Génova, Venecia, Milán, Nápoles, la Roma de los papas), cada una rivalizaba con las otras en esplendor y grandeza. De todas formas, haciendo justicia conviene señalar que sería España la que, en esos siglos extraordinarios donde hubo de lo bueno y de lo malo, y también en los

En el Renacimiento, la modernidad estuvo en recuperar el espíritu que las invasiones bárbaras y el medioevo habían mandado al carajo

navegantes, descubridores, literatos y cuanto podamos imaginar. Y, detalle no menos importante, ese renacer de la razón y la inteligencia tuvo también algo de pagano, en cierto sentido de la palabra. O en mucho. No suprimió a Dios (verdes las habrían segado en eso, pues la Iglesia aún tenía un enorme peso social y político, mandaba más que un capitán general y lo que iba a mandar todavía), pero sí aportó el Renacimiento importantes matices modernos, poniendo por delante de

siguientes, iba a acabar llevando el espíritu humanista a las tierras recién descubiertas en América; y a la larga, con sus luces y sombras, mientras en el norte los anglosajones exterminaban a cuanto indio se les ponía delante (pero Pocahontas es hoy una heroína de Disney y la Malinche de Hernán Cortés una traidora), en los mestizos territorios hispanos se fundaban universidades. Que por cierto, para escoror de los gringos, ahí siguen todavía. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Bond, James Bond

Puestos a imaginar, imaginen que estás en casa dándole a la tecla, y llega la visita. Buenos días, caballero —ahora todos somos caballeros—, venimos a ver si le interesa escribir el guión de la nueva película de Bond, James Bond. Y le vamos a pagar una pasta. Así que, interesado en lo de la pasta, los haces pasar, les sirves un café y te sientas a discutir los términos del asunto. La verdad es que me apetece, dices, pues siempre me gustó mucho, tanto en las novelas como en las películas, ese toque de chulería masculina, marca de la casa y del personaje, que tan bien encarnaron Sean Connery —mi favorito— y Pierce Brosnan, incluso Daniel Craig en *Casino Royale*, pero que parece perderse en las más recientes películas. Porque en la última, con el oso de peluche y las lágrimas y tal, al amigo Bond se le ve un poquito moñas.

Es lo que dices, más o menos. Y en ese punto te mosquea que tus visitantes hayan cambiado una mirada de inquietud. Bueno —dice uno—, en realidad de lo que se trata es precisamente de eso. De adaptar a 007 a los tiempos que corren. Hacerlo más de ahora, más natural. Más *trendy*. Al escucharlo, desconcertado, alzas un dedo objetor. Disculpen, dices, pero lo natural es que Bond sea un asesino, un mujeriego y un hijo de puta con ático, piscina y balcones a la calle, como lo concibió su autor. Un tipo peligroso y duro, y eso es lo que en él buscan sus seguidores, entre los que me cuento desde hace sesenta años. ¿Me explico?

Temo haberme explicado demasiado bien, pues mis interlocutores se sobresaltan al unísono. Creo, apunta

uno —son dos, paritarios, hombre y mujer—, que no capta el fondo de la cuestión. Se trata de desmontar a James Bond y hacerlo más asequible. ¿A quién?, pregunto. Y la señora, o como se diga ahora, responde que al público actual. A las nuevas exigencias. ¿Por ejemplo?, inquiero de nuevo. A la destrucción de los clichés heteropatriarcales, es la respuesta. Pero resulta que James Bond es así, respondo. Ian Fleming, su autor, lo concibió como un cliché heteropatriarcal con pistola y ciruelo siempre en activo. Es Cero Cero Siete, rediós. Si no, sería otro: 003, 010 o 091. ¿Por qué en vez de manipularlo no se inventan otro agente secreto y dejan a éste en paz, tal como a sus lectores y espectadores nos gusta que sea?

Imposible, responde el varón del binomio. El famoso 007 es lo que la gente pide. A eso respondo que James

tenga inquietudes ecológicas y deje de matar y practicar el sexo.

Levanto una mano adversativa. A ver, digo. Explíquenme eso. ¿Cómo que deje de matar y practicar el sexo? Estamos hablando de Bond, James Bond. Matar a la gente es su actividad profesional pública y picar el billete a señoras estupendas es su actividad personal privada. Es que lo de matar —señala mi interlocutor varón— es un acto reprochable que degrada al personaje. Y lo de las señoras estupendas, añade, término que consideramos machista y misógino, tampoco es aconsejable. Queremos que el sexo desaparezca del personaje, por las connotaciones de agresión que su práctica implica. Y que el concepto general sea de género fluido, ni carne ni pescado, ni vela ni vapor. Algo transversal, confirma la otra: transpuesto, transitivo, translatorio, transatlántico. Algo, lo que sea, que lleve el prefijo trans. Eso es lo deseable, aunque no excluimos la ilusionante posibilidad de una James Bond mujer: una Cera Cera Siete. O un hombre elegetebeí, se apresura a apostillar el otro al ver la cara que pongo. Y a ser posible, apunta su

¿Por qué no se inventan otro agente secreto y dejan a éste en paz, tal como a sus lectores y espectadores nos gusta que sea?

Bond es famoso justo por ser lo que es. Pero la sociedad actual —replica la otra— reclama nuevos enfoques: odres nuevos para vinos viejos. Pero eso ni es vino ni es nada, opongo; es un producto aguado e insípido, un fraude y una traición al personaje. Pero la pava hace como que no me oye. Incluso, prosigue impertérrita, queremos que el nuevo James Bond, en la próxima película, deje de vestir smoking y otras prendas clasistas, abandone su afición al juego y los casinos —su pernicioso ludopatía, precisa el acompañante—, se desplace en vehículo eléctrico no contaminante,

prójima, afroamericano de color. O afroamericana.

Me los quedo mirando diez segundos mientras digiero aquello. ¿O sea —respondo cuando recobro el habla—, un James Bond de personalidad fluida, negro, pacifista, ecologista, gay, vestido por Ágatha Ruiz de la Prada y que se desliza en patinete? Mis interlocutores se miran. Es una forma de resumirlo muy desagradable, dice uno. Incluso fascista, añade la otra mientras se levantan. Nos decepciona usted, señor Reverte. Igual resulta que no es la persona adecuada. ■



Una historia de Europa (LI)

hasta mediado el siglo XV, los libros eran muy caros. Todo o casi todo en ellos había que hacerlo a mano, y eso era lento y costaba una pasta enorme. Los de esa época eran manuscritos decorados con dibujos y colores que sólo la gente rica, los obispos y los monjes de monasterios importantes podían darse el lujo de tener. Signo de poderío, vamos, y además escritos casi siempre en latín, que era la lengua culta internacional de entonces. Un libro gordo, por ejemplo una Biblia, costaba igual que una casa. Aquello limitaba mucho la lectura, claro. Eran pocos los que podían darse el lujo, y por eso tuvo tanta importancia que a un orfebre e impresor alemán, de Maguncia, llamado Johannes Gutenberg se le ocurriera la idea genial de producir libros de una manera más rápida y eficaz, gracias a una imprenta de tipos móviles; invento que iba a cambiar el mundo y que los historiadores consideran, con la caída de Constantinopla en manos turcas y el descubrimiento de América (ambos acontecimientos estaban ya a punto de nieve), comienzo de la modernidad europea y punto final de la Edad Media. Por supuesto, nada nace sin antecedentes: antes de que Gutenberg entrara en danza ya se había adelantado mucho en el arte de la impresión con el método llamado xilografía, que consistía en grabar letras o dibujos en relieve en una plancha de madera que, después de untarse con tinta mediante un rodillo, se imprimía en la hoja de papel. El problema era que esas letras de madera se desgastaban en seguida con el uso; y además de acabar saliendo impresiones imperfectas, el procedimiento de renovar las planchas

una y otra vez seguía costando un huevo de la cara. Y ahí fue donde el amigo Gutenberg dio el campanazo, porque (y recordemos que también era orfebre) fabricó letras sueltas de metal, que no se desgastaban tanto. Esas letras se ponían unas junto a otras encajadas en un soporte en forma de página (con las letras invertidas, ojo) formando palabras, y éstas líneas de texto, y la plancha metálica conseguida se impregnaba de tinta para imprimir con ella cada página. Eso fue un pelotazo increíble porque convertía el asunto de fabricar libros en algo más barato y más rápido, y el éxito absoluto llegó en 1454 con la impresión de la que se llamó *Biblia de 42 líneas* (pues tal número de ellas, a dos columnas, tenía cada una de sus páginas). Ese libro, llamado también Biblia de Gutenberg, pudo así publicarse en unos doscientos ejemplares, parte en papel y parte en vitela, que la gente

letrados y estudiantes unos libros asequibles; e incluso los fulanos más pijos y elitistas de su tiempo, alzada una ceja despectiva, tardaron en aceptar la imprenta que popularizaba el libro, precisamente por eso: como escribió el historiador gabacho Henri Pirenne, *al principio manifestaron desdén hacia un descubrimiento que les parecía rebajar, por la baratura y carácter mecánico de sus productos, la majestad y encanto de las obras intelectuales*. También la Iglesia católica anduvo entre Pinto y Valdemoro; porque si de una parte le interesaban las ventajas de la imprenta para sus asuntos eclesiásticos y sus bibliotecas, por la otra recelaba (y con motivo) que al popularizar el libro y hacerlo más asequible a la gente, ésta accediese por su cuenta a *ideas y doctrinas perniciosas* que la Iglesia de Roma y sus ministros no podían controlar, hasta el punto de que les saliera el cochino mal capado. Cosa que, por supuesto, acabó ocurriendo. Iban a ser la imprenta y los libros lo que más facilitara la gozosa explosión de esa Europa tan interesante que venía de camino. Y no es casual que para los hombres de la Revolución Francesa, que tres siglos y medio después proclamarían los derechos del hombre,

No es casual que luego, para los hombres de la Revolución Francesa, Gutenberg fuera un temprano precursor revolucionario

con viruta y posibles adquirió con entusiasmo. Era un libro caro, pues costaba unos 30 florines de allí (dos o tres años de salario para un trabajador medio), pero resultaba más rápido de hacer y más barato que un libro copiado a mano. Lo curioso es que ni el propio Gutenberg se dio cuenta de lo mucho que su invento iba a cambiar Europa y el mundo, o sea, del enorme poder que la imprenta iba a tener en los siglos posteriores. El impresor alemán sólo había pensado en ganar dinero suministrando a religiosos,

Gutenberg fuera un temprano precursor con el que se sentían en deuda. No les faltaba razón, porque ese invento haría posible que palabras importantes, ideas nuevas, revolucionarias, empezaran a estar al alcance de quienes hasta entonces, privados de libros, sólo eran sumisos analfabetos sometidos a papas y monarcas. De alguna forma, aquel humilde taller de Maguncia fue el cadalso simbólico donde, con el tiempo, se acabaría cortando cabezas de reyes y poniendo el viejo mundo patas arriba. ■

[Continuará].



Los chicos de la estrella solitaria

Quizá el mayor problema de este lugar desgraciado al que aún llamamos España reside en que somos incapaces de admitir una virtud en el adversario y un defecto entre quienes consideramos *de los nuestros*: un bando, posición, opinión, creencia, sean los que sean, donde equivocados o no, incluso ante la evidencia del error o la estupidez, permanecemos enrocados casi desde la cuna hasta la tumba. Y lo de tumba en este caso, simbólica o real, no es en absoluto una metáfora.

Hay en Madrid, semioculto entre árboles junto al casón del Buen Retiro y la Real Academia Española —aún estaba allí mientras escribía esta página—, un monolito pequeño, discreto, apenas visible para los transeúntes. Se instaló hace sesenta años en memoria de los tres mil jóvenes alféreces provisionales del bando franquista muertos en combate durante la Guerra Civil. La peculiaridad de esos alféreces fue que, debido a la necesidad de oficiales, los chicos de veinte años que tuvieran estudios de bachillerato podían alistarse con tal grado, y eso llevó a los campos de batalla a treinta mil muchachos, la mitad de ellos universitarios, de los que uno de cada diez murió en combate y cinco de cada diez resultaron heridos. Su juventud, su inexperiencia, el ser usados como carne de cañón, acuñó la famosa frase *alférez provisional, cadáver efectivo*. Su media de supervivencia era de cuarenta y tres días desde que llegaban al frente, y promociones enteras cayeron en Teruel, Brunete, Madrid y el Ebro. Para hacerse idea del asunto: cuando la concesión de la Laureada —la más alta condecoración militar española— a uno de ellos,

Miguel Blasco Vilatela, los testigos que declararon fueron republicanos del bando enemigo, pues ninguno de los soldados que lo acompañaban vivió para contarlos.

Es importante señalar que estos alféreces provisionales no eran gentuza carnícera de la que llenaba cunetas y cementerios en la retaguardia, como tampoco los republicanos que combatían en los frentes —escribí una novela titulada *Línea de fuego* sobre eso— tuvieron que ver con los asesinos emboscados que ajustaban cuentas, robaban y mataban en la zona republicana. Los treinta mil provisionales que lucharon eran jóvenes, casi niños a los que la vida, como a tantos del otro bando, lanzó a la tragedia. El padre de mi compañero de la Academia Pedro Álvarez de Miranda, por ejemplo, fue uno de ellos. Como lo fueron el padre de mi agente

de la Ley de Memoria Histórica, necesaria en buena parte, pero que de modo tan sectario mezcla en algunos puntos churras con merinas. Me gustaba verlo, como digo, casi oculto, extraño superviviente de lo que también, en este infeliz país donde con tanta facilidad suicida sustituimos razones por demoliciones, es memoria histórica útil para debates sosegados e inteligentes. Reflexionaba siempre al pasar ante aquel modesto trozo de piedra dedicado a chiquillos arrebatados por el vendaval de la vida y la política, por demagogos irresponsables y por matarifes vocacionales, y pensaba en esa pobre juventud y sus ilusiones, en las madres y novias que guardaron luto por ellos. Alférez provisional, cadáver efectivo, recordaba antes de seguir mi camino. Y eso era todo.

Hace unos días vi que el monolito seguía allí, pero que le habían arrancado la estrella, ensuciándolo con brochazos de pintura roja y negra hasta dejarlo irreconocible. Algún heroico luchador antifranquista de 2023, que posiblemente ni sepa por qué aquello estaba allí ni lo que significa, pasó un buen rato escupiendo su ignorancia y su odio sobre lo que ignora: la humilde

En este infeliz país donde con tanta facilidad suicida sustituimos explicaciones por demoliciones

literaria Raquel de la Concha —medalla Laureada, nada menos— y el gran Antonio Mingote, también académico, uno de los hombres más bondadosos que conocí en mi vida. Quizá alguno disparó la bala que hirió a mi tío Lorenzo Pérez-Reverte, de dieciocho años, durante la batalla de Peñarroya. O pudo matar a mi padre, o a mi abuelo. Así era eso. Así fue aquel disparate sangriento.

Me gustaba, en fin, ese monolito medio escondido ante la Real Academia. Había escapado, con su estrella solitaria, a los extremos más absurdos

de memoria de treinta mil jóvenes tan dignos de recordar como los que pelearon en el otro bando —insisto, no criminales emboscados en la retaguardia, sino partiéndose la cara de español a español— en los frentes de batalla de verdad. Hace falta tener mucho tiempo libre y mucho rencor en el alma, pensé con amargura, para dedicar una noche a eso. Incluso aunque no te guste el monolito. Hay que ser muy estúpido, o miserable. O muy —pongan ustedes el adjetivo, que en este desgraciado país ya me duele la boca de repetirlo—. O muy. O muy. O muy. ■



Una historia de Europa (LII)

Y en éstas, haciendo bastante ruido, cayó Constantinopla en manos de los turcos. La cosa se veía venir, porque Bizancio (el antiguo imperio romano de Oriente, o lo que quedaba de él) nada tenía ya que ver con lo que había sido en los viejos tiempos del cuplé. Aquello era una puta piltrafa. Cada vez más reducido por el imparable avance turco, el mundo bizantino era un extraño enclave, un quiste peculiar en la esquina de una Europa que cambiaba deprisa mientras allí todo parecía suspendido en una especie de sueño anacrónico, ajeno a la realidad. La jerarquía estatal bizantina, déspota, cínica, vanidosa, sofisticada, trufada de misticismo religioso y protocolos absurdos, tenía las venas obstruidas por el colesterol de la desidia y la incompetencia. Por esto y muchas otras cosas, esos griegos eran, a juicio del resto de los europeos, un poquito relamidos y hasta bastante gilipollas. Caían mal. Y además, venecianos y genoveses, que junto a los comerciantes catalanes eran los chulitos del Mediterráneo cristiano, se habían convertido en competidores, comiéndoles la tostada a los orientales. No recuerdo ahora qué historiador (Spengler, Toynbee, Pirenne o uno de esos) dijo que los reinos de antes sobrevivían mientras mantuviesen la superioridad militar, campesinos a los que sangrar con impuestos y burocracia eficaz. Pero en aquel siglo XV tan pródigo en acontecimientos, a Bizancio no le quedaba de eso ni los rabos. Constantinopla, la capital, era un recinto amurallado de 22 kilómetros de longitud. Para defenderlo, Constantino XI (el último emperador de allí) no tenía más que 7.000 soldados dignos de ese nombre; mientras que,

en torno a esas murallas, un sultán turco llamado Mehmet II, empeñado en islamizar Europa, acababa de desplegar a 100.000 de los suyos, con barcos para el asedio por mar y artillería fabricada por un ingeniero alemán. En esa época, el creciente poderío otomano lo estaba pasando todo por la máquina de picar carne (acabaron conquistando los Balcanes y llegando a las puertas de Viena, donde se les detuvo tras duros combates), y al amigo Mehmet se le había metido entre ceja y ceja acabar con la vieja Bizancio. Así que, para anunciar a los griegos lo que les esperaba si no se rendían, hizo empalar (busquen la palabra en Google y verán qué risa) ante las murallas a los prisioneros que tenía a mano. Los bizantinos pidieron ayuda a Europa, especialmente a Venecia y Génova, que eran potencias marítimas; pero se daba la casualidad de que, como dije, ambas eran competidoras comerciales a las que les iba bien que Bizancio se fuera a tomar por saco.

Para anunciar a los griegos lo que les esperaba si no se rendían, hizo empalar (busquen la palabra en Google y verán qué risa) a los prisioneros que tenía a mano

Así que dijeron ve defendiéndote tú, machote, que en cuanto pueda voy, que ahora ando ocupado con otras cosas. Pero ni fueron, ni nada (al contrario, en cuanto cayó Constantinopla se apresuraron a firmar acuerdos comerciales con los turcos). Sólo algunos italianos y españoles se unieron a los griegos en su último combate. El caso es que en mayo de 1453, en plan bestia, los turcos se lanzaron al asalto. En honor a la verdad diremos que los bizantinos, conscientes de que sólo

podían esperar muerte o esclavitud, pelearon como gatos panza arriba, con la ferocidad de la desesperación (*La única salvación de los vencidos es no esperar salvación alguna*, había escrito el romano Virgilio), conscientes de que sólo les quedaba palmar matando. Y la verdad es que cuando al fin los turcos se metieron dentro de las murallas, aquellos griegos, acordándose de su mítica Troya, vendieron caro el pellejo. Muy pocos pudieron escapar en los escasos barcos que rompieron el bloqueo. Y cuando ya estaba todo el pescado vendido, resuelto a que no lo apresaran vivo, el propio Constantino XI se despojó de sus insignias imperiales y en compañía de su primo Teófilo, de sus amigos y de un noble mercenario oriundo de Castilla, Francisco de Toledo, se lanzó entre los enemigos para morir combatiendo. También cayeron con mucha bravura los miembros de la colonia de comerciantes catalanes, que bajo el mando del cónsul Pere Julià defendieron el barrio del Hipódromo y el palacio imperial hasta que todos murieron o fueron heridos. Y, bueno. De ese modo quedó en manos turcas Constantinopla, capital de Bizancio (había durado desde el año 330 d. C. hasta el 1453, que no

es ninguna tontería), y durante tres días vivió el horror del saqueo, los asesinatos y las violaciones. Al uso de la época, los supervivientes fueron vendidos como esclavos, la catedral de Santa Sofía se convirtió en mezquita y el sultán Mehmet decidió reconstruir, a lo grande, una Constantinopla musulmana que durante los siguientes cinco siglos se convertiría en capital del imperio otomano. Una ciudad que hoy conocemos como Estambul. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



El hombre que leía en el 'Titanic'

Desde hace tiempo y una vez al año, cuando se acerca el momento en que largo amarras e izo todo el trapo que el viento me permite, veo de nuevo aquella obra maestra que Roy Ward Baker rodó en 1958 basada en el libro *A night to remember*, de Walter Lord, con un guión firmado por un enorme Eric Ambler que ya había escrito, entre otras, *La máscara de Dimitrios*. La película se llama en inglés igual que el libro original, y en versión española es conocida como *La última noche del Titanic* —no confundir con *Titanic*, bodrio protagonizado por Clifton Webb, ni con el colorido *Titanic* de DiCaprio y compañía, que son otra cosa—. La veo por varias razones: lo hice en el cine siendo niño, con mi padre, que me llevaba a todas las películas que tenían relación con el mar, la volví a ver muchas veces a lo largo de mi vida, y la sigo viendo porque, aparte su perfección, es un buen recordatorio de que, como diría el marino Coy, protagonista de *La carta esférica*, los seres humanos vivimos entre estachas de ballena. Al filo del abismo, vamos. O de las impasibles reglas del caos. Y de vez en cuando, el caos impone sus reglas.

Hay diálogos de la película que me sé de memoria —«¿No va a intentarlo, señor?»— y escenas que, después de haberlas visto veinte o treinta veces, espero con extrema atención que se repitan en la pantalla, pues cuanto más las conozco más las disfruto. Hay situaciones y personajes que me siguen impresionando hasta la emoción. Porque en esa película, en el microcosmos abocado al desastre del barco moribundo, se concita todo lo bueno y lo malo del ser humano: el valor y la cobardía, la dignidad y la vileza, la lealtad, el egoísmo, el amor y la muerte. Sobre todo, la muerte. Porque, entre

otras muchas cosas, *La última noche del Titanic* es una lección de cómo sobrevivir y de cómo, llegado el caso, saber morir.

Supongo que muchos de ustedes la habrán visto; de no ser así, la recomiendo vivamente. Quizá, como me ocurrió a mí, algunas escenas de esa película se les queden grabadas para toda la vida: el *Californian* a pocas millas, cuya tripulación no sabe interpretar las señales de la tragedia; los tenaces radiotelegrafistas que hasta el último momento lanzan a la noche los inútiles mensajes de socorro; el capitán abrumado por la magnitud del desastre; la orquesta que sigue tocando en cubierta, heroica y digna hasta el final; los humildes pasajeros de tercera clase que intentan sobrevivir; el mayordomo que abraza hasta el fin al niño abandonado; los jugadores que siguen impasibles su partida de cartas mientras la cubierta se inclina cada vez más... Y, sobre todo, el hombre de barba

y estaba fascinado. El hombre de la barba blanca, insistía, y yo estaba de acuerdo. Ahí está la esencia, ahí está la imagen. Tienes que escribir un artículo sobre eso, capitán. Y, bueno. Aquí estoy, escribiéndolo, porque Jorge tiene razón. Mientras el barco se hunde, cuando se va perdiendo el control, y de la subida lenta y ordenada a los botes se pasa al desconcierto, las carreras y el pánico, el anciano de la barba blanca sigue sentado en la cámara, desdeñosamente ajeno a todo, enfrascado en la lectura de un libro. No vemos el título, y lo mismo puede tratarse de la Biblia, las *Meditaciones* de Marco Aurelio, *La Divina Comedia*, los sonetos de Shakespeare, la *Odisea*, el Quijote, *Justine* del marqués de Sade o un libro de problemas de ajedrez. Qué más da. Lo que importa es su actitud: la calma estoica con que un ser humano lúcido y culto, consciente de su destino y por tanto indiferente a él, resuelve afrontar el momento en que casi todos pierden los nervios, buscan salvarse a toda costa, corren de un lado para otro, se agolpan y empujan para subir a los botes donde no caben todos. Por eso me agrada verlo imperturbable, con su barba blanca y su libro en las

El hombre de barba blanca sentado en la cámara, concentrado en el libro que tiene en las manos, mientras el caos se desata a su alrededor

blanca que lee sentado en la cámara, concentrado en el libro que tiene en las manos, mientras el caos se desata alrededor.

Ese hombre silencioso que lee —un breve plano en un par de secuencias— es, para mí, la verdadera clave de la película. Lo comentaba ayer por teléfono con Jorge Fernández Díaz, el periodista y escritor argentino que es casi mi hermano bonaerense —siempre lo llamo 'cuchillero' y él a mí 'capitán'—, que acababa de verla por primera vez

manos; e incluso lo imagino alzando un momento la cabeza para dirigir una tranquila mirada en torno antes de pasar página y sumergirse de nuevo en la lectura que consuela, confirma y explica todo: incluso la trampa cruel, siempre al acecho aunque los pasajeros no eran conscientes de ello, del barco inclinado hacia el abismo. Para qué tanto escándalo, me gusta imaginar qué piensa el hombre admirable que lee mientras el *Titanic* se hunde. Al fin y al cabo, sólo se trata de morir. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LIII)

El Renacimiento dinamitó, o empezó a hacerlo, el cerrojo que durante los siglos medievales la Iglesia había puesto a la inteligencia en Europa. Una demolición, seamos justos, que también se hizo desde dentro; porque también la Iglesia, o una parte importante de ella, acabó respirando con entusiasmo los aires humanistas, sobre todo los grandes papas romanos del siglo XVI (lo fueron Julio II, León X y algún otro). En todo caso, el nuevo espíritu no era todavía antirreligioso, que eso vino luego, sino anticlerical o más abiertamente crítico con los vicios eclesiásticos. Pero incluso intelectuales notables como Erasmo de Rotterdam o Tomás Moro, dos buenas cabezas, fueron cristianos sinceros, dispuestos a hacer compatibles vida espiritual y terrenal. Lo que el Renacimiento destruyó felizmente (aunque aún coleería durante siglos) fue la pretensión de los teólogos de controlar las artes, las ciencias y la moral. Ahí se les complicó el sacro negocio. En cualquier caso, limitar el concepto renacentista al arte y las letras se queda corto: el movimiento, originalmente italiano, revolucionó toda la actividad humana e hizo posibles descubrimientos científicos y geográficos que cambiaron el aspecto del mundo. La recuperación de la antigüedad grecolatina como referencia, la formación científica, el deseo de acceder a las verdades que el estudio de la naturaleza ofrecía, el nacimiento de una sociedad urbana dueña de su destino, el capitalismo moderno, el mecenazgo e influencia social de familias poderosas, se convirtieron en virtudes propias de unas ciudades (Florencia, Milán, Venecia) donde el poder y el prestigio pasaban de manos de la vieja aristocracia a la nueva élite

comerciante, que era la que ahora estaba podrida de pasta. Y precisamente Italia, donde todo eso cuajó primero, resultó ser una interesante paradoja. Por una parte, el carácter de sus ciudades-estado, la falta de unidad y las luchas que entre ellas se desarrollaban, dieron lugar a que, alejadas la nobleza y las familias ricas del oficio medieval de las armas, éste recayese en profesionales especializados, los *condottieri* o mercenarios, que con ejércitos particulares se ponían al servicio de unos y otros, y a veces se alzaban con el santo y la limosna, adueñándose por la cara del chiringuito. Fue la época de los llamados *tiranos*, especialidad tan típicamente italiana como hoy son la pizza o la Mafia: gobernantes basados en la fuerza, la conspiración y el asesinato (los Sforza, los Visconti de Milán), de los que el papa Pío II llegó a decir: *En esta Italia donde nada perdura, los criados pueden aspirar a ser reyes*. Sin embargo, y a esto viene lo de la paradoja, paralelo a ese descalzaperros político y militar (también los papas

clave en el tinglado: Florencia. O para ser más exactos, la Florencia de la familia Médici (Cosme, Lorenzo el Magnífico, etcétera), banqueros del papa entre otros clientes ilustres, ricos hasta aburrir, que fueron bastante inteligentes para comprender que amparar las artes y las ciencias daba más prestigio y más poder; y de ese modo convirtieron su ciudad en centro de las nuevas luces intelectuales que acabaron iluminando Europa. La Florencia del *Quattrocento* y la Roma de los papas en el *Quinientos* pusieron de moda Italia; y con toda razón, porque la nómina que allí alumbraron los siglos XV y XVI es apabullante: sobre la huella literaria de Dante, Petrarca y Boccaccio caminaron con esplendor Ariosto, Castiglione, Tasso, Maquiavelo y Aretino (*Aquí yace Aretino, poeta toscano / De todos habló mal menos de Cristo / excusándose al decir: no lo conozco*). En materia de arte destacó el trío formado por Leonardo da Vinci (científico del arte, quizá el mayor genio de todos los tiempos), el escultor y pintor Miguel Ángel (no se pierdan la soberbia película *El tormento y el éxtasis*), y el pintor Rafael (el más blandito de los tres, pero que aprendió tanto de uno como de otro). Y a eso hay que añadir, sin

Lo que el Renacimiento destruyó, felizmente, fue la pretensión de los teólogos de controlar las artes, las ciencias y la moral

andaban a sartenazos defendiendo sus posesiones), crecía el culto a la Antigüedad con nuevos y fructíferos enfoques, el latín se convertía en elegante idioma internacional de la gente culta, escritores y artistas formados en el estudio de los clásicos se expresaban con una libertad hasta entonces desconocida, y las matemáticas, la física, la astronomía, la geografía, libres (o casi, todavía) del corsé medieval, preparaban la Europa del futuro. Sería injusto no mencionar el nombre de una ciudad

acabar nunca, talentos extraordinarios como el arquitecto Bramante, el pintor Fra Angélico, Piero de la Francesca, Brunelleschi, Sansovino, Bellini, Giorgione, Botticelli y su *Nacimiento de Venus* (el paganismo incrustado en el arte moderno, con dos cojones) y tantos otros. Sin embargo, esa Italia que hoy sigue asombrando al mundo no fue el único país donde el Renacimiento pegó fuerte; también iluminó otros lugares importantes de Europa. Y de eso hablaremos en el próximo capítulo. ■

[Continuará]



Se rueda 'El Padrino'

En 1972, estando de visita en la casa familiar —yo vivía en Madrid desde hacía año y medio—, eché un vistazo a una revista muy entretenida a la que mis padres estaban entonces suscritos: *Selecciones del Reader's Digest*. Y fue así cómo supe por primera vez de una película que por esas fechas estaba a punto de estrenarse en Estados Unidos y que había despertado allí una viva polémica, pues era la adaptación de una exitosa novela de Mario Puzo que trataba sobre la Mafia. El titular del artículo era: *Se rueda El Padrino*.

Me acordé de eso hace unos días, mientras veía los diez capítulos de la serie de televisión *The Offer*, donde se cuenta la complicada gestación de la que hoy es considerada una de las mejores películas de la historia del cine. Y entre episodio y episodio, sintiendo que lo que allí se contaba me era familiar, fui a la biblioteca, donde conservo medio centenar de ejemplares de aquellos *Reader's Digest* que pertenecieron a mis padres, y busqué entre ellos el recuerdo. Lo encontré al fin en el número de abril: contaba el rodaje con cierto retraso, pues cuando se publicó la edición española —la revista era una traducción de la norteamericana— hacía ya un mes que la película se había estrenado en los Estados Unidos. Y fue eso lo que meses después me llevó al cine, en Madrid, a disfrutar del estreno en España de aquella obra maestra. Porque —que se mueran los feos— mi generación tuvo esa suerte: vimos estrenar en pantalla grande la trilogía de *El Padrino*, pero también *Ben-Hur*, *Río Bravo*, *El hombre que mató a Liberty Valance*, *Los duelistas* y tantas otras. Alguna ventaja ha de

proporcionar, digo yo, haber cumplido los 71 años.

The Offer es extraordinaria, o a mí me lo parece. Consumidor habitual de series televisivas —desde hace cuatro décadas, cada noche veo una peli en DVD (antes VHS) o un par de capítulos de una serie— y hacía mucho que ninguna me atrapaba tanto. No llega a la altura de *Hermanos de sangre*, *Mad Men* o *Los Soprano*, por supuesto; pero está tan bien narrada, tan inteligentemente expuesta su combinación de drama y humor, que engancha sin remedio. Me calcé los diez episodios en tres noches. Lo hice con momentos de verdadera emoción, pues asistir al nacimiento de una obra inmortal como *El Padrino* es un privilegio. Y lo espléndido es que, como comprobé releendo el artículo de la vieja revista, *The Offer*, salvando las naturales licencias en una obra que con mucha audacia combina realidad

con la mafia estadounidense, las amarguras y triunfos de una aventura cinematográfica, el funcionamiento de los grandes estudios y la lucha de egos entre quienes los dirigían entonces, los sueños enfrentados al dinero, el éxito siempre cercano al fracaso, las referencias a otras películas de la época... Y los actores, Marlon Brando, Al Pacino, encarnados por otros actores a los que te acabas creyendo —a excepción de Meredith Garretson, a la que es imposible aceptar como la bellísima Ali MacGraw—, sin que apenas nada chirríe en su trabajo. Y la simpática interpretación del director Francis Ford Coppola —cuyo personaje me recuerda mucho a Álex de la Iglesia—. Y, sobre todo, la retorcida historia de amistad entre el productor Al Ruddy y el mafioso Joe Colombo —encarnado por un soberbio Giovanni Ribisi—, asombrosa por lo mucho y bien que refleja lo que realmente ocurrió entre ellos.

A diferencia de la crítica especializada española, que en general acogió la serie con entusiasmo, la norteamericana la trata con desdén. *Amateur y desordenada*, dicen unos. *Demasiado dramatizada para causar efecto*, aseguran otros. *Detalles inútilmente exhaustivos*,

La serie 'The Offer' es un canto de amor al gran cine y a los hombres y mujeres que lo hicieron posible

y ficción, se mantiene fiel a los hechos reales. A los avatares e incidentes que jalonaron la producción de la mítica película.

Si no la conocen todavía, les aconsejo que la vean. No hagan demasiado caso, en esta ocasión, a la crítica especializada que arruga la nariz y pone pegas. Basada en el libro del productor de la película Albert Ruddy, adaptado por seis brillantes guionistas, la serie es un canto de amor al gran cine y a los hombres y mujeres que lo hicieron posible: los desencuentros iniciales

Carente de tensión, Guiños vacíos, sostienen terceros... Pero oigan. Me importa un huevo de pato. Como espectador seré muy elemental y poco exigente a ojos de los críticos gringos; pero lo cierto es que me zampé la serie de cabo a rabo con avidez, sin respirar, disfrutándola con la emoción de quien, desde que hace medio siglo vio *El Padrino* en el cine, le rinde culto como una de las mejores películas de todos los tiempos. Así que ya digo. Si aman el cine, échense un vistazo a *The Offer*. Y ya me dirán. ■

Patente
de curso

por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LIV)

aunque la influencia de Italia en el Renacimiento fue fundamental, pues desde allí irradió casi todo, el fenómeno en el resto de Europa no se limitó a la simple imitación en plan copieta, sino que tuvo rasgos propios, específicos de cada lugar. Lo que pasó fue que los aires nuevos con su ansia de libertad humanista, las modas importadas y los caracteres propios impulsaron en todas partes el pensamiento moderno y abrieron la puerta no sólo a las artes y las letras, sino también a la física, la astronomía, la geografía, las matemáticas, el comercio y la filosofía política. Y detalle fundamental: en Flandes, Francia y España (la expansión mediterránea de catalanes y aragoneses tuvo mucho que ver con eso), pero también en Inglaterra y el sur de Alemania, nació un capitalismo chuleta, más audaz y sin complejos, que creó nuevas fortunas y cambió las viejas relaciones del dinero con el poder. Comerciantes de tronío como los Fúcar alemanes o los Coeur franchutes, que acabaron siendo banqueros de emperadores y reyes (con sus préstamos tuvieron a más de uno bien agarrado por las pelotas), se convirtieron en indiscutibles millonetas de los siglos XV y XVI. Y también hubo otro cambio importante: los gremios artesanos, con sus caducas limitaciones medievales, se vieron superados por industrias libres dirigidas por hombres nuevos. De ese modo, la tradición dejó de pesar sobre los negocios. En el norte, el puerto de Amberes se hizo dueño del cotarro; la manufactura inglesa de paños inundó el mercado europeo; la marina holandesa, más espabilada y al día que la hanseática, se enseñoreó de los mares y el comercio en aquellas aguas; y los marinos portugueses, buscando rutas comerciales con Oriente, abrieron

un melón que pronto sería saboreado por los navegantes y descubridores españoles. Y parece mentira: cuando miras los mapas de entonces, asombra que un espacio geográfico tan pequeño en relación con el resto del planeta como era Europa, aprisionada entre el Atlántico y la fuerte presión del Islam, acabara desarrollando tanto poder e influencia mundial como alcanzaría en los cuatro siglos siguientes. Pero lo cierto es que así fue, y uno de los fenómenos más interesantes que allí se alumbraron fue el de las nacionalidades; así que ya podemos hablar de países específicos en un sentido más o menos de ahora. En la peculiar España (donde ocho siglos de romperse los cuernos con el Islam lo condicionaban todo), el Renacimiento no fue una ruptura con el pasado, sino que se combinó con la tradición, asentándose de modo tardío y con interesantes características propias (Nebrija, Vives). En Francia, al contrario, las maneras italianas se impusieron pronto y con éxito (incluso en la moda del vestir), hasta el punto

pues, más que una recuperación de lo grecolatino, lo que hubo allí fue una intensa reivindicación del antiguo espíritu germánico (Arminio en Teotoburgo contra las legiones de Varo, para entendernos); y a eso contribuyó mucho la reforma protestante que con Lutero y compañía iba estando a punto de caramelo para poner Europa patas arriba. Con todo eso, fue la ciencia la que en el Renacimiento alcanzó cotas nunca vistas desde la destrucción del mundo antiguo, superando con mucho a griegos y romanos. En una primera fase, lo que hicieron los científicos (más o menos) fue recuperar y poner al día el conocimiento de los autores clásicos, haciendo posible que en siglos posteriores (a partir del XVII) y basándose en ellos, la ciencia desarrollara nuevos descubrimientos. De cualquier modo, el renacimiento de la ciencia fue admirable: en 1538 trazó Mercator el primer gran mapa del mundo, cinco años después Vesalio publicó su famoso libro de anatomía *De humani corporis fabrica*, y otros sabios de postín (Paré, Falopio, Servet, Harvey, Paracelso) revolucionaron la cirugía y la medicina. El polaco Copérnico (echándole pelotas a la vida) recuperó a Aristarco de Samos al afirmar que la

La ciencia alcanzó en el Renacimiento cotas nunca vistas desde la destrucción del mundo antiguo, superando con mucho a griegos y romanos

de que toda una reina gabacha, Catalina de Médicis, legítima del rey Enrique II (mediados del XVI), pertenecía a la poderosa familia florentina de ese mismo apellido. En Flandes, Holanda y Suiza destacaron tanto las artes (Van Eyck, Van der Weyden, Brueghel, El Bosco, Holbein) como el comercio y el pensamiento político. En cuanto a Alemania (Dürero, Cranach), de modo parecido a como ocurría en España, también tuvo el Renacimiento caracteres locales muy específicos;

Tierra no era centro del universo y era ella la que giraba en torno al sol; Kepler desarrolló la idea, y Galileo Galilei, al socaire de todo eso, formuló los principios modernos del pensamiento científico fundando la física moderna y comiéndose de paso, la pobre criatura, un marrón como el sombrero de un picador cuando la santa madre Iglesia, que no se resignaba a dejar de controlar cuerpos y almas, lo hizo procesar por la Inquisición. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Humoristas, vírgenes y madres

hubo revuelo mediático en España —sólo un par de días, lo que duran esas cosas— porque unos humoristas de un programa de televisión emitido en Cataluña se chotearon, con esa gracia natural que allí tiene algún que otro hijo de la gran puta, de la Virgen del Rocío y del acento andaluz. La parodia tenía mala sombra y fue asunto, sobre todo, del público que la vio: quien está dispuesto a zamparse programas como éste, como otras telebazofias sobre islas de pendones desorejados y macarras analfabetos, o ciertas tertulias donde todo cristo sabe tanto de todo que acabas echando la pota, conoce a qué se expone. Si hay oferta de basura es porque no faltan consumidores. Así que la verdadera culpa no es de quien rentabiliza el asunto, sino de los espectadores que lo hacen rentable.

Dicho lo cual —aquí me tienen, haciendo amigos—, algunas de las indignaciones con el asunto virginal rociero tienen su puntito curioso. Desde espectadores normales, de infantería, que protestaron heridos en sus tradiciones o sentimientos religiosos y regionales, hasta periodistas y políticos catalanes o andaluces, muchos alzaron la voz pidiendo una disculpa de los responsables del programa; a lo que éstos, desde la altura moral de saberse cultural, económica y étnicamente superiores a la sucia chusma meridional que roe sus zancajos, respondieron: «Pueden esperar sentados». Estoy seguro de que los españoles, o como nos llamemos ahora, podemos también esperar sentados a que esos ingeniosos humoristas hagan otra broma semejante con el profeta Mahoma y el Corán, imitando el acento árabe mientras parodian arrodillarse en dirección a La

Meca, hasta que se nos parta a todos —o les partan a ellos— el ojete de risa.

Pero esta página no va de eso, sino de algo en lo que me quedé pensando a causa del pifostio rociero. Y es que las protestas por el asunto fueron más allá, por lo que pude leer y escuchar, de los aspectos religioso y tradicional del asunto. O sea, que los fulanos de una tele autonómica insultaran la dignidad de la Virgen María, las tradiciones y el habla andaluzas, no fue todo lo que hubo en cuestión. Gente que nada tiene que ver con Andalucía, ni tampoco con la religión católica ni ninguna de las otras, incluso voces públicas que no pueden calificarse de meapilas sino de lo contrario, opuestas a toda clase de religiones, expresaron su desagrado. Y aquí estoy yo, expresando el mío. Porque hay un enfoque de la cosa virginal que no debe pasarse por alto. Que no es ninguna tontería.

Las razones históricas son lo de menos. Pudo ser de otra forma, pero un

Agar que lleva de la mano a su hijo Ismael, o la Maryam madre del profeta Jesús, única mujer a la que menciona por su nombre el Corán. Porque lo que perfila esa imagen, diosa o no, virgen o no, en el corazón de los seres humanos, lo que suscita veneración o respeto, no es tanto su carácter divino como su papel de madre. Y el afecto por ella procede menos de creencias religiosas que de sentimientos relacionados con la infancia, la familia, la melancolía de la ausencia, la madre tarde o temprano perdida por el curso natural de la vida. Y cuanto quieran añadir.

Más que por razones piadosas, como digo, es por eso por lo que respetan a la Virgen incluso quienes desprecian a los que se apropiaron de lo que Jesucristo significa, o simboliza. Hemos visto a ateos recalitrantes llorar ante una imagen en Semana Santa; a hombres y mujeres que se sobrecogen ante el rostro dolorido —qué madre no lo tendría— que ve sufrir al hijo. Si la Caridad de Cartagena no fue destruida en la Guerra Civil fue porque las prostitutas locales impidieron el paso a los milicianos que querían quemar la iglesia. Y tantos ejemplos más. Sin llegar a esos extremos, yo también me conmuevo ante ciertas imágenes. No porque esa

En España como en otros lugares del mundo, seas religioso o no, la imagen de la Virgen María está a menudo vinculada a la de la madre

modo de verlo es éste: en España, como en otros lugares del mundo, la imagen de la Virgen María está a menudo vinculada a la de la madre, aunque eso no provenga sólo del ámbito judeocristiano. Desde la Antigüedad, la imagen materna está presente en la historia universal: la egipcia Isis con Horus —salvador de la Humanidad— en el regazo, la Cibeles sobre cuyos lugares sagrados se levantaron iglesias, y tantas otras divinidades femeninas, o simplemente mujeres al modo de la bíblica esclava

mujer-madre-virgen, o lo que sea, figure en la pasión de Jesús, que eso me importa un pimiento frito y allá cada cual; sino porque representa el amor, la ternura y la tragedia de quien trae hijos a la vida, los acuna en el regazo, guía sus primeros pasos y a veces los ve morir. Es a la madre que para muchos, creyentes o no, contiene a todas las madres, y no a un mito religioso más o menos discutible, a quien los humoristas de la televisión catalana insultaron con su infame parodia. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LV)

Y ahora, ya que con una historia de Europa estamos, no queda otra que hablar de España. Porque de esta península-mosaico de reinos cristianos (cada vez más) y musulmanes (cada vez menos) que llevaban ocho siglos dándose sartenazos entre sí iba a surgir la primera nación moderna y coherente de Europa. Y además (que se mueran los feos), la dinastía más poderosa de ésta y tal vez del mundo. La cosa se debió a una afortunada combinación de casualidades y talento político; y por una vez, sin que sirviera de precedente, a los españoles nos salió tan bien capado el cochino que los efectos positivos duraron un rato largo. En aquel animado siglo XV, la península ibérica tuvo cuatro reinos perfectamente definidos. Uno, el moruno, se reducía al reino de Granada, que fue liquidado por las bravas en 1492. Otro era Portugal, casi ajeno a las luchas territoriales europeas y volcado en el comercio marítimo con Oriente gracias a las expediciones navales impulsadas por la Escuela Naval de Sagres, fundada por don Enrique el Navegante (1394-1460). El tercer reino ibérico era Aragón, que gracias a la burguesía comercial catalana mantenía una política de expansión muy activa en el Mediterráneo, lo que incluyó (con el muy renacentista Alfonso V el Magnánimo) la posesión de Sicilia y Nápoles. Y el cuarto reino, que fue realmente la madre de todos los corderos, era la vieja Castilla que *face a los homes e los desface*, como escribió un cronista, aunque en aquel tiempo principalmente los hacía de enorme talla. Y no sólo a los hombres, sino también a las mujeres. Porque fue una señora, Isabel I de Castilla, quien ató la mosca hispana por el rabo. Era

firme, ambiciosa, audaz y los tenía bien puestos. Su matrimonio con Fernando II de Aragón (a partir de 1479 gobernaron en común) hizo posible la conquista de Granada, Canarias, Melilla, Orán, Argel y Trípoli, la anexión de Navarra, la agresiva política mediterránea e italiana, la unificación bajo una sola autoridad religiosa, la inmisericorde rotura de espinazo a los nobles que daban problemas y la creación de una especie de Guardia Civil rural llamada Santa Hermandad... Todo eso, y bastantes cosas más (de Colón y América hablaremos más adelante), con sus brillantes luces (el cardenal Cisneros, con la universidad de Alcalá y la Biblia políglota) y sus siniestras sombras (expulsión de moriscos y judíos e instauración de la Inquisición, que ya existía en otros lugares de Europa), que aquel matrimonio realizó o hizo posible, convirtió a la antigua Hispania, ahora llamada de nuevo España, en un estado fuerte y sólido bajo la autoridad

respecto. Así que la península italiana se convirtió en escenario de intrigas políticas y enfrentamientos militares que se prolongarían durante mucho tiempo. Se rompió así (año 1494) una etapa de llevarse más o menos bien entre italianos y extranjeros gracias a la llamada Paz de Lodi, que cuarenta años antes había logrado un equilibrio razonable entre la Santa Sede, Milán (familia Sforza), Venecia (familias comerciantes locales), Florencia (familia Médici) y Nápoles y Sicilia (españoles). Fue entonces cuando aquel delicado *statu quo* se fue al carajo, porque el rey francés Carlos VII se puso flamenco e invadió Nápoles, dispuesto a barrer para casa. Pero el muy pringado calculó fatal, porque reinaba allí Ferrante, hijo bastardo de Alfonso el Magnánimo, y por tanto pariente de los españoles Isabel y Fernando. Así que éstos, que llevaban tiempo buscando pretextos para romperle los cuernos al vecino recortándole los apetitos, enviaron a Italia un ejército mandado por un artista de la cosa bélica, Gonzalo de Córdoba, que en dos campañas sucesivas les dio a los gabachos las suyas y las del pulpo en las batallas de Ceriñola y Garellaño, expulsó de Cefalonia a los turcos y devolvió Ostia al papa, porque se habían

Fue una señora, Isabel I de Castilla, quien ató la mosca hispana por el rabo. Era firme, ambiciosa, audaz y los tenía bien puestos

de quienes el mundo conocería, en adelante, como Reyes Católicos. Lo que no era ninguna tontería, oigan, cuando en el resto de Europa los estados nacientes aún andaban discutiendo que sí o que no, como la Parrala. Uno de esos estados era Francia, también con serias aspiraciones de cuajar como nación y potencia internacional, cuyos monarcas ambicionaban el norte y el sur de Italia. También los papas, que además de ser cabeza visible de la Iglesia regían los llamados Estados Pontificios, tenían algo que decir al

apoderado de ella los franceses. Eso le valió el sobrenombre de Gran Capitán; y a su muerte, para que se hagan idea del nivel, adornaron su túmulo funerario dos pendones reales y doscientas banderas enemigas tomadas en los campos de batalla, que se dice pronto. Pero lo más notorio es que don Gonzalo formó y fogueó un ejército profesional, los famosos tercios de infantería españoles, que durante un siglo y medio iban a tener a Europa bien agarrada por los cojones. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Por qué no escribo sobre política

Erase una vez un desgraciado país, violentado por ocho siglos de guerra entre dos maneras de entender a Dios —a mi entender, venció la menos mala—. Una tierra ingrata regada con sudor y sangre, poblada por infelices sometidos a reyes, curas, espadones y sinvergüenzas. Una nación que hizo cosas portentosas para destruirlas después, costumbre secular aquí, donde la envidia siempre fue pecado nacional y donde el rencor, tóxico destilado de siglos, envenenó cualquier intento hecho por hombres y mujeres buenos que acabaron, como no podía ser de otro modo, en el cadalso, la cuneta, la tapia del cementerio o el exilio. Este lugar donde, como escribió Julio Camba, el anhelo de un español no es conseguir un coche como el de su vecino, sino que su vecino no tenga coche.

Tras este simpático comienzo pueden ustedes, con razón, reprocharme excesivo pesimismo en el modo de abordar el asunto. Pero lo veo así y no de otra forma, de manera que no sé por qué debo meterle esperanzas, parajitos y arcoíris. Quizá sean la edad, las lecturas o la vida que uno vivió, pero da lo mismo: en los últimos tiempos, algunos lectores —y un lector es siempre un amigo—, preguntan por qué ya no escribo casi nunca sobre política. Por qué, a diferencia de antes, no repaso la actualidad diaria y después de treinta años en esta página me enroco cada vez más en mi mundo, mis recuerdos, mis amigos, mi biblioteca. Por qué, o sea, acabó el tiempo en que llamaba soberbio arrogante a Aznar, idiota solemne a Zapatero, cobarde acomplejado a Rajoy, pistolero sin escrúpulos a Sánchez, o hijos de la

gran puta a tantos golfos, ladrones y sinvergüenzas —en esto ellas no son mejores que ellos— que convierten la política en negocio donde todos trincan y medran.

Estoy cansado, oigan. Muy cansado. El tiempo me ha hecho llegar a ciertas conclusiones poco agradables. Una es la inutilidad del esfuerzo; y no hablo de mí, sino de gente mejor que yo. Si repasan las hemerotecas, verán que unos pocos periodistas y escritores contaron en sus páginas y artículos lo que pasaba e iba a pasar. Hicieron de Laocoontes y Casandras, labor ingrata que nunca sirve para prevenir nada —la gente adora los Titanic aunque se incline la cubierta, sobre todo si oye tocar a la orquesta—, pero sí para ganarse innumerables enemigos. Sin embargo, muchas de aquellas sombrías predicciones se han cumplido. No porque quienes las hacían fueran genios de la anticipación, sino porque era evidente que iba a ocurrir así, y no

Pasó el tiempo en que llamaba soberbio arrogante a Aznar, idiota solemne a Zapatero, cobarde acomplejado a Rajoy, pistolero sin escrúpulos a Sánchez

de otra forma. Y ahora, para justificar su infame gestión, para eludir la responsabilidad, para ponerse de perfil ante la contaminación, desprestigio o demolición de las instituciones y estructuras que hacen posible un Estado, la sucia clase política, liberada al fin de la necesidad elemental de guardar una mínima compostura, nos aturde con un populismo y una demagogia que insultan la inteligencia, desentierran fantasmas olvidados y los agitan sin pudor, olvidando —o ignorando,

iletrados como son— que todo eso ya ocurrió muchas veces en nuestra historia y nos llevó a lugares oscuros. A navajeo entre vecinos y hermanos. A bien nutridas fosas comunes.

Rencor, es la palabra. En España, por razones históricas, sociales, culturales, no hace falta demasiado estímulo para resucitar, o utilizar, el viejo e indestructible rencor nacional: el nosotros y ellos, conmigo o contra mí. El no reconocer una virtud en el bando adversario ni un defecto en el propio. Y ese rencor, manipulado por quienes en su limitación intelectual, cobardía o vileza no disponen de otras herramientas, infecta las redes sociales, el periodismo, la vida. Y un público cada vez menos dispuesto a identificar la manipulación y la mentira compra gozoso, sin cuestionarlo, el dudoso producto que esa chusma pregona como si se tratara de crecepelelo, recetas milagrosas o muñecas de tómbola.

¿De verdad quieren que emplee los años que me quedan en escribir sobre eso y la gentuza que lo hace posible?... Pues disculpen si no lo hago más a menudo. Es natural que de vez en cuando se me suba la pólvora al campanario, pero prefiero dedicar esta página a otras cosas. A buscar

y describir, por ejemplo, pequeños reductos defensivos donde aún sea posible atrincherarse para seguir respetando, aunque se ponga muy cuesta arriba, esta triste España en que vivimos, tan incapaz de respetarse a sí misma. Quisiera mantenerme ajeno, en lo posible, a lo que un periódico republicano, en plena Guerra Civil y refiriéndose al bando propio, definió hace casi un siglo con un lúcido titular en primera página: *Cuánto cuento y cuánta mierda.* ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LVI)

Lo de Colón se explica rápido. Que la Tierra era redonda y no plana se sospechaba desde la Antigüedad, pues para eso hubo científicos en Mesopotamia, Egipto, Grecia y Roma. Y ya con la modernidad, en el siglo XV se tenía, al menos entre marinos, astrónomos y gente cultivada, la absoluta certeza. Surgió entonces la figura de un navegante genovés (*hombre de alto ingenio y muy diestro en Cosmografía*, según Los Palacios) que, aficionado desde jovencito a la lectura y a la geografía, consciente de que los comerciantes europeos querían especias y otras riquezas de la India, China y el resto de Asia (rutas de Oriente que los turcos controlaban por tierra, y por mar tenían casi monopolizadas los portugueses que costeaban África), tuvo la genial idea de comprender que, si la tierra era de verdad redonda, bastaría con navegar hacia el oeste para llegar a la India por el otro lado (truco del almendruco también conocido por huevo de Colón). Ofreció primero la idea al rey de Portugal, que pasó mucho del asunto, aunque después se tiró de los pelos por el patinazo («*Soy o mais grande pringao do universo*», se lamentaba el monarca portugata con sus íntimos, hecho polvo). Así que Colón, tenaz, acudió a Isabel de Castilla y a su marido Fernando de Aragón; que acabaron, sobre todo ella, financiando la expedición (año 1492, el mismo de la toma de Granada a los musulmanes, fin de lo que aquí llamamos Reconquista). El resto lo conocen ustedes mejor que yo: con tres barquitos de nada, Colón tiró millas rumbo a poniente echándole unas agallas admirables a la aventura, y al cabo de un mes más largo que una guerra sin tabaco, cuando creía estar frente a las Indias orientales, se

encontró con un continente nuevo de trinca que nadie sabía que estaba allí. Aquello fue un puntazo, andar buscando un continente y darse de boca con otro que estaba en medio. Al principio todos pensaron que eran las Indias, y hasta Colón murió creyéndolo; pero era, nada menos, lo que hoy llamamos América: un lugar tan grande, rico y diverso que cambió el destino de Europa y la historia de la Humanidad. Explorar, descubrir y rellenar el blanco de los mapas (la *terra incognita*) se puso de moda, a partir de entonces se desataron la fiebre geográfica y las ansias de trincar viruta, y ya no cesaron las expediciones y los descubrimientos: costas del Brasil, Océano Pacífico, circunnavegación de la Tierra (hazaña de un portugués y un español, como en los chistes: salieron 252 hombres y volvieron 18) e innumerables etcéteras más. Y así, aliándose el afán de viajes y aventura con las ganas de forrarse, muchos segundones, desgraciados,

conquistó México, Francisco Pizarro el Perú y Pedro de Valdivia Chile. A menudo aquellos aventureros valerosos y crueles se asesinaron entre ellos o acabaron ahorcados por los reyes a los que servían, o por los funcionarios reales, leguleyos y otros mangantes que, pasados los riesgos de la conquista, cayeron sobre los nuevos territorios con la voracidad de una plaga de langosta. Y es cierto: los españoles llevaron matanzas, saqueos y enfermedades a un continente donde (todo hay que decirlo) antes de que llegaran ellos los pueblos indígenas ya se mataban, esclavizaban e incluso devoraban entre sí (la milonga de una América idílica precolonial no te la tragas ni hartado de vino). Pero también, a diferencia de los ingleses que pronto llegaron al norte, donde procuraron no dejar un indio vivo, los españoles, lejos de exterminarlos, se mezclaron con ellos creando familias e hispanizando a sus hijos. Injusticia, esclavitud y crímenes hubo siempre en todas partes, pues tal suele comportarse el ser humano; pero a diferencia de los hipócritas anglosajones que hoy derriban estatuas de Colón, los españoles nunca consideraron aquello colonias, sino provincias de la Corona de Castilla, estudiaron las lenguas

Lo de Colón fue un puntazo: andar buscando un continente y darse de boca con otro que estaba en medio

infelices que languidecían en España bajo reyes, nobles y curas, decidieron jugarse el pellejo, palmar en lugares lejanos o volver ricos y respetados a su pueblo. Y poco a poco, echándole sangre y cojones en una hazaña sin igual en la historia de Europa y del mundo, los descubridores fueron convirtiéndose en conquistadores que desembarcaron (matando pero también muriendo, destruyendo civilizaciones pero creando otras mestizas) en América y Oceanía. Con sólo unos cientos de hombres, Hernán Cortés

nativas (muchas se habrían perdido sin las gramáticas y diccionarios escritos por los frailes para evangelizar), construyeron hospitales, iglesias, escuelas y universidades abiertas a mestizos e indios y redactaron las famosas *Leyes de Indias*, monumento pionero de humanidad y justicia al que deberían echar un vistazo tantos idiotas que, a uno y otro lado del Atlántico, insultan a España poniendo fuera de contexto hechos y siglos que ni conocen ni comprenden. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Mi amigo Farid

En 1976, la guerra del Líbano estaba en todo lo suyo. Se combatía con mucha bestialidad en la última fase de la que se llamó batalla de los hoteles, en Beirut, y mi periódico —después del Sáhara me habían enviado de corresponsal a Argel— me dijo que fuese a cubrir aquello. Así que, como el aeropuerto beirutí estaba cerrado por exceso de candela, tomé un vuelo a Damasco y desde la capital siria fui por carretera hasta la frontera libanesa. Allí, en un lugar llamado Masnaa —si al mundo tuvieran que ponerle un supositorio se lo pondrían exactamente por allí—, el taxista sirio se negó a seguir y me dejó tirado con mi mochila, un mapa, una lata de sardinas y una navaja suiza. Estuve un día y una noche buscándome la vida junto a una especie de bar donde vendían cigarrillos y gasolina, pero no pasaba nadie. Hasta que al amanecer se detuvo un coche con tres chicos jóvenes, de mi edad, y los convencí para que me llevaran a Beirut.

Por el camino, que fue largo y accidentado, simpatizamos. Dos eran hermanos, Sami y Fadi, y el tercero, su primo, se llamaba Farid. Eran cristianos libaneses y regresaban a su país para alistarse y combatir. Farid, un muchacho bigotudo, alto y melancólico, se admiró de que un español al que nada le iba en aquello se metiera en semejante pifostio. Así que se ofreció a alojarme en su casa y a contactarme al día siguiente con las autoridades militares. Así lo hicimos, y de eso surgió una amistad que duraría el resto de nuestras vidas. Durante los primeros días dormí en su casa y traté a su familia: su padre, su hermano, su guapa hermana Najat y su madre, una libanesa de ojos enormes que había sido una belleza en su

juventud y a los sesenta años lo seguía siendo. Me quería mucho y me trató como a un hijo.

Dejé la casa de Farid a los pocos días, haciendo mi trabajo: el final de la batalla de los hoteles, el asedio y matanza de Tel al-Zaatar, los violentos combates del barrio de Hadath. Después mi periódico me mandó a otros lugares, aunque regresé al Líbano muchas veces durante la guerra, que fue larguísima, primero para *Pueblo* y luego para Televisión Española: una docena de viajes durante diecisiete años, incluida la invasión israelí de 1982. Y cada vez, estuviera con el bando que estuviera —al final cubrí esa guerra con todos, israelíes y palestinos incluidos—, siempre me las arreglaba para encontrarme otra vez con Farid.

Quizá por nuestra amistad aprendió español oyendo canciones sudamericanas, de las que yo traducía las palabras difíciles. Él seguía combatiendo con los suyos, y varias

hecho un milagro. No comprendí a qué se refería hasta que me enseñó unas radiografías: Farid había sido herido en un combate y la radiografía mostraba, junto a la bala alojada en la clavícula, la cruz que le habían apartado a un lado del cuello para hacerle la placa radiológica. Tu cruz, decía la madre, desvió la bala.

Un día acabó aquella guerra, aunque en el Líbano, tan lejos de Dios y tan cerca de Siria e Israel, nunca acaban del todo las desgracias. También yo dejé la vida de reportero, y nunca volví a Beirut. Pero he seguido en contacto con mi amigo. Mientras funcionó el correo le mandé mis novelas; ahora nos telefonamos de vez en cuando y cambiamos mensajes electrónicos por Navidad. Tiene los mismos años que yo y lo pasa mal: el país es un desastre de políticos y gentuza sin escrúpulos, y los que como él combatieron y quemaron allí los mejores años de su vida están arruinados y olvidados. Tras haber vendido la casa de sus padres, sin un céntimo en el bolsillo, Farid malvive en el campo, arreglándoselas como puede. Cuando hablamos por teléfono se nos quiebra la voz, recordando a los dos muchachos que se conocieron en Masnaa. Uno de mis

Los jóvenes que como él combatieron y quemaron allí los mejores años de su vida están hoy arruinados y olvidados

veces lo acompañé en eso. Era sereno, humilde y muy valiente. Algunos de sus camaradas también fueron mis amigos. Vivimos juntos muchas aventuras y compartimos sobresaltos, cigarrillos, confidencias. En el segundo viaje, agradecido, le regalé a Farid una pequeña cruz de oro que me había dado mi madre y que yo llevaba colgada al cuello con la chapa de identificación. Y en cierta ocasión, cuando llegué otra vez a Beirut y fui a su casa, su madre me abrazó llorando emocionada. Has salvado la vida de mi hijo, sollozó. Has

mayores remordimientos es no poder compensarlo por lo mucho que le debo: por su generosidad cuando éramos tan jóvenes que las palabras combate, vida, futuro, lealtad, aún tenían sentido para nosotros. De todas ellas apenas nos queda la última, y ni siquiera a ésa soy del todo fiel. Una y otra vez pienso que debo viajar allí por última vez, a abrazarme con Farid antes de que muera uno de los dos, pero no lo hago. Y no es porque el Líbano esté lejos. Soy cobarde porque temo mirarme en el espejo del tiempo perdido. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LVII)

Poco a poco, la idea de unos estados nacionales independientes, que no era nueva pero estuvo muy diluida en el pasado, cuajaba en la Europa de los siglos XV al XVI, a la que un italiano llamado Nicolás Maquiavelo había dado un importante toque práctico teorizando sobre lo que los gobernantes de la época hacían ya: conquistar el poder y mantenerse en él por encima de toda moral (*Enseñe a los reyes a ser tiranos, pero también a los pueblos a librarse de ellos*, escribió el cabroncete). Aquello señalaba sin paños calientes la realidad del Estado moderno, donde la religión católica funcionaba como un medio más, pretexto y herramienta de poder, y no como auténtica guía moral a la que atenerse. Sería injusto, sin embargo, decir que la Iglesia no contribuyó a los modernos sentimientos de nacionalidad. Al contrario: fue su eficiente organización la que a menudo facilitó escenarios y mecanismos administrativos, y el patriotismo popular se desarrolló vinculado al religioso, e incluso estimulado por él. El antiguo *dulce et decorum est pro patria mori* retornaba matizado. Ahora, morir por la patria era también morir por Dios, y viceversa. Cada vez más sometidos a los príncipes o conchabados con ellos, con un pie allí y otro en Roma, los obispos los ayudaban a gobernar, y unos y otros vivían felices como perdices. En cualquier caso, la idea de una nación-estado de la que los gobernantes sólo eran administradores temporales iba ganando terreno. España se había autodefinido con los Reyes Católicos, y Francia e Inglaterra cuajaban bajo la autoridad de sus monarcas. Alemania, adscrita al Imperio pero fragmentada en principados territoriales, aún buscaba su camino;

mientras Italia, como escribió Jean Touchard, *aunque dividida, redescubría el ideal de la unidad fuera de la perspectiva cristiana*. En Escandinavia hubo un amago unitario que no funcionó, pero terminó definiendo a Suecia (que se hizo la más chula del norte), a Noruega y Dinamarca. A esas alturas, Hungría y Polonia tenían ya carácter propio; e Iván III, primer soberano que gobernó una extensa Rusia convertida en estado nacional, reivindicó la tradición romano-bizantina, se proclamó *césar* (o sea, zar) y empezó a transformar aquello en la gran potencia que acabaría siendo y que todavía es. En términos generales (para más detalles, acudan a historiadores de verdad) tal era el panorama de la Europa que se adentraba en el siglo XVI, y que giró en torno a tres grandes personajes: Carlos V, rey de España y emperador de Alemania (nieto de los Reyes Católicos), Francisco I de Francia (refinado y ambicioso, primer rey absolutista moderno) y un tercero que no era europeo, aunque ayudó mucho como enemigo: Solimán

por dos razones principales. De una parte, la Iglesia, desdeñando el efecto que sobre la puta chusma tenían la predicación y la enseñanza en lenguas locales, mantenía su estructura aristocrática y olvidaba tocar la tecla popular. Por otra parte, mientras los reyes poderosos amparaban a sus clérigos frente a las exigencias de impuestos y prepotencia de la Curia Romana, Alemania, fragmentada en pequeños estados débiles, era incapaz de proteger a los suyos; así que el alto clero se quedaba allí con la viruta, trajinaba nombramientos, vendía indulgencias y bienes espirituales. Protestó Lutero contra ese despelote fijando en las puertas de la catedral de Wittenberg sus famosas 95 tesis (año 1517), que fueron rápidamente impresas y difundidas (sin el invento de Gutenberg habría sido imposible). En Roma, grave error, se descojonaron del asunto, considerándolo *querrela de frailes*; y tal vez no habría ido a más si no se hubieran dado dos circunstancias. Una, que los dominicos, o sea, la Inquisición, entablaron proceso contra Lutero, lo que dio a éste, que hasta entonces era un simple tiñalpa, una notoriedad extraordinaria. La otra fue que independizarse de Roma y del muy católico emperador Carlos significaba,

Para algunos príncipes alemanes, la Reforma significaba trincar ellos el negocio. Así que Lutero les vino como pedrada en ojo de boticario

el Magnífico, soberano del poderoso imperio turco. Ellos fueron los tres grandes protagonistas de su época hasta que intervino un cuarto que pondría parte de aquel mundo patas arriba. Lo curioso es que éste no era príncipe ni papa, sino fraile alemán: un tal Martín Lutero, hombre atormentado, oscuro, que aún vivía en el escolasticismo medieval, ajeno a las luces del humanismo y el Renacimiento, pero que se había quemado las pestañas leyendo a San Pablo. Y el fulano triunfó

para algunos príncipes alemanes, trincar ellos el negocio. Así que la Reforma les vino como pedrada en ojo de boticario. El elector Federico de Sajonia, señor natural de Lutero, fue el primero en frotarse las manos y amparar a su díscolo monje. Y éste, crecido, pidió que le aguantaran el cubata: rompió vínculos con Roma, lideró el nuevo movimiento religioso y abrió un abismo (que iba a ser sangriento) entre las naciones de Europa. ■

[Continuará].



Cuidado con los viejitos

es frecuente en los últimos tiempos, sobre todo en las redes sociales, referirse a la gente de edad en términos despectivos: abuelo, viejuno, rancio, pollavieja, tómese la pastilla, etcétera. Olvidando el lúcido refrán antiguo de *como te ves yo me vi, como me ves te verás*, ciertos idiotas de pocos años, o que no cuajaron lo suficiente, tienden a creer que su propia juventud será eterna y que, por el hecho de envejecer, un hombre o una mujer dejan de ser lo que fueron. Pero se equivocan. Pensaba en eso hace unos días, en Buenos Aires, cuando anduve de conversación con un viejo policía, retirado hace tiempo, que fue uno de los modelos utilizados por mi compadre Jorge Fernández Díaz para crear el personaje Remil de sus novelas *El puñal*, *La herida* y *La traición*. Pensé en eso, como digo, mientras observaba el rostro amable, canoso y lleno de arrugas, donde unos ojos tranquilos y duros seguían lanzando señales de alerta para quien supiera leer en ellos. Como dice un personaje en una de mis novelas, algunos llevan la biografía escrita en la mirada, aunque ahora casi nadie mire ya a los ojos ni sea capaz de leer en ellos.

Lo confirmé una vez más hace poco, saliendo de un cine en Madrid. Iba con un amigo de pasado turbulento que incluye varias muecas imaginarias en la culata de un arma que, en atención a los espíritus sensibles, también consideraremos imaginaria. Paseábamos, viejos, setentones, tranquilos, cuando un individuo

desconsiderado nos hizo objeto de una grosería: un empujón, malas maneras y ninguna intención de disculpa. Mi acompañante se limitó a pronunciar a media voz la palabra «gilipollas», pero el otro la oyó, volviéndose airado. Era un sujeto grande, bastante alto, sobre los treinta y tantos o cuarenta años. En plena forma. Por el acento parecía uruguayo o argentino. Miró a mi amigo desde muy arriba —mi amigo, que es de poca estatura, le llegaba al pecho— y seguro de sí, muy fanfarrón, el otro pronunció una frase deliciosa: «Te voy a matar, viejito».

Les juro que uno vive para presenciar momentos como ése. Reconcilian con ciertos aspectos del género humano. Seguro de su fuerza, juventud y estatura, el macarrón se había acercado a mi acompañante, casi tocándolo. «Te voy a

apenas dos segundos, se quedó quieto mirando al viejito como si de pronto pensara «aquí hay algo que no es lo que parece». Demudado el semblante, que dirían los clásicos. Después dio un paso atrás, sólo uno. No llegó a dar el segundo porque mi amigo, pegando un salto de fox terrier, se enganchó con el brazo derecho a su cuello y se fue con él al suelo, cuan largo era. Se dieron los dos al caer un hostión de campeonato y quedó mi amigo tal cual, trincado el otro por el gaznate, apretándose hasta que le faltó la respiración y se le puso la cara como una berenjena. Y lo más admirable fue que el viejito, mientras lo estrangulaba con la derecha, mantenía el puño izquierdo cerrado, listo para golpear, pero sin llegar a hacerlo. Para no dejarle señales en la cara. Evitando marcarlo por si la cosa terminaba en un hospital o comisaría. Viejos hábitos de profesional.

Lo soltó al fin, cuando el otro pataleaba sin aire; y tanto yo como los tres o cuatro transeúntes que se habían parado a mirar —nadie se atrevió a intervenir, y por suerte nadie sacó un teléfono móvil— vimos cómo el grandullón venido a menos se levantaba y cabizbajo, tambaleante, se alejaba remetiéndose la camisa en el pantalón.

Algunos llevan la biografía escrita en la mirada, aunque ya casi nadie mire a los ojos ni sea capaz de leer en ellos

matar», repitió amenazador, inclinado hacia él. Y entonces, muy sereno y sin moverse del sitio, el viejito alzó la cara y dijo: «Tú no has matado a nadie en tu puta vida».

Fue increíble, oigan. El efecto. Aquel grandullón era, en efecto, gilipollas; pero no era tonto. Miró los ojos de mi amigo, y la verdad es que supo mirar. Yo contemplaba la escena sin saber cómo acabaría —igual entre los dos abuelos equilibramos la cosa, pensaba—, pero vi que al sobrado le cambiaba la expresión. Por un instante muy corto,

Mi amigo se levantó a su vez, sacudió la ropa y me miró impasible. Estaba muy serio, pero sus ojos reían. «Vamos a por una cerveza —dijo— que este hijo de puta me ha secado la garganta».

Nos telefoneamos un par de días después, para comentar el incidente. Estaba en casa dolorido, me dijo, con una contractura en el hombro y el cuerpo hecho polvo del costalazo. «Ya no está uno para estos trotes», añadió riendo.

Y, bueno. Pues eso. Tengan cuidado con los viejitos. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LVIII)

La reforma protestante, que iba a poner Europa patas arriba, no se limitó a Lutero. En realidad él sólo dio el pistoletazo de salida; porque, comparado con lo que vino luego, el fulano era apenas un parvulito de provincias con pocos libros leídos. Su rebelión se fraccionó pronto en multitud de tendencias dirigidas por tíos con mayor preparación humanista, intelectualmente más potentes que el oscuro fraile agustino y su atormentada conciencia particular. Ulrico Zwinglio y Juan Calvino, por ejemplo, dieron un impulso muy serio a la Reforma anticatólica en Alemania y Suiza. De esos dos, Calvino (un pavo inteligente, con gran preparación filosófica y jurídica) fue el más decisivo: situándose ante los Evangelios no con la tradición, sino con la razón, se propuso crear una religión nueva, rígida, implacable; una auténtica *dictadura religiosa* (así la llamó el historiador político Jean Touchard), regida por una severa moral que competía en mala leche con la Inquisición católica, pues imponía sin complejos, como castigo habitual, la prisión, el tormento y el patíbulo (al famoso médico y naturalista español Miguel Servet, por ejemplo, lo mandó Calvino hacer churrasco en una hoguera, en Ginebra). El caso es que, comparados con el viejo catolicismo, algunos puntos de la Reforma eran realmente revolucionarios, y eso explica parte de su éxito: mientras la Iglesia romana quería una Biblia en latín (interpretada exclusivamente por ella, por supuesto), los protestantes la preferían traducida a las lenguas locales, para que la peña pudiera leerla, debatirla y tal. Para darle vidilla. Por otra parte, con las nuevas doctrinas quedaba abolido en las iglesias el derroche de imágenes y cuadros

piadosos. También la Virgen, los santos y demás parafernalia se iban a tomar por saco, y los siete sacramentos clásicos quedaron reducidos a dos: bautismo y comunión. Todo más sencillo, vamos. Más para andar por casa. Y además (detalle que hizo aumentar mucho la clientela) quedaba abolido el celibato eclesiástico; y al que Dios se la diera, que San Pedro se la bendijera. Resumiendo: los pastores (así se llamaban los nuevos curas protestantes) podían casarse si tenían con quién. Que solían tener. Y, bueno. El caso es que todo eso, unido a la hostilidad contra el sistema fiscal de la Iglesia, la posibilidad de apropiarse de las riquezas de obispados y conventos, y las ganas de limitar la influencia eclesiástica en cuestiones terrenas, o sea, independizarse de papas y emperadores, se puso de moda con gran rapidez, extendiéndose a los países del norte de Europa. De pronto, Dinamarca, Suecia y Noruega descubrieron que en

fue porque allí no había un estado fuerte constituido sino ausencia de unidad política: diversos territorios donde cada príncipe, elector o como se llamara, lamía su propio ciruelo, y donde a los de arriba (los nuevos aires religiosos no iban de arriba abajo sino de arriba abajo, pues pueblo y burguesía no mojaban en esto) les venía como pedrada en ojo de boticario aquel chollo político-religioso que les permitía trincar la viruta de la Iglesia tradicional mientras se alzaban contra los poderes clásicos con el santo y la limosna. En España, Francia o Inglaterra habrían tenido que agachar la cabeza ante la corona, o combatirla, con las consecuencias poco simpáticas que eso implicaba; pero no era el caso. De todas formas, el contagio no se limitó al ámbito escandinavo y germánico. Menos por religión que por política, por su uso como pretexto y herramienta, católicos y protestantes se acabarían enfrentando con especial saña en casi toda Europa, especialmente en Alemania, Países Bajos (donde apuntaba un patriotismo republicano que traería cola) y Francia. En este último país se llegó a extremos gravísimos con las guerras de religión (ocho, nada menos) que enfrentaron con violencia a los protestantes

La Iglesia romana quería una Biblia en latín, pero los protestantes la preferían traducida, para que la peña pudiera leerla, debatirla y tal. Para darle vidilla

realidad eran protestantes de toda la vida; y en algún caso notable, como el de Suecia, la nueva tendencia político-religiosa sirvió para consolidar un verdadero estado nacional que a partir de 1524 (fecha de su ruptura con el papa de Roma) empezó a perfilar allí un prestigioso rey local llamado Gustavo Wasa. En cuanto a Alemania, lo más interesante del pifostio hereje es considerar que si el luteranismo, protestantismo o como queramos llamarlo, triunfó en aquellas tierras,

gabachos (llamados hugonotes) con los católicos de allí, fieles al rey y al papa. Eso dio lugar a espectaculares escabechinas como la famosa Noche de San Bartolomé (lean *La reina Margot* de Alejandro Dumas o vean la película, que están francamente bien), cuando 3000 hugonotes fueron asesinados en París en un abrir y cerrar de ojos. Que no es ninguna tontería, si te pones a masacrar. No podemos decir que fueran tiempos políticamente correctos. ■

[Continuará].



El día que voté por Sócrates

no es la Atenas que recordaba, pero sigue siendo ella. Hace más de treinta años que no volvía a esta ciudad, escala frecuente por barco y avión en mis viajes profesionales. El lugar sucio y ruidoso que conocí nada tiene que ver con la urbe moderna, tan parecida a cualquier otra, llena de tiendas, bares y turistas, integrada desde hace tiempo en el parque temático en que se ha convertido Europa. Atenas es hoy una ciudad agradable, organizada para pasear y sentarse a tomar una copa o comer en sus innumerables restaurantes. Camino desde mi hotel en la plaza Syntagma hasta Plaka y Monastiraki, con la Acrópolis visible arriba, a mi izquierda, disfrutando de todo, de los comerciantes que ofrecen sus productos —los griegos siguen siendo listos y simpáticos— y hasta de los carteristas que se mueven entre nubes de turistas a la caza de incautos. Bajo el barniz de modernidad europea reconforta advertir, a poco que escarbes, la Grecia de toda la vida.

He llegado a Atenas en días de elecciones y eso me hace circular cosas por la cabeza: estudios, lecturas, dioses, filósofos, guerreros, democracia. Casi todo lo que somos y pensamos vino de aquí, de esta pequeña ciudad y sus alrededores. Lo de las elecciones me lleva, inevitablemente, a recordar las conchas marinas con que los atenienses votaban el exilio —de ahí la palabra *ostracismo*— para aquellos ciudadanos que no les eran gratos: como el político Aristides, castigado en una de esas votaciones populares, a quien un ciego que no sabía escribir ni lo conocía pidió que escribiera por él su propio nombre en la concha. «¿Y qué te ha hecho de

malo ese hombre?», preguntó Aristides al ciego. «Nada —respondió éste—. Pero estoy harto de oír decir que es sabio y justo».

Las palabras *sabio* y *justo* retornan a mi cabeza en la suave cuesta que lleva a la Acrópolis. Allí, a la derecha del camino, entre olivos, está la cárcel de Sócrates: una doble cueva cerrada por una reja. Si fuera creyente rezaría un padrenuestro en memoria del hombre que más admiro en la historia de Grecia. Pero como en lo que creo es en los versos de Homero, en el *Molón labé* del espartano Leónidas («Venid a cogerlas», respondió a los persas que en las Termópilas exigían que depusiera las armas) y en el *¡Thalassa, thalassa!* de los mercenarios griegos de la Anábasis, me limito a permanecer inmóvil, en respetuoso silencio, ante el lugar donde la tradición afirma que el filósofo se quitó la vida después de pasar las horas finales conversando serenamente con sus amigos. «Critón,

tiempos— hayan tenido noticia en su triste vida: el Sócrates que, ciudadano ateniense, combatió como hoplita en las batallas de Potidea, Delio y Anfípolis; el maestro de Platón y Jenofonte, amigo de Alcibiades; el pensador capaz de decir con suprema ironía: «Sólo sé que no sé nada, y eso me diferencia de los otros hombres». El ciudadano, en fin, que, tras hacer innumerables enemigos por su lengua libre, su libertad de conciencia y su mente lúcida, se negó a aceptar que las pasiones populistas agitadas por intereses políticos particulares, los arrebatos demagógicos que buscaban el apoyo fácil de las masas, estuviesen por encima de las leyes racionalmente establecidas. Eso le costó un juicio y una condena a muerte. Pudo huir, como aconsejaban sus amigos, pero prefirió ser fiel a las leyes y a sí mismo, asumiendo impávido una sentencia injusta. Y en este lugar en el que me encuentro, en esa cueva prisión donde lo imagino, bebió la cicuta y se quitó la vida.

Voto por él, decido al fin mientras arranco unas hojitas del olivo más cercano para llevármelas como recuerdo. Aunque yo no sea griego —pero en realidad también lo soy, o lo somos—, voto por Sócrates como si estuviera en

Se negó a aceptar que las pasiones populistas, los arrebatos demagógicos, estuviesen por encima de las leyes racionalmente establecidas

de debemos un gallo a Asclepio —fueron sus últimas palabras—. Así que no te olvides de pagárselo».

Votaría por él, pienso ante su cárcel. Lo haría con conchas en las que escribiría el nombre de sus enemigos, o en las papeletas donde hoy, mientras estoy aquí, votan los griegos. Votaría por Sócrates, el filósofo pequeño, calvo y feo, educador de jóvenes, padre y abuelo de la ética y la filosofía, de quien sospecho que pocos políticos españoles —y no españoles, tal como andan los

el siglo V antes de Cristo. Incluso hoy, si tuviera derecho a hacerlo en este día de elecciones helenas, metería mi papeleta con el nombre de Sócrates escrito en ella. La introduciría en cualquier urna que la vida me pusiera delante: en Grecia, en España, en todo lugar de esta Europa miserable y desmemoriada que borra, cada vez más, los recuerdos del respeto que se debe a sí misma. Hoy, como siempre, voto por Sócrates el ateniense. Y quien no lo comprenda, que se vaya al carajo. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LIX)

legamos ahora, en el corazón del interesante siglo XVI, a uno de mis gobernantes favoritos en la historia universal, que es el emperador Carlos de Europa, señor de Occidente: diecisiete coronas en una misma cabeza, que se dice pronto. Nieto por vía materna de los Reyes Católicos, Carlos V de Habsburgo fue el monarca más poderoso de su tiempo al heredar por ese lado la monarquía española con parte de Italia, las nuevas posesiones de América y las que venían de camino en el lejano Pacífico; y por el lado paterno, los Países Bajos y Borgoña, a los que se sumaron Austria, Tirol e, indirectamente, Bohemia y Hungría. Se vio así la criatura (tenía 19 años cuando heredó el asunto) al mando de una potencia militar y territorial enorme, y lo hizo en momentos especialmente difíciles en los que, dentro de lo que cabe (*Es demasiado peso*, como dijo Porthos en la gruta de Locmaría), no lo hizo nada mal: intentó mantener la unidad católica del Imperio, le puso a la creciente Francia, que ya galleaba mucho, los pavos a la sombra, y se opuso con tenacidad a la amenaza turca en el Mediterráneo y Europa central. Tampoco a los papas de entonces (Clemente VII y luego Paulo III), recelosos de su poder en Italia, les caía simpático; y procuraban, siempre que podían, segar la hierba bajo sus pies. Eran, en fin, muchos frentes abiertos; pero en todos se condujo Carlos razonablemente bien entre triunfos y fracasos, peleando como un tigre de Bengala. Además de la insurgencia protestante, que fue el gran problema a que se enfrentó en sus dominios alemanes (el honor de emperador católico lo obligaba a defender la fe de Roma), lidió con dos pertinaces enemigos: Solimán el

Magnífico, sultán turco, y Francisco I, rey de Francia. En realidad, lo de Carlos y Solimán fue un duelo de gigantes donde el rey francés hizo, obligado por las circunstancias, el papel de gusano infame. Había intentando proclamarse emperador estorbando a Carlos, y nunca pudo digerir el triunfo de éste, cuyos dominios y alianzas estrangulaban a Francia por todas partes. Pasó la vida intentando hacerle la puñeta con tan poco éxito y tan mala suerte como el Coyote con el Correcaminos: zaca, zaca, de batacazo en batacazo. En Italia, siempre ambicionada por la corona francesa, los tercios de infantería españoles (que con su disciplina y eficacia se habían convertido en la mejor máquina militar de su tiempo) dieron las suyas y las del pulpo a los ejércitos gabachos, adueñándose de Milán después de la batalla de Pavía, donde el propio Francisco I pasó la vergüenza de caer prisionero de su odiado enemigo imperial. Para

del imperio. Primero quiso convocar con el papa el concilio de Trento para ir por las buenas; pero los príncipes y electores díscolos se negaron a asistir. Así que cambió la zanahoria por el palo. Al principio no le fue mal, y en la batalla de Mühlberg (véase el famoso cuadro de Tiziano) les dio una estiba guapa a los luteranos. Aquello estuvo a punto de zanjar el conflicto, pues el emperador apremió de nuevo al papa Paulo III para que convocase un concilio que hiciera concesiones a cambio de la paz religiosa; pero el romano pontifice era de los que mordían con la boca cerrada: mosqueado por el descomunal poder que adquiría Carlos (las tropas imperiales habían saqueado Roma unos años antes), no le apetecía que estuviera tranquilo en Alemania ni en ninguna parte; así que dio largas, poniendo cagaditas de rata en el arroz y frotándose las manos con cada revés imperial. La cosa se fue enredando, los luteranos se conchabaron con Francia y hasta con Inglaterra, y tras una larga serie de traiciones, a cual más guerra, derrotaron a Carlos en Innsbruck, de donde tuvo que escapar a uña de caballo para no caer prisionero. Quedaba así frustrado el intento de reunificación religiosa. Enfermo, cansado, el pobre emperata estaba ya hasta los

Lo de Carlos y el turco Solimán fue un duelo de gigantes donde el rey francés hizo, obligado por las circunstancias, el papel de gusano infame

verse libre aceptó un tratado de paz que no respetó, y *rey cristianísimo*, como se titulaba oficialmente, sin cortarse un pelo se alió con el sultán turco para hacer la puñeta a Carlos en el Mediterráneo (donde procuró causar cuanto mal pudo, el hijoputa, amparando en puertos franceses a la flota corsaria otomana). Pero donde se volcaron los esfuerzos más grandes y costosos de Carlos fue en la lucha contra los protestantes alemanes, intentando devolver a la religión católica esa parte

mismísimos cojones de Europa, de Francia, de los turcos, del papa y de la madre que los parió. Así que, harto de tanta lucha y tanta fatiga, los mandó a todos a hacer puñetas: abdicó en su hijo Felipe II y se retiró a leer y morir a un monasterio de Extremadura. Dejaba tras de sí una España poderosa, odiada y temida, que todavía durante siglo y medio iba a ser árbitro de Europa y cabeza del imperio más poderoso del mundo. ■

[Continuará].



El boxeador boxeado

hace poco oí decir a alguien importante, en plan meapilas, que la violencia es mala bajo cualquiera de sus formas. Y me eché a reír, melancólico, porque eso me recordó un episodio de mi juventud. Éramos jovencitos, allá cuando lo éramos: finales de los años sesenta. A los diecisiete o dieciocho años, para quienes teníamos la suerte de estar en el lado cómodo de la vida, ésta era deliciosamente simple: prepararse para el Preu, salir con los amigos, primeras aproximaciones serias a las chicas. Esto último planteaba dificultades tácticas, pues todavía coleaba una rancia mojigatería social y no era fácil, ni para nosotros ni para ellas, trabajarse el paño. Ayudaban mucho los guateques en casa de los amigos, las últimas filas de los cines, los sectores menos iluminados de las discotecas, la música lenta y tal. A cualquier joven de hoy le asombrarían las dificultades de entonces y el ingenio, o la audacia, necesarios para solventarlas. Pero, bueno. Solíamos desenvolvernos bien. Y qué quieren que les diga. En algunos aspectos, peor lo tienen ahora.

En Cartagena, que era mi ciudad, un lugar idóneo para los primeros besos y abrazos, mutuo entrenamiento previo antes de pasar a mayores, era la Muralla del Mar: lugar bellísimo al que la ciudad, inexplicablemente, volvía la espalda. No había ni un bar, ni un café, nada de nada. Sólo un bonito parque con bancos de piedra y una vista espléndida del puerto, sobre todo de noche, con las luces roja y verde de los faros de San Pedro y Navidad parpadeando lejos. El lugar, como digo, era perfecto para pasear de la mano con esa chica o chico a los que, sin la menor duda, ibas a amar durante el

resto de tu vida, e incluso más allá. Rincones discretos, ya saben. Bancos para intercambiar susurros, promesas y caricias. Etcétera.

Como todos los paraísos, la Muralla tenía serpientes. Una era un sujeto de unos treinta años, de mala catadura. Me parece verlo: pelo rizado, rostro moreno, nariz aplastada. Un mal bicho que solía deambular por allí en plan mirón, observando a las parejas y provocando a los chicos. Era boxeador, entrenaba en un gimnasio de la ciudad y disfrutaba creando situaciones en las que siempre acababa utilizando sus conocimientos pugilísticos para dar una paliza a quien osaba enfrentársele. Era un verdadero miserable, fichado por la policía, pero que solía actuar con toda impunidad. Más tarde supe que tal desahogo se debía a que prestaba servicios de chota, de confidente, y eso le daba ciertas garantías.

Una noche me tocó a mí. Estaba sentado en un banco con la cabeza de una amiga apoyada en el hombro,

allí. Nunca olvidaré las palabras de ella: «Vaya sangre fría tienes», ni mi respuesta: «¿Sangre fría? Lo que estoy es acojonado»... Supongo que si vive todavía y lee esto, ella sonreirá al recordarlo.

Eran otros tiempos, como digo. A mí se me caía la cara de vergüenza y ansiaba reparación. Enterado de que por vía policial no había nada que hacer con aquel canalla, lo comenté con mis amigos: Julio, Joaquín y alguno más. Así que decidimos arreglarlo nosotros mismos, a nuestra manera. Juanico el Espía para Misiones Arduas y Difíciles se ofreció voluntario para hacer de cebo con Toti, su chica de entonces, y la noche de autos ocupó con ella un banco de la Muralla hasta que, inevitablemente, apareció el boxeador macarra e hizo lo mismo que había hecho conmigo: sentarse junto a ellos y provocar a Juanico. Entonces salimos cinco amigos de los arbustos cercanos, donde habíamos estado escondidos, y le dimos al boxeador chungo una mano de hostias como no se la habían dado nunca en ningún ring. Le calzamos estiba hasta que nos dolieron las manos. También es verdad que el tipo se defendió razonablemente: Juanico se llevó una patada en los huevos y yo

Como todos los paraísos, la Muralla tenía serpientes. Una era un sujeto de unos treinta años, de mala catadura, confidente de la policía

cuando aquel fulano vino a sentarse junto a nosotros. Yo tenía diecisiete años, conocía el percal y supe desde el principio que no tenía ninguna posibilidad. Por otra parte, abandonar el campo laceraba mi orgullo. Así que decidí aguantar un poco para salvar la honra. Mientras tanto, el otro encendió un cigarrillo y empezó a soplarle el humo en la cara. Sostuve aquello como pude hasta que la situación se hizo imposible. Entonces cogí de la mano a mi amiga y nos fuimos de

encajé un derechazo que me tuvo dos días viendo lucecitas de colores. Pero se las dimos bien, al hijo de la gran puta. Vaya si se las dimos, hasta quedarnos a gusto. Durante una temporada todos evitamos frecuentar la muralla, por si acaso, pero no volvimos a ver al fulano. Más tarde me contaron que lo metieron en la cárcel por no sé qué, y que alguien le había dado allí un navajazo. Nunca supe nada más de él, aunque espero que lleve muchos años pudriéndose en los infiernos. ■



Una historia de Europa (LX)

el rey más pintoresco de la Europa del XVI, y posiblemente también de la historia de Inglaterra, fue

Enrique VIII. Para no andarnos con circunloquios tontos, dejemos claro desde el principio que era un verdadero hijo de puta con garaje, piscina, balcones y macetas de geranios a la calle. Empezó como príncipe católico, e incluso el papa de turno le otorgó, a petición propia, el título de 'Defensor de la Fe'; pero luego se complicaron las cosas. El tal Enrique, Tudor de apellido, estaba casado con una princesa española que se llamaba Catalina de Aragón, y no tenían hijos. Eso por un lado, y que Enrique era un cerdo lujurioso y sin escrúpulos a quien ninguna dama de la corte se le escapaba ni dando saltos, por el otro, lo convenció de separarse de su legítima y montárselo con una señora bastante trepa llamada Ana Bolena, que era como la Isabel Preysler de allí. Pero como Roma (Clemente VIII al aparato) se negó a concederle el divorcio, el rey inglés se lió la manta a la cabeza y rompió con la Iglesia Católica por el morro (vean la peli *La vida privada de Enrique VIII*, donde el gran actor Charles Laughton está enorme). Al final se casó seis veces, el tío cochino; y para desembarazarse de las sucesivas esposas llegó a ejecutar a un par de ellas, incluida la tal Bolena (disculpen si me alegro, pero me caía mejor la aragonesa Catalina, que fue toda una señora), que inauguró el muy concurrido cadalso conyugal regio. De todas formas, lo del sexo guarrindongo del monarca inglés no fue más que una anécdota para su ruptura con el catolicismo, porque las causas fueron más serias y profundas. Enrique VIII, que se las daba de teólogo, consideraba a los protestantes luteranos como herejes

de chichinabo: unos simples tiñalpas. El problema no vino por ahí. Ana Bolena fue sólo un pretexto para un proyecto más vasto y madurado, que convertiría al rey inglés en cabeza de una iglesia local independiente de Roma y bajo su control absoluto. Consciente de que la religión seguía siendo un formidable instrumento de poder, empezó Enrique con amagos y tanteos para ir calentando la cosa, y al final se tiró a la piscina (que era lo único a lo que le faltaba por tirarse) proclamándose *chief protector of the church and clergy of England*, como suena, por la cara. En todo este proceso destacaron en su ayuda algunos personajes notables que luego han ido saliendo mucho en el cine. Uno fue el canciller Tomás Moro, tipo culto e interesante, cabal, honrado, intelectual de campanillas (escribió *Utopía*, obra destacada de su tiempo), que al estilo de Erasmo de Rotterdam soñaba con una reforma humanista y moderada de la Iglesia Católica, sin violencias ni

escándalos. Pero el cabroncete del rey pretendía ir mucho más lejos, tenía sus propias ambiciones, y el amigo Tomás, con su honrada conciencia de Pepito Grillo, acabó tocándole los cojones. Así que la cabeza del pobre canciller acabó rodando por el cadalso en aquella Inglaterra donde a esas alturas el verdugo hacía horas extras, pues la cosa se había puesto chungu para quienes no acataban de inmediato las órdenes o los caprichos del monarca. Lo de Enrique y su nueva iglesia fue un

auténtico reinado de terror anticatólico; un despotismo moral nunca visto antes allí, que los cardenales, obispos y curas locales, puestos entre el patíbulo y la pared, se zamparon con el resignado entusiasmo que en tales casos suelen demostrar quienes prefieren seguir vivos y, a ser posible, comerse unas migajas del pastel. Con un Parlamento dominado por una nobleza que a su vez estaba dominada por el rey, aplaudiendo con el entusiasmo del converso, el alto clero inglés, dócil como el corderito de Norit, se puso a las órdenes de Enrique acatándolo como sumo pontífice y como lo que hiciera falta. Y no hubo más que hablar, porque a quien hablaba (como el obispo Fisher y algunos curas y monjes que tuvieron agallas para levantar la voz) se lo llevaban por delante. Artífice práctico de todo eso fue otro fulano notable, el jefe de gobierno Tomás Cromwell (también hay película, y no confundir con el Cromwell que vino luego), que formado en la escuela de los políticos italianos trabajó cuanto pudo por la omnipotencia absoluta de la corona británica. Su policía se convirtió en verdadera Inquisición, las cárceles se llenaron y nuestro viejo amigo el verdugo no daba abasto, todo el día chas, chas, chas, dale

Dejemos claro desde el principio que el fulano era un verdadero hijo de puta con garaje, piscina, balcones y macetas de geranios a la calle

que te pego con el hacha. Ese período de terror y afianzamiento del poder real duró hasta que Enrique VIII pasó a peor vida, dejando una Inglaterra a punto de caramelo para cuando su hija Isabel o Elizabeth I (la pelirroja cuya interesante historia y la de María Estuardo contaremos cuando toque) ocupó el trono, empezando así el proceso que convertiría a Gran Bretaña en lo mucho que luego fue. Así que permanezcan ustedes atentos a la pantalla. ■

[Continuará].



Rumbo de colisión

Las luces —una roja y algunas más— se acercan por estribor, amenazadoras. Y además no se apartan de la demora que hace rato les has marcado, lo que significa que lleváis rumbo de colisión. Te encuentras a medio camino entre Menorca y el sur de Cerdeña, son las 03:46 de la madrugada y es el quinto mercante desde que empezó tu cuarto de guardia. Según los reglamentos internacionales, el velero, amurado a estribor con el foque grande y la mayor con un rizo —de noche, un rizo de más es un susto de menos—, tiene preferencia de paso. Pero llevas treinta años navegando y sabes que las preferencias son relativas. A estas horas, suponiendo que haya alguien en el puente del mercante, estará bostezando a punto de irse a dormir o anotando en el cuaderno de bitácora los pormenores de su guardia. Posiblemente no te vea nadie mientras el barco se te echa encima.

Bajas a la camareta y echas un vistazo al AIS: *Monroke One*, se llama el muy cabrón. En once minutos pasará a menos de dos cables, lo que significa leñazo seguro si alguien no espabila. Antes, cuando había menos chismes electrónicos a bordo, te habrías limitado a lanzar una llamada por radio al barco anónimo y luego intentarías ceñir el viento cuanto pudieras para buscar su popa, por si acaso, o quedarte parado. Ahora, sin embargo, puedes mencionar su nombre cuando oprimes el botón de la Sailor: «*I call to the motor vessel Monroke One in my starboard; watch me, please*». Que el nombre circule por la radio espabila mucho. Aun así, prudente, enciendes el motor y esperas minuto y medio, más tenso que el pescuezo de un cantaor flamenco. Al fin, el otro aumenta la velocidad y

tú apagas el motor, retomas el rumbo y te recuestas en la bañera. Y cuando el mercante se aleja por la otra banda, quitas la luz de los instrumentos y vuelves a contemplar las estrellas, que parecen miles de alfilerazos en una hermosa semiesfera negra.

Amo y detesto navegar de noche. Detestarlo es fácil: basta con haber conocido la incertidumbre en la oscuridad, el cansancio de las guardias entumecido de frío, las continuas maniobras a mercantes en zonas de mucho tráfico, los barcos de crucero que parecen verbenas flotantes, los imprevisibles pesqueros, las redes y palangres que no ves, el miedo a dar con un objeto flotante que te abra una vía de agua, las drizas enredadas en el palo, la tensión para identificar ésta o aquella luz confusa en la marejada, las trampas del mal tiempo con una costa a sotavento, el aullar siniestro del viento en la jarcia, el agua que oyes romper en los escollos cercanos, las olas negras,

enormes, sobrecogedoras, en cuyo seno hundes a ciegas la proa sin saber cómo acabarás remontándolas... Todo eso, o la cuarta parte de eso, basta para odiar la navegación nocturna, inevitable cuando haces viajes largos. Pero hay otros aspectos del asunto. Los que justifican las noches en el mar.

No necesito álbum de fotos, pues llevo tres décadas de navegación en la memoria: momentos imposibles en otro lugar. Nada hay como gobernar un

velero que larga amarras y se desliza a medianoche hacia la bocana entre las luces silenciosas de un puerto. Nada como quince nudos de viento y la luna rielando en el agua mientras recorta al trasluz las velas desplegadas, o esos cielos cuajados de estrellas que parece vayan a caerte encima. Nada como apagar los instrumentos y guiarte durante un rato, como los marinos antiguos, por la estrella Polar. O, en mitad de un temporal duro que vienes corriendo desde hace ochenta millas, ver aparecer de pronto, en un desgarrar del mar y las tinieblas, el faro de las Columbretes diciendo no te acerques, chaval, mantente lejos y seguirás vivo. Nada como la mole fosforescente de una ballena que emerge a tu lado, resoplando en la luz incierta del alba, mientras doblas dando bordos Punta dello Scorno. O como el momento mágico a poniente de Alborán, cuando hasta donde alcanza la vista el agua hierve bajo la luna con reflejos plateados, porque miles de pequeños atunes persiguen a un gran banco de peces que huyen de su voraz cacería.

Eso, y muchas otras cosas, es la noche en el mar: belleza e incertidumbre, la una como precio a pagar por la otra. La felicidad serena de avanzar

Nada hay como gobernar un velero que larga amarras y se desliza a medianoche hacia la bocana entre las luces silenciosas de un puerto

en la oscuridad casi a tientas en una embarcación que conoces bien porque ella te conoce; que cuida de ti mientras habla con susurros precisos en cada movimiento, en cada crujido, en cada flamear de sus velas. Que te lleva, bajo las estrellas, allí donde cierta clase de hombres y mujeres —esto lo escribió Joseph Conrad— se sienten más felices y seguros que en tierra firme porque hay, al menos, diez millas entre ellos y la costa más cercana. ■



Una historia de Europa (LXI)

Los turcos eran el problema. Y de los gordos. Una de las grandes paradojas de los siglos XVI y XVII en la fascinante historia de Europa fue que mientras a los pobres moros españoles del reino de Granada, que se dedicaban a trabajar y no se metían con nadie, los Reyes Católicos les habían hecho del todo la puñeta en 1492, expulsándolos a África, los turcos, que eran agresivos y peligrosos que te rilas, se paseaban por Europa oriental como Pedro por su casa y nadie se ponía de acuerdo para romperles el espinazo. Los pactos secretos de Francisco I de Francia con Solimán el Magnífico (animando el gabacho a los piratas otomanos a asolar las costas españolas para reventar a su odiado Carlos V de España y Alemania) son una muestra de por dónde iban los tiros. Las cruzadas contra el Islam ya eran pretérito pluscuamperfecto: en la Europa cristiana, alterada por las tensiones religiosas y nacionales, cada uno iba a su negocio y los grandes acuerdos parecían imposibles. Los cada vez más definidos estados modernos se hallaban ocupados en consolidarse y trazar límites con sus vecinos, y sus monarcas ejercían ya un poder interior casi absoluto, que ni hartos de Jumilla habrían soñado sus abuelos. Entraba además en juego un elemento casi nuevo: el capitalismo en su sentido actual. Los monarcas, desde el primero al último, comprendían que lo de acudir al parlamento para que les aprobaran impuestos y recursos encabronaba a la peña, y a menudo les decían que te subsidie Rita la Cantaora, chaval. Anda y vete por ahí. Sin embargo, los banqueros soltaban la virtud muy a gusto (a cambio de privilegios, claro), sin que hubiera que rendir cuentas a nadie. Así, amparado

por las monarquías, el capital europeo se puso tan gordo y lustroso como choto de dos madres. La palabra santa era *dinero*, y quien disponía de él dormía tranquilo. Todo eso, lógicamente, trajo consigo una nueva e inevitable libertad intelectual, con el desarrollo potente de las artes, las ciencias y las letras que habían fraguado en el Renacimiento. En ese registro de modernidad fueron ejemplares los Países Bajos, prósperos por su industria de paños y comercio internacional, unidos entonces en un solo espacio político (bajo la monarquía española, lo que traería problemas en un futuro inmediato), precedente de lo que hoy conocemos como Bélgica y Holanda. Las ciudades de Brujas y Amberes eran puertos internacionales de mucho tronío, con una potente burguesía local que estaba superpodrida de pasta, y sus barcos mercantes empezaban a moverse por el ancho mundo al socaire de los

de unidad europea hacían imposible tan deseable firmeza. Y fue una lástima, de la que todavía hoy sufre Europa las consecuencias. En los siglos XV y XVI la invasión turca fue *la mayor desgracia que desde el fin del imperio romano afligió a Europa* (eso fue Henri Pirenne quien lo dijo); y los pueblos que cayeron bajo su dominio, búlgaros, serbios, rumanos, albaneses y griegos, se vieron sumidos en un despotismo, crueldad y barbarie propia y ajena (la despiadada manera turca de hacer entonces las cosas) que no cesaron hasta el siglo XIX, con serios coletazos en el XX que incluyeron, hasta ayer mismo, las guerras de los Balcanes. Tiene mala sombra constatar que mientras los pueblos germanos que en otro tiempo habían invadido el imperio romano (todos más brutos que un sushi de panceta) acabaron adquiriendo virtudes y costumbres de los pueblos conquistados, cristianismo incluido, los turcos hicieron justo lo contrario. Los súbditos forzosos de su enorme imperio no les interesaron nunca un carajo excepto como chusma a explotar en todos los terrenos: laboral, militar, sexual y cuantos etcéteras quieran añadir ustedes. Durante cinco siglos, vivir bajo el yugo turco (casi nadie de allí se convirtió al Islam, salvo parte

Habría sido ése un momento óptimo para darles en los morros a la amenaza turca y al Islam que seguía dando por saco desde Levante

grandes descubrimientos de españoles y portugueses. En cuanto al imperio austriaco, en ese momento vinculado al español con Carlos V y luego (cuando Carlos abdicó en su hijo Felipe) por estrechos lazos de familia, era entonces la gran potencia indiscutible de Europa central. Habría sido ése, ojo al dato, un momento óptimo para dar en los morros a la amenaza turca y al Islam que seguía dando por saco desde Levante; pero los trajines domésticos y la falta

de los albaneses) fue una verdadera pesadilla, y cualquier insurgencia se resolvía con matanzas que ponen los pelos de punta. Para darle de hostias a la Sublime Puerta y expulsarla de Europa habría hecho falta una coalición de potencias occidentales como las que luego se formarían contra la Francia de Napoleón, contra la Alemania del Káiser y contra la de Hitler. Pero no hubo ganas, ni huevos. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



El mendigo del hotel Commodore

acabo de calzarme por segunda vez los cuarenta y ocho episodios de la serie *Fauda* —que significa desorden o caos en árabe—, que narra las andanzas de un grupo de agentes judíos infiltrados en territorio enemigo. La he vuelto a disfrutar porque está muy bien hecha; y siendo israelí como es no resulta, dentro de lo que cabe, en exceso maniquea, o no del todo, con hijos de puta repartidos por todas partes, como Dios manda. Y es el caso que la serie me ha traído —me ha vuelto a traer— algunos recuerdos curiosos de cuando el arriba firmante se ganaba la vida de otra manera. Que tienen mucho que ver con el hotel Commodore de Beirut.

Cada uno de los conflictos que conocí como reportero tuvo su hotel, donde por buena situación, comunicaciones razonables o facilidades para trabajar nos alojábamos la mayor parte de los periodistas. En aquel disparatado hogar de la entonces reducida tribu de los enviados especiales que cubrían guerras —hablo de los años 70 y 80—, mi primer hotel fue el Ledra Palace de Chipre; y el último, veintiún años después, el Holiday Inn de Sarajevo. Entre éste y aquél hubo muchos otros, y entre ellos ocuparon lugar destacado dos hoteles en Beirut: el Alexandre, donde me alojaba cuando estaba en la zona cristiana, y el Commodore al otro lado de la línea de frente, en zona musulmana.

El Commodore era casi perfecto: tenía buen servicio de télex y teléfono, un bar acogedor y estaba en el barrio de Hamra, entre edificios que lo protegían de los impactos directos de artillería que Coco, el loro del bar, imitaba con aterradora perfección. Aún así, eran

más caras las habitaciones que daban al este —de donde solían venir los cebollazos— que las del otro lado. Yusuf, el dueño, sabía buscarse la vida entre las diversas milicias y el mercado negro, y todo funcionaba razonablemente. Repartiendo dólares conseguías cualquier cosa —me refiero literalmente a cualquier cosa—, y de eso se trataba: cubrir guerras, donde todo es *fauda*, resulta un oficio incómodo y peligroso, pero sobre todo muy caro. Para hacer bien nuestro trabajo, el Commodore era una inversión adecuada cuando las empresas periodísticas aún invertían en ello, que ya no es el caso. Ahora las guerras las cubren drones, teléfonos móviles y chicos valientes que se meten en los fregados —cuando lo hacen de verdad— sin dinero, sin seguro de vida, sin otro amparo, ellos y ellas, que sus exclusivos cojones.

Los del Commodore de Beirut todavía eran otros tiempos. Me alojé

asiento. Le di un dólar y me dediqué a lo mío. Días más tarde, mi periódico me envió a Argentina para cubrir la guerra de Las Malvinas. Pasé varios meses allí, y a finales de junio, recién terminada esa guerra, me enviaron otra vez al Líbano, que acababa de ser invadido por el ejército israelí, que cercaba y ocupaba Beirut. Allí, cubriendo los combates y luego la evacuación de los palestinos de Arafat —la matanza de Sabra y Chatila estaba al caer—, me encontré con varios queridos amigos: Tomás Alcoverro, decano de corresponsales, el fotógrafo Claude Glüntz, el viejo Louizet, de *Le Figaro* —que como yo venía de Buenos Aires— y el entrañable Manu Leguineche. Y también con el mendigo del hotel Commodore, aunque ya no era tan mendigo como la última vez que lo vi.

Ahora imaginen el bar del hotel lleno de periodistas, a nosotros tecleando en las Olivettis portátiles o escuchando noticias en las radios Sony ICF —al loro Coco lo habían secuestrado y nunca volvimos a saber de él—, y a Manu Leguineche señalando hacia la puerta mientras decía: «Mirad quién acaba de entrar». Y quien acababa de hacerlo era el mendigo, cuyo paradero ignorábamos todos desde hacía varias

Desastrado, mugriento, abrió la puerta y colocó mi mochila a mi lado, en el asiento. Le di un dólar y me dediqué a lo mío

en él muchas veces, y a finales de 1981 estuve tres semanas trabajando en uno y otro lado de la ciudad. Hakim, uno de los conserjes, me facilitó —previo engrase adecuado— un taxista de confianza, porque el mío habitual había desaparecido. Y al subir al coche, un mendigo desastrado, mugriento, que solía buscarse la vida en la puerta del hotel haciendo pequeños servicios a los periodistas —cigarrillos, un taxi, ayudar con los equipos— abrió la puerta y colocó mi mochila a mi lado, en el

semanas. Pero ya no vestía con harapos y llevaba la cara sucia de mugre, sino que, acompañado por varios israelíes y libaneses, iba lavado, peinado y vestido con uniforme de capitán del ejército israelí. Entró despacio, dirigió una mirada en torno mientras se interrumpían todas las conversaciones y lo mirábamos estupefactos, dio media vuelta y se marchó de nuevo. Tuvo el temple de ni sonreír siquiera, pero nunca en mi vida vi un desquite tan perfecto como ése. ■



Una historia de Europa (LXII)

Cuando Carlos V se quitó de en medio jubilandose, a su hijo Felipe, segundo de España, le cayó encima una herencia descomunal y envenenada: además de la península ibérica (completa, pues por su madre heredó el trono de Portugal, que fue español durante sesenta años) y de Nápoles, Milán, Borgoña, los Países Bajos y los territorios de América y el Pacífico; con lo que eso del imperio donde no se ponía el sol no tuvo nada de metáfora. Pero es que, para mejor capar el cochino, sus tíos, primos y parientes gobernaban el vasto imperio de Austria; así que entre las dos ramas de la familia Ausburgo tenían a Europa bien agarrada por el pescuezo. Imaginen la mala leche con que Francia e Inglaterra, todavía frágiles, amenazadas y tragando bilis, contemplaban el asunto. No es de extrañar que una y otra aprovecharan la inestabilidad de la Reforma y la Contrarreforma para conchabarse con los protestantes y con quien hiciera falta, currándose la vida; y lo cierto es que acabaron haciéndolo bastante bien. El mayor problema al que tuvo que enfrentarse Felipe II fue el de los Países Bajos, o sea, Flandes (el de los tercios y el capitán Alatríste): conflicto en el que ideología, religión y nacionalismo iban juntos y revueltos. Los flamencos no querían vivir sometidos a una potencia extranjera, y eran muy dueños de no querer. Además, la mitad eran protestantes; así que empezaron los disturbios y el dar por saco. Fiel seguidor de la política de su padre, religioso, prudente, culto, trabajador, convencido de que su misión era conservar la unidad del imperio y ser guardián de la fe católica, Felipe II fue maltratado por sus detractores (sobre todo por

sus enemigos de entonces, que tenían papel e imprentas), presentado como un gobernante cruel, fanático, cerrado al influjo exterior. Pero eso es una mentira guarra. Felipe sólo fue un hombre de su tiempo con una enorme responsabilidad encima, que lo hizo lo mejor que pudo en una Europa endiablada y difícil. Su mayor error histórico, en mi opinión, fue que en vez de olvidarse del maldito y levantisco Flandes, trasladar la capital del imperio a Lisboa, construir muchos barcos y dedicarse a ser potencia atlántica y americana (el Portugal heredado de su madre incluía la India y el África portuguesas, las Molucas y Brasil), se enredó en la sucia sangría de los Países Bajos, que tanto iba a durar y de la que el imperio español acabaría saliendo hecho polvo, o a punto de caramelo para estarlo. La cosa no tuvo marcha atrás cuando el ejército del duque de Alba emprendió allí una represión implacable, los tercios saquearon Amberes por la cara, los

(Aragón, Cataluña y Valencia tenían sus fueros, así que no soltaban un puto maravedí) hasta el extremo de que hubo quien protestó porque España en general y Castilla en particular se comieran todos los marrones en la defensa del catolicismo mundial, vía impuestos y carne de cañón (*A la guerra me lleva mi necesidad*, cantaba el mancebo de *El Quijote*), mientras otras naciones católicas, incluidos los papas de Roma, que tenían a España y la odiaban con toda su alma, pasaban del asunto o procuraban que Felipe no triunfara demasiado. *Si los rebeldes contrarios a la fe santa quieren ir al infierno, que vayan, que ése es problema suyo y no nuestro*, llegó a decirse en las cortes hispanas en 1593. El caso es que, una vez liberada del dominio español, la Holanda salida de aquel pifostio se disparó en lo económico y cultural hasta convertirse en primera potencia comercial de Europa. La Compañía de las Indias Orientales, creada a principios del XVII por comerciantes interesados en las riquezas de Asia, consiguió un imperio ultramarino propio que incluiría Ceilán, Java y Ciudad del Cabo. Pero no todo fue comercio, porque con su defensa de la libertad intelectual (a diferencia de los españoles y de otros, ellos podían

Los tercios saquearon Amberes por la cara, los flamencos pidieron ayuda a Inglaterra, y allí se armó la de Dios es Cristo

flamencos pidieron ayuda a Inglaterra, se armó la de Dios es Cristo, y al final (solución parcial, porque las guerras flamencas seguirían en el siguiente siglo) las provincias del sur, católicas de toda la vida (actual Bélgica), siguieron unidas a España mientras las siete provincias del norte, protestantes de nuevo cuño, se convirtieron en el estado independiente que hoy conocemos como Holanda. La factura gorda, todo hay que decirlo, la pagó Castilla, de donde salieron la mayor parte de los soldados y el dinero

estudiar en universidades extranjeras), Holanda contribuyó a la cultura y el pensamiento político de su tiempo. Hugo Grocio, por ejemplo, con su tratado *De iure belli ac pacis* (tan importante como el *De legibus* del español Francisco Suárez), fue uno de los padres del Derecho internacional moderno. En la Europa que alboreaba, la vieja idea de una comunidad cristiano-política se había ido al carajo, y los estados nacionales eran ya una realidad indiscutible. ■

[Continuará].



El extraño caso de la biblioteca inexistente

hace muchos años, casi treinta, confesé en esta página que era lector de la revista *Hola*. Y lo sigo siendo. Ya no la leo con los crispis y el colacao porque llevo dos décadas desayunando otras cosas: cuando estoy en casa, una asquerosa leche de soja —a mi edad los médicos desaconsejan la de vaca de toda la vida, que es la que me gusta— y galletas Chiquilín o tortas de Inés Rosales. Con eso me apaño. Pero el caso es que sigo fiel a la revista. Unas veces la hojeo a esas horas y otras cuando estoy tranquilo entre una cosa y otra. En sus páginas he visto envejecer a galanes de antaño —a todos menos a Bertín Osborne, que parece plastificado, el hijoputa— y a damas como Carolina de Mónaco, que en su momento fue un trueno de señora. He visto posar a famosos con esa sencilla naturalidad que, por ejemplo, mostraban siempre Paloma Cuevas y Enrique Ponce antes de que se les gastara el amor de tanto usarlo. A Isabel Preysler haciendo cling-cling con su célebre caja registradora. A reinas, reyes, duquesas, actores, monarcas, vedettes, banqueros con vergüenza o sin ella. A tontos del culo de ambos sexos vestidos de coronel Tapioca en safaris solidarios de dos días en el África procelosa, con estilismo de Nati Abascal. A impresentables analfabetas, a cuyo lado las pedorras de hace veinte años parecerían hoy unas señoras, ocupar portadas y reportajes a color. He visto todo eso, vamos. Evolucionar los iconos de la sociedad en la que vivo y muchas cosas más. Si me permiten ustedes la chulería, tengo, como viejo y fiel lector, cierta autoridad en la materia.

Hay dos cosas que me intrigan del *Hola*. Una, la más venial, es por qué

a quien redacta titulares, sumarios o pies de foto le parece todo divertido. No entretenido, simpático, alegre, placentero, atractivo, encantador, gracioso, seductor, fascinante, sugestivo, agradable, jovial, campechano o cualquier sinónimo susceptible de dar variedad al jolgorio. Para nada. En la revista todo es divertido por cojones. Y si creen que exagero, hagan la prueba. Echen cuentas y comprobarán que rara es la semana donde no hay media docena de asuntos calificados con ese adjetivo: la gran boda divertida de Tamara, el divertido camión de Ágata, la divertida casa del aventurero Kitín, el divertido cumpleaños de Genoveva, la divertida novela de Jorge Javier, la divertida foto de Antonio vestido de Semana Santa, la divertida falda de Victoria, el divertido patinete de Ana, la divertida fiesta de Froilán, la divertida cara de memo del tío Iñaki. Desde hace tiempo, para la revista todo es divertido a tope. ¿Por qué?

diseñadora Lola Cascales nos pasea por su finca jerezana con niños y perros incluidos. Etcétera. En todos estos casos, por automatismo profesional, busco en el reportaje la biblioteca doméstica esperable en casoplones de ese nivel; pero nunca doy con ella, o casi nunca. Las fotos suelen mostrar el comedor, el salón, el dormitorio, el cuarto de baño, la piscina; y a veces, muy raras veces —según mi documentada estadística, una de cada veinte, o menos— aparece una biblioteca que en algún caso, y de justicia es decirlo, está muy bien. Pero la mayor parte de lo que la revista llama bibliotecas son salones donde hay algunos libros de aspecto antiguo o con formato de arte, viajes y tal, colocados más para decorar que para leerlos. Basta ver cómo están en las baldas, entre objetos y apoyados unos en otros, de un modo en que ningún lector de verdad dispondría los suyos. Y por supuesto, con ausencia clamorosa de esos otros libros que se leen, que se reconocen nada más verlos. El núcleo elemental de una biblioteca sería.

De todo esto me queda una duda más o menos razonable, o sea. Un gusanillo jugueteón que me corroe las asaduras desde hace años. ¿Esa ausencia habitual

Es costumbre del 'Hola' mostrar lujosas mansiones: la princesa Chochín de Torlonia-Staufenberg nos enseña su casa de los Abruzzos, etcétera

Loignorito, como se llamaba el loro. Cien páginas semanales de Divertilandia.

El otro enigma de las arenas, más gordo aún, es el de las bibliotecas. Es costumbre del *Hola* mostrar en las primeras páginas la lujosa mansión de alguien: la princesa Chochín de Torlonia-Staufenberg nos enseña su casa de los Abruzzos, el modisto ecuatoriano Mortimer García y su pareja nos abren las puertas de su lujoso apartamento en Manhattan, la

de bibliotecas en el *Hola* se debe a que en las casas fotografiadas no hay libros, o que a la revista le importa un carajo que los haya?... Porque puede ocurrir, tal vez, lo de mi hija Carlota, que entonces tenía ocho años, cuando acudió a la fiesta de cumpleaños de una amiga. Y al regreso, muy impresionada, me dijo: «Oye, papi, seguramente los papás de Marcela tienen los libros abajo, en el sótano, porque arriba no he visto ninguno». ■



Una historia de Europa (LXIII)

La última cruzada de la cristiandad contra el Islam (por llamarla de alguna forma, ya que cada uno iba a lo suyo) fue la campaña de Lepanto. Calculen ustedes lo que desde entonces ha llovido. Por aquella época los turcos se habían apoderado de Túnez y de Chipre e iban de chulos de playa por el Mediterráneo, que el los y sus compadres los corsarios berberiscos dominaban casi por completo. Así que, mosqueados por el panorama, España, la Roma del papa de turno y Venecia se pusieron de acuerdo para pararles los pies, o los remos. Entre las tres potencias católicas juntaron 300 barcos, sobre todo galeras, llenos de marineros y soldados (entre ellos, un joven español llamado Miguel de Cervantes), y el 7 de octubre de 1571, en el golfo de Lepanto, dieron a los turcos las suyas y las del pulpo, mandando al paraíso de Mahoma, a disfrutar de las huríes prometidas por el profeta, a unos 30.000 fulanos con turbante. Aquella fue la final de copa más espléndida de la historia naval europea, y desde ese momento los turcos anduvieron más suaves y dieron menos por saco en un mar que ya era, de nuevo, más nostrum que suyum. Sin embargo, aparte de frenar a los otomanos, aquel exitazo no tuvo especiales consecuencias positivas para Occidente, porque no se supo o no se quiso aprovechar. Lepanto fue un derroche medio inútil, ya que al papa y a los venecianos, que mordían con la boquita cerrada, les preocupaba que España y su entonces poderoso imperio triunfaran en exceso; así que se desmarcaron rápido de la coalición. A la media hora de la batalla, Venecia (cuyo comercio marítimo estaba muy afectado por la guerra, y eso era tocarle lo más sagrado) firmaba con los turcos

un tratado de paz tan desfavorable que unos y otros podían haberse ahorrado la batalla, los muertos y el pifostio (y Cervantes el brazo que le estropearon allí). Al final salió lo comido por lo servido y la cosa quedó en tablas: la Sublime Puerta, preocupada por sus conflictos con Persia, aflojó la presión sobre Europa: mientras que la España de Felipe II, con la sangre y el dinero puestos en Flandes, dedicó la mayor parte de sus esfuerzos, como escribió John Elliott, *a un enemigo que estaba empezando a mostrarse todavía más peligroso que el Islam: la pugna entre el católico sur y el norte protestante*. Además, Lepanto tuvo una consecuencia negativa para los viejos países mediterráneos, aunque positiva para los nuevos cabroncetes del norte: porque, al atenuarse un poco la amenaza islámica, crecientes potencias navales como Holanda e Inglaterra (y también los navegantes hanseáticos de más

la influencia de antaño. Hubo mucho trajín de mercancías, comercio y dinero que benefició a los viejos países mediterráneos; pero la pauta de Europa ya no la marcaban ellos, cada vez más subordinados a los competidores guiris y con el imperio español malgastando energías y recursos en romperse los cuernos en la Europa de arriba. A finales del siglo XVI y principios del XVII, el antiguo mar de los griegos y los romanos, el del vino tinto, el mármol, los dioses y el aceite de oliva, se transformó en lago anglo-holandés. Eso tuvo una importancia enorme: fluyeron de un lado a otro el dinero, la cultura y las ideas. Como siempre ocurre entre conquistadores y conquistados, los rubios se sintieron cada vez más fascinados por el sol, la pizza y la paella, decidieron que de allí no los despegaban ni con agua caliente, y ahí siguen: Gibraltar, Benidorm, tirarse a la piscina desde los balcones de Ibiza, etcétera. La colonización guiri del Mediterráneo trajo al sur muchas novedades, aunque no la más deseable. Situando la actividad mercantil y la prosperidad comercial por encima de la ortodoxia religiosa, bendecida por un Dios práctico y moderno para su tiempo, cuajaba en algunos lugares de la Europa

Aparte de frenar a los turcos, Lepanto no tuvo especiales consecuencias positivas para Occidente, porque no se supo o no se quiso aprovechar

arriba) se animaron a pasar a este lado del estrecho de Gibraltar, por la cara, practicando una hábil especialidad suya, a medio camino entre el comercio y la piratería. Eso cambiaría el paisaje económico de la Europa del sur. La itálica Toscana, con su floreciente puerto de Livorno, fue hacia arriba y Venecia (a esas alturas más esclerótica que Joe Biden), acosada por corsarios ingleses, neerlandeses, españoles, florentinos, malteses y adriáticos, fue cuesta abajo en su rodada, perdiendo

norteña una nueva clase dirigente cuya principal virtud (al menos, guardando las apariencias) era la seriedad política, económica y social: gente destacada por su respeto a las leyes, amor al trabajo, ejemplaridad moral, integridad y prestigio. Ciudadanos libres, en fin, elegidos entre sus iguales. Para lo bueno y lo malo (calculen ustedes mismos lo bueno y lo malo), dos Europas estaban en camino. Y una tenía más futuro que la otra. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



La isla de 'El problema final'

deste escribir novelas. Es un trabajo duro, minucioso. Un año o año y medio de rutina laboral, de cinco a ocho horas diarias, festivos incluidos. Para un escritor profesional, o al menos la clase de profesional que soy —no un artista, sino un artesano que cuenta historias lo mejor que puede—, eso no se diferencia de otras actividades laborales. Es como ir a la oficina o a la fábrica, fichando a la entrada y la salida. Nada hay de romántico ni glamuroso en ello. Se trata de un trabajo que se hace de forma rutinaria, organizada. Y que fatiga como cualquier otro.

Lo que me gusta es imaginar. Construir la trama de lugares, situaciones, personajes y diálogos es lo más cercano que conozco a la felicidad. Como leer una novela cuyas páginas siempre nuevas, siempre posibles, van pasando en tu cabeza. Dormir cada noche pensando en el episodio que escribirás por la mañana, leer —y aprender mientras lees— libros relacionados, observar el mundo con la avidez del cazador que lleva abierto el zurrón, idear dónde encaje cuanto inventas, es lo que amo del oficio que practico desde hace treinta y cinco años. Pero nada de eso tendría sentido, ni podría permitírmelo, si al fin no concluyera la novela, publicándola para justificar el tiempo y el dinero invertidos en esa feliz etapa inicial. Nadie puede vivir de su imaginación si no la materializa, luego, en algo que interese a los demás.

Es peculiar la cabeza de un novelista. Vives de otra manera, concentrado en un mundo paralelo, imaginado, que a menudo se entrecruza con el real hasta

adquirir, incluso, más consistencia que éste. De mí podría decir que vivo más tiempo allí que aquí, y les aseguro que eso tiene razonables ventajas. Se parece a pasar de una habitación a otra cuando lo que hay en una no te satisface, pero la otra está amueblada a tu gusto. Y hay un detalle curioso en esa doble vida que transcurre entre realidad y ficción: cuando ésta precede a aquella, la anticipa o anuncia. Quiero decir —aunque no sé si consigo explicarme bien—, que a veces la realidad se limita a confirmar lo que antes has inventado.

Me pasó muchas veces y me sigue pasando. Si la obra de un novelista se nutre de lo imaginado, lo leído y lo vivido, no es menos verdad que a veces el lazar acaba situándote ante lugares, situaciones o personajes inventados o leídos por ti. De pronto te encuentras bajo las murallas de Troya, a bordo de la *Surprise*, ante el cadáver de Rogelio

trama. Quería asegurarme del mar, el viento, la luz, la vegetación, el color de las casas, los tonos del amanecer y el crepúsculo. Después eso se traduce, tal vez, en sólo un par de líneas —con los años de oficio tiendo a ser más escueto en las descripciones—, pero me parece importante para que el lector, y yo mismo mientras trabajo, situemos mejor lo que ocurre, cómo y dónde ocurre. Y me encontraba, como digo, en aquella isla, con la ventaja añadida de que al estar fuera de la temporada turística el lugar estaba desierto. No había nadie, háganse una idea. Y como además hacía mal tiempo —lo que me iba muy bien para la novela—, podía pasear concentrado en lo mío.

Fue entonces cuando ocurrió otra vez. Había elegido como escenario para mi historia una isla imaginaria situada al norte de Corfú, a la que di el nombre ficticio de Utakos. La había descrito con exactitud: pequeña, arbolada, con ruinas de un fuerte veneciano y una playa protegida del viento del noroeste. Y de pronto, una mañana lluviosa, me vi ante ella. En realidad no era una isla sino una pequeña península, pero idéntica en todo lo demás a como la había inventado, o supuesto. Cada ciprés, cada olivo, cada piedra, estaba exactamente

Quiero decir —aunque no sé si consigo explicarme bien—, que a veces la realidad se limita a confirmar lo que antes has imaginado

Ackroyd, o te cruzas con Hans Castorp, con madame Bovary, o incluso —salvando las enormes distancias— con tus propios personajes, a los que hasta ese momento creías fruto exclusivo de tu imaginación.

La última vez fue hace poco, y era un lugar. Un paisaje. Tenía casi acabada mi última novela y necesitaba refrescar recuerdos con algunas situaciones y escenarios. Así que tomé un avión para Corfú, donde se desarrolla la

donde debía estar. Y en ese momento, cual si hubiera esperado a que yo llegara, un rayo de sol desgarró las nubes bajas y grises e iluminó la isla como diciendo aquí la tienes, chaval. Y les doy mi palabra de que me pareció ver, o realmente vi, a dos de mis personajes allí mismo, frente a mí o tal vez a mi lado, caminando por la arena en pos de un enigma. Y reí, claro. Reí en voz alta, muy fuerte, feliz, porque uno escribe novelas exactamente para eso. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LXIV)

Las chicas de antes, para su desdicha y la de Europa en general, no eran como las de ahora. Con raras excepciones (Hipatia de Alejandría, Safo de Lesbos, Juana de Arco y pocas más), desde las humildes campesinas hasta las damas de alta cuna, lo que se imponía era la sumisión al padre, hermano o esposo, labores del hogar, observancia religiosa y mantenerse lejos de las ciencias, las artes y las letras que, según sus piadosos confesores, hija mía, os trastornan la cabeza. Ni siquiera se les suponía capacidad intelectual comparable a la de los varones. Qué va a saber de eso una tía, era la idea. Como mucho, a las pijas burguesas, nobles y tal, o sea, a las afortunadas, se les concedían diversiones menores: música, lecturas adecuadas para su sexo y poco más. Así fue durante mucho tiempo, hasta que desde el siglo XV el Renacimiento empezó a cambiar algo las cosas. A partir de entonces los azares de la Historia situaron a mujeres en lugares destacados, y su presencia y personalidad acabaron influyendo mucho. Tal fue el caso de Isabel de Castilla, que cambió no sólo el futuro de España sino también el universal; y además de ella (la más brillante y con más huevos de su tiempo) hubo otras señoras notables en lo de cambiar la seda por el percal: la italiana Catalina de Médicis, que fue reina de Francia (magistralmente interpretada por Virna Lisi en la peli *La reina Margot*); María Estuardo, infeliz reina de Escocia (la noveló Walter Scott y la encarnó en el cine Katharine Hepburn); María Tudor (que dio nombre al Bloody Mary) y su hermanastra Isabel, aquella pelirroja solterona (le dieron rostro y voz actrices como Bette Davis, Glenda Jackson y Cate Blanchett) que acabó

siendo reina de Inglaterra y pesadilla perpetua del monarca español Felipe II. Pero no sólo hubo reinas, claro. Si las mencionamos a todas, nos dan aquí las uvas. La veneciana Cristina de Pizán, por ejemplo (primera escritora profesional de la historia, cinco siglos antes de Ágatha Christie), acabó instalada en Francia, donde escribió una novela titulada *La Ciudad de las Damas*, soberbia respuesta intelectual a la famosa afirmación hecha en el *Roman de la Rose* por Jean de Meung: *Todas son, fueron o serán putas por acción o intención*. En España, entonces en la cumbre del mundo, salieron varias de rompe y rasga; pero es ineludible mencionar a tres: una fue Beatriz Galindo, alias La Latina, humanista y filántropa; y las otras dos, religiosas: Isabel de Villena (en su *Vita Christi* es el propio Jesucristo quien defiende a las mujeres) y Teresa de Cartagena (*La arboleda de los enfermos* fue un libro tan bueno que los hombres de su época no creían que lo hubiese escrito una mujer). Esas mujeres, como otras en

española Catalina de Aragón, primera y luego repudiada esposa del rey inglés Enrique VIII. Hija de Isabel y Fernando, los reyes católicos, creció a la sombra de su espléndida madre y se tomó muy en serio el trono de Inglaterra, derrotando a los escoceses en la famosa batalla del año 1513 cuando su legítimo (que luego la repudió, el hijoputa), se hallaba en el extranjero. Catalina cuidó mucho la educación de Mary o María, su hija anglohispana, y para ello encargó a Luis Vives, humanista español de campanillas (entre lo máximo de su época, todo un figura) un libro titulado *La educación de una mujer cristiana*. Aquella respetable reina Catalina, que era una señora y no una lagarta intrigante como su sucesora en el lecho regio, Ana Bolena (aquella a la que después afeitó en seco el verdugo de Londres), no sólo se ocupó de la formación intelectual de su hija María, sino que fue entusiasta patrocinadora, siguiendo la tradición real inglesa, del Colegio de la Reina de Cambridge y del Colegio Saint John. Con todo y con ello, tanto en Inglaterra como en Francia, España, Italia y el resto de Europa, en el siglo XVI las mujeres seguían apartadas del núcleo duro de las ciencias, las artes y las letras, y se les prohibía el acceso a las universidades. Eso no iba a ser obstáculo, sin embargo, para que

Soberbia respuesta a la afirmación hecha en el 'Roman de la Rose' por Jean de Meung: «Todas son, fueron o serán putas por acción o intención»

España y fuera de ella, desbrozaron el camino para las que vendrían después, como santa Teresa de Jesús o María de Zayas, la mexicana sor Juana Inés de la Cruz o, ya en el siglo XVIII, la francesa Madame de La Fayette con su deliciosa novela *La princesa de Clèves*. Etcétera, etcétera. De todas formas, ya que hablamos de libros y antes hemos hablado de reinas, sería delito de lesa historia no mencionar a la también

una reina sin título universitario ni nada que se pareciera (incluida una absoluta falta de escrúpulos heredada de su papi Enrique), mucho menos culta pero más lista que otros y que otras, se convirtiera en la más importante y poderosa de su tiempo, convirtiéndose a Inglaterra en gran potencia. Me refiero, claro, a Isabel I de Inglaterra. Y de ella hablaremos en el próximo capítulo. ■

[Continuará.]

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Ya ofende hasta el silencio

Permítanme, y me disculpo de antemano, que hoy sea grosero para ser más elocuente: estoy hasta los cojones. Hasta más arriba de la línea de Plimsoll, quiero decir, de tanta insistencia y tanta murga. No es ya que desde hace tiempo, sobre todo a través de las redes sociales, la peña pida tu opinión sobre esto o aquello: eso es legítimo, y también a mí me interesa la opinión de mucha gente, sobre todo si es cualificada, e incluso —a veces más interesante aún— de la que no lo es. Pero una cosa es dar tu opinión sobre algo, y otra plegarse a la contumaz exigencia de todo cristo. Definase, te aprietan. Mójese en esto o lo otro, diga qué piensa de Fulano o Mengano, de la guerra de Ucrania o de la de Vietnam, de Sánchez, de Abascal, de Feijóo, de Yolanda Díaz, de Putin, de Trump o de la madre que los parió. Diga públicamente dónde se sitúa respecto a todo eso, o a lo que sea, para que yo, nosotros, quienes seamos, en grupo o a solas, podamos aplaudir, si coincide con nosotros, e insultar, si discrepa. Ofendernos como Dios manda.

Todo es una permanente y perversa trampa saducea: si elogías, se ofenderán quienes detestan; si críticas, se ofenderán quienes defienden. Y si elogias y críticas al mismo tiempo lo que estimas positivo y negativo de algo o alguien, se les funden los plomos a todos. No estar dogmáticamente alineado en uno u otro bando, sea el que sea, resulta inconcebible para unos y otros. Ajenos a la fértil incertidumbre de la inteligencia, sólo existen para ellos el blanco y el negro, nunca el matiz, el razonamiento, el debate, la compleja gama de grises: misógino, masón, rojo de mierda, fascista, vendepatrias, dinos quién te paga. Da igual la biografía, los

libros, las opiniones —acertadas o no— fruto de una vida o un pensamiento. Lo que buscan es una frase, incluso fuera de contexto, que puedan aislar y explotar a favor de ellos mismos, de su mezuquino, chato y fanático mundo.

Pero es que ya no sólo ocurre cuando opinas, sino cuando callas. Ahora también te insultan por tener la boca cerrada, como si abrirla fuese obligación ineludible de cualquiera que tenga voz pública. Son capaces de interpretar hasta lo que no dices. ¿Cómo no ha dicho usted, o no has dicho —el tuteo envalentona más— nada sobre el incendio forestal de Canarias, o de la violencia en México, o de la desaparición de la foca monje en las Chafarinas, o del festival de Eurovisión? Porque si callas, deducen los muy estúpidos, es que piensas esto o aquello. ¿A qué se debe tu silencio culpable sobre el más reciente crimen machista, las lluvias torrenciales de septiembre o la última película de Almodóvar?, inquieren con retintín. ¿Crees que vas a escapar de sumarte al caso Rubiales

debate, ni pensamiento; no buscan convencer, sino acusar. Anhelan sentirse parte de un grupo y enemigos de otro, en un mundo que ha sustituido humanismo por humanitarismo y razón por sentimientos. Para qué voy a pensar, si es más cómodo sentir. Tal es la ideología asquerosamente emocional de este siglo: un estúpido simplismo de buenos y malos, necesitado de claras líneas divisorias que hagan sentirse confortable a uno u otro lado, según cada cual. Y más si se trata de España, siempre enferma de su propia Historia, donde gracias a una clase política infame —elegida por los ciudadanos a quienes representa— y a cierto periodismo parásito que vive de ella, todo es más visceral, más enconado, más abyecto. Donde te exigen ser de los suyos, sean los que sean, o verte exterminado sin dejar rastro. Ahorcado, si es posible, con tus propias palabras.

No se dan cuenta, es lo terrible. No advierten, esos limitados e irresponsables analfabetos, a dónde conducen tan turbios caminos. Como no han leído historia, ni visto nada fuera de la pantalla del teléfono móvil —y ni siquiera en él—, ignoran que todo ocurrió antes. Imposibilitados para mirar con lucidez el mundo en que viven y escupen, son suicidas gozosos,

Ajenos a la fértil incertidumbre de la inteligencia, sólo buscan el blanco y el negro, nunca el matiz, el razonamiento, el debate inteligente

—ese grosero gañán, sin duda— con decir que te niegas a participar en linchamientos colectivos, que todo roza ya el disparate y que, además, el baloncesto te importa un carajo?

Las redes sociales, el paisaje de hoy, están en manos de innumerables cretinos, cuando no malvados —unos pueden convertirse en otros con facilidad— que no desean escuchar opiniones sino confirmación de sus amores y odios personales. No quieren

incapaces de ver cómo acaba eso. De advertir a qué áspero campo de batalla sentencian a sus hijos y nietos. Pero, bueno. Es lo que hay, y lo que va a haber. A ustedes y a ellos tocará vivirlo y sufrirlo. Yo cumplo 72 este año y me bajo en la próxima —quizá por eso lo veo tan sombrío, no sé—. En cualquier caso, déjenme administrar mis silencios o mis palabras como crea conveniente. Como dije alguna vez, considérenme un inglés en Marruecos. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LXV)

elizabeth Tudor, o sea Isabel I, alias la Reina Virgen (no se tomen ustedes muy en serio el epíteto), fue la señora más interesante del siglo XVI, como Isabel de Castilla lo había sido del XV. Llegó aquella guiri (pelirroja era, la muchacha) a reinar un poco por casualidad, porque era hija de Enrique VIII, el decapitador de esposas, hermana del rey Eduardo VI, muerto a los 15 años, y hermanastra de María Tudor, la reina católica que se había ganado el apodo de María la Sanguinaria y el odio ciudadano por su feroz represión de la religión anglicana (*Bloody Mary*, de ahí viene el nombre del cóctel). Pero el caso es que reinó al fin, y nada menos que durante 45 tacos de almanaque (1558-1603) en los que, además de convertir de nuevo a Inglaterra en gran potencia, hizo minuciosamente la puñeta al español Felipe II y sus dominios imperiales, para quien se convirtió en un grano allí donde la espalda pierde su honesto nombre. Y encima, para más recochineo, reinó sobre una nación próspera, de una razonable educación dentro de lo que cabe en esa época, que vivió un siglo de oro cultural bajo la sombra benéfica del dramaturgo William Shakespeare, al que los escolares británicos siguen hoy estudiando (a diferencia de España, donde a su coetáneo Cervantes, el otro gran genio de su tiempo, se le oculta y se le olvida). En realidad, todo el prestigio de la monarquía inglesa a partir de Isabel I se acabó basando en su hostilidad, primero disimulada y luego abierta, hacia el enorme imperio español de entonces. Fría, dura, cabrona, cruel cuando convenía, hizo cuanto pudo por ayudar a los protestantes europeos en su lucha

contra España, porque así minaba el enorme poder de ésta; y lo hizo con sagacidad, eficacia y una absoluta falta de escrúpulos (la misma con que hizo ejecutar a su prisionera María Estuardo, desventurada reina de Escocia), potenciando con suma inteligencia y pulso firme la navegación, el comercio y la creación de un imperio colonial propio. El obstáculo natural para todo eso era España, que con un territorio tan extenso, ocupada en el Mediterráneo con los turcos, en Europa con el berenjenal de Flandes, con América al otro lado del Atlántico y con el Pacífico en el quinto carajo, no tenía arroz para tanto pollo. Así que a finales del siglo XVI empezó la guerra de verdad, ya sin disimulo. Las dos circunnavegaciones del mundo hechas por Francis Drake constituyeron, según el historiador John Elliott, una prueba de que el imperio español no estaba a prueba de corsarios. Y realmente no lo estaba. En 1584, otro marino y pirata, Walter Raleigh, fundó en América la primera colonia inglesa. Y en los años

Felipe II decidió que aquello sólo se arreglaba coordinando una invasión de Inglaterra con levantamientos católicos en Irlanda y Escocia, y se puso a ello: 65 navíos, 11.000 tripulantes, 19.000 soldados; la Armada mal llamada (por los ingleses, en plan de cachondeo) Invencible. Pero todo se fue al diablo para España, porque el asunto estuvo mal concebido y pésimamente ejecutado; y el mal tiempo, con temporales y tal, acabó dando la puntilla. Aquel desastre dejó a los de aquí cortos de barcos y tripulantes cualificados; aunque, como Felipe estaba podrido de pasta con el oro y la plata americanos, la recuperación fue rápida y las consecuencias materiales no llegaron a ser demasiado graves. El daño fue, sobre todo, político y psicológico, pues el prestigio de España en el mar quedó por los suelos y el de Inglaterra se puso por las nubes, hasta el punto de que Isabel I, aplaudida por los enemigos del imperio hispano, que eran casi todos, goteaba agua de limón. Todo se resume en la carta que el francés La Noue escribió a su amigo inglés Walsingham: *Los españoles querían apoderarse de Flandes a través de Inglaterra, y ahora os corresponde a vosotros apoderaros de España a través de América. Al salvarlos vosotros nos salvaréis a los demás.* Y hasta el papa

Fría, dura, cabrona, cruel cuando convenía, Isabel I hizo cuanto pudo por ayudar a los protestantes europeos en su lucha contra España

siguientes, con el apoyo de Isabel I, que también era mujer de negocios y trincaba de los beneficios, Drake (héroe nacional para los ingleses, para los españoles un hijo de la gran puta) atacó los puertos de Vigo, Cádiz y Santiago de Cuba, inaugurando así dos largos siglos de piratería oficial británica (y holandesa, de rebote) a costa del imperio español. Al fin, harto de agacharse a coger el jabón en la ducha,

Sixto V, que aprobaba de boquilla el afán español por restaurar el catolicismo en Inglaterra y Europa, se alegró en privado de que a Felipe II le rompieran los cuernos. No lo tragaba, el pontífice, angustiado por la idea de que se mantuviera como líder todopoderoso de la cristiandad. Así que, al enterarse del fracaso de la Armada, Su Santidad aplaudió hasta con las orejas. ■

[Continuará].



Vivir con héroes, o sin ellos

anduve por Londres hace unas semanas, por motivos de trabajo, visitando a un viejo amigo en el 221 B de Baker Street mientras esquivaba, con hábiles recortes laterales, perfiles y quiebras del torso en plan torero, a masas espesas de turistas y de turistas en calzoncillos. Nada, o sea, que haga a esa ciudad distinta de las otras pertenecientes al parque temático en que, entre unos y otros, hemos convertido Europa. Vista en términos generales, la cuna de los derechos y libertades en el mundo, la que durante tantos siglos fue referente moral e intelectual del pensamiento y el progreso, la vieja patria común de Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes y los enciclopedistas franceses, por mencionar a algunos, es hoy un deslumbrante cascarón vacío; un decorado fastuoso donde toda criatura internacional, incluidos nosotros mismos, confunde las palabras viajar y cultura con hacer cola en Roma ante una hamburguesería recomendada en Tryp Advisor o hacer posturitas chorras en Atenas o Madrid tomándose un selfi.

Nadie, ningún lugar, escapa a lo que hay, y a lo que todavía va a haber. Son las reglas del mundo en que vivimos, y tampoco es que el asunto, al menos a cierta edad y con algunos libros leídos, resulte dramático; sólo un poco triste cuando reflexionas sobre lo que Europa fue, lo que es y lo que podría haber sido de no estar en manos, vía Bruselas, de políticos analfabetos y tenderos sin escrúpulos. Pero, bueno. Así son las cosas. Lo que pasa es que, aunque así sean, no son iguales en todas partes, o no del todo, o no todavía en todos los

sitios. Pensé en eso de nuevo hace unas semanas, como digo, cuando subía a los taxis de Londres; porque en varios de ellos, en el respaldo del asiento frente al pasajero, había pegado un cartel con veintiséis fotografías de tamaño carnet: veinticuatro retratos de hombre y dos de mujer, todos con uniformes de la Armada, la Aviación o el Ejército durante la Segunda Guerra Mundial —de cuyo comienzo se cumplirán pronto noventa años— en torno a una frase rotunda: *Unhappy the land that has no Heroes*. Desdichado el país que no tiene héroes.

La frase no es de los taxistas de Londres, sino de la obra teatral de Bertolt Brecht *Vida de Galileo*, pronunciada cuando éste conversa con Andrea, el hijo de su casa. En realidad es el joven quien la dice, dando pie a la réplica del científico: *No, Andrea, desdichado es el país que necesita un héroe*. Eso de la desdicha o la desgracia es cierto a menudo, y uno entiende

—heroica— contra el nazismo dueño de Europa, el mundo sería diferente al que es, y no precisamente mejor.

Hay países orgullosos de sus héroes legítimos, y países aquejados por siniestras enfermedades históricas que ponen especial saña en destruir la memoria de los suyos. España, no descubro nada, es uno de esos últimos. En el disparate que nos caracteriza, propensos a mezclar churras y merinas, aquí metemos en la picadora de carne tanto a personajes admirables como a canallas y asesinos, y tan nefastos acaban pareciendo el espadón que nos maltrata desde el bronce ecuestre como el pobre soldadito que, apretando los dientes porque no tenía más remedio, se echó a la cara el mosquetón en Baler o Bailén y se mantuvo en pie bajo la bandera en Rocroi, Lepanto o Trafalgar. Lo ideal, por supuesto, sería que ningún país, ninguna patria, tuviese la desgracia de necesitar héroes. Pero en el mundo real los héroes siguen siendo necesarios como referentes morales, ejemplos ante el desastre, el horror, la sinrazón y la violencia. ¿Qué otra cosa sino héroes son quienes luchan contra el fuego, o por la seguridad de sus vecinos, o por cumplir con su deber a costa de la propia vida? Lo necesario —y que no se hace— es educar a los niños, a los

Hay países orgullosos de sus héroes legítimos, y países que ponen especial saña en destruir la memoria de los suyos

perfectamente que Brecht, siendo como era alemán —un país donde los héroes acabaron construyendo hornos crematorios—, desconfiase de tan equívoca palabra. Sin embargo, el de los taxis londinenses es un mentís parcial ante el escepticismo brechtiano; la prueba de que, en ciertos momentos de su historia, desde Troya hasta hoy mismo, los países necesitan que sus ciudadanos se conviertan en héroes. De no haber sido así en la Inglaterra de 1939-1945, que luchó en solitario

jóvenes, para que en su momento sepan interpretar un cartel como el de los taxis londinenses. Para que aprecien a los verdaderos héroes frente a los embaucadores, los demagogos, los criminales y los sinvergüenzas. Para que sepan diferenciar las causas nobles de las que no lo son. Para que comprendan del todo, en su sentido exacto, lo que en el siglo XIX Mariano José de Larra escribió como triste resumen de la historia de España: *Dios nos libre de caer en manos de héroes*. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Alahu Akbar: Dios es Grande

mujeres secuestradas, asesinadas, paseadas como carne desnuda y muerta, trofeos que una turba enloquecida de gozo —turba masculina, detalle básico—, grababa con teléfonos móviles al grito de *Alahu Akbar*: Dios es Grande, o *Alá* es el más Grande. Pese a la censura imbécil de las televisiones que pixelaron las imágenes —el horror también es educativo—, las redes sociales permitieron verlo todo con la claridad necesaria. E insisto en eso: necesaria.

Entre las imágenes que, hace unas semanas, se dieron en la frontera entre Israel y Gaza, hubo unas que se me quedaron especialmente en la cabeza: ese enfervorizado *Alahu Akbar* ante una joven con los pantalones ensangrentados a la que arrastraban sujeta por el pelo, o ante el cuerpo desnudo —hermoso hasta momentos antes— de otra joven malherida, mientras barbudos milicianos, sentados encima, la paseaban como trofeo para solaz de quienes voceaban Dios es Grande, *Alá* es el más Grande, con fanática saña (me entristece que los combatientes palestinos que conocí en los años 70 y 80, tipo Al Fatah, revolucionarios y laicos, hayan dejado espacio a los fanáticos de Hamás, manejados a distancia por los siniestros ayatolás iraníes: aquellos que, cuando la caída del Sha, pese a las advertencias de quienes andábamos por allí contando aquello, fueron aplaudidos por una izquierda europea que no tenía ni puta idea de lo que traía Jomeini bajo el turbante).

No es la primera vez, ni siempre está *Alá* de por medio, aunque suele estar Dios. También lo hace el nacionalismo, otro cáncer de la Humanidad bajo el que tanta rata se ampara. El pasado abunda

en ejemplos, desde Susana y los viejos en la Biblia hasta el inquisidor que tortura a la hereje o la bruja, y también la Historia reciente. Lo destacado es que esa chusma se ceba especialmente en las mujeres: aceite de ricino, asesinatos y violaciones en la Guerra Civil, sacerdotes señalando desde el púlpito a las pecadoras, colaboracionistas rapadas y violadas en la Segunda Guerra Mundial. Pero no hace falta mirar atrás: ortodoxos judíos escupen hoy a unas monjas o acosan a una mujer que viste poca ropa, desde un cafetín moruno se insulta a una joven de falda corta llamándola puta, chicas jóvenes son apaleadas en Irán por no llevar bien puesto el velo... Lugares sombríos cerrados a la razón, donde a las mujeres libres se las desprecia y daña, como a la viuda de *Zorba el griego*. Como a las adúlteras afganas apedreadas por los varones felices de participar en el castigo, también al grito de Dios es Grande.

Todo eso, en mi opinión, responde a una vieja pulsión muy masculina: insultar, infamar, mancillar a la mujer

Países y pueblos regidos por un Islam que no es sólo religión sino también dictadura social caen con frecuencia en ese extremo. En esa infamia.

En el mundo del extremismo islámico, en las dictaduras teocráticas, azuzados por los obispos de allí y por la podredumbre que muchos de éstos tienen bajo sus pestilentes sotanas, hombres frustrados y condenados a la soledad, la represión, la insatisfacción sexual y la exclusiva compañía social de otros hombres estallan, cuando se presenta la ocasión, bajo formas de violencia camuflada de religión que, como en el reciente caso de Israel y Gaza, son pretextos para pasear, fotografiar, manosear y destruir, si pueden, el cuerpo de mujeres a las que sus curas prohíben acercarse de otra manera. Los de Hamás las vejaban en Gaza no sólo por ser judías, sino por ser mujeres libres, poco vestidas, sin velo, ofensoras de Dios. Por eso el grito *Alahu Akbar* era esclarecedor, pues traslucía todo el fanatismo, hipocresía, represión sexual, bajeza de que es capaz el ser humano, varón en este caso: masturbación mental —y no sólo mental—, ante mujeres antes inalcanzables y ahora indefensas, deseo insatisfecho que al fin se venga disfrazado de piadosa, farisaica moralidad. Por eso el Islam, excelente en tantas cosas —familia,

Todo eso responde a una vieja pulsión muy masculina: insultar, infamar, mancillar a la mujer que no puedes conseguir. Y más si es hermosa

que no puedes conseguir. Y más si es hermosa. Lo he visto tanto en el mundo que llamamos civilizado como en lugares desdichados de la tierra. Y los peores son los regidos por quienes dicen actuar, y obligan a hacerlo, bajo mandato divino. En Europa —derechos y libertades hoy en regresión— costó mucha lucha y sacrificio liberarnos de sacerdotes y dioses. Por eso detesto el velo de las mujeres musulmanas y lo que simboliza.

dignidad, disciplina, respeto— es tan sucio en ésta: hombres llamando putas a mujeres a las que se follarían si pudieran. El problema es que ni a ellos ni a ellas sus curas se lo permiten. Unos curas que probablemente también se las follarían si pudieran: basta con verles la cara, los ademanes, el hipócrita dedo índice alzado hacia Dios. No hay más que escuchar sus sórdidas razones y sus cochinas palabras. ■



Una historia de Europa (LXVI)

Los primeros nacionalismos europeos serios, en el sentido moderno de la palabra, habían cuajado en el siglo XVI en España, Inglaterra y los Países Bajos; y la prolongada mano de hostias que se dieron Felipe II e Isabel I contribuyó mucho a eso. La unidad religiosa bajo uno y otra (católico el zorro español, anglicana la zorra inglesa, ambos proclamándose elegidos por Dios) contribuyó a la solidez interna de ambos estados; pero eso fue al precio de mucha sangre, mucha carne asada y mucha mano dura. Por su parte, situada entre unos y otros y con sus propios intereses europeos, en Francia se intentaba lo mismo pero en plan quiero y no puedo, pues allí todavía no estaba resuelta la murga religiosa (católicos contra hugonotes y viceversa) y había graves conflictos relacionados con el asunto. Lo mismo, más o menos, ocurría en todo el continente, y todas esas tensiones tuvieron costes muy altos. Entre nacionalismo y religión (que todavía hoy, parece mentira, siguen destruyendo la concordia entre los seres humanos) aprovechados por gentes fanáticas, estúpidas o perversas, aquel tiempo turbulento no fue cómodo para la razón y la inteligencia, sino todo lo contrario. La más noble (y rara) nacionalidad, ajena a las fronteras y fraguada en el siglo anterior, el del Renacimiento, fue la de los humanistas: la de la cultura y la inteligencia. Una cofradía internacional cuya *lingua franca* era el latín, pero también el griego y el hebreo, y cuyos principios de fraternidad y respeto al pensamiento ajeno quedaban por encima de fronteras, religiones y nacionalismos. Sin embargo, esa independencia pagó muy altos precios. Lo mismo que el orden social y el político, el mundo intelectual de Europa sufrió horrores, aplastado por

las bestias pardas o los canallas sutiles que desde un bando u otro pretendían, como nunca dejan de hacerlo, el monopolio de la Verdad con Mayúscula. En todas partes cocieron habas, naturalmente: Felipe II, el nuestro, prohibió a los estudiantes viajar a universidades extranjeras (a excepción de tres controladas por España o por el papa), para evitar que se contagiasen de *doctrinas perniciosas*; a Giordano Bruno lo hicieron churrasco por hereje en una plaza pública italiana; al gabacho Pierre Ramus le dieron matarile en la matanza de San Bartolomé; a fray Luis de León lo enchiqueró la Inquisición, y a Michel de Montaigne (mi favorito con Cervantes y Shakespeare, la Santísima Trinidad de las letras en esa época) no le pasó nada porque, escéptico, horaciano y sabio, al oler la chamusquina tuvo la prudencia de retirarse a su torre y, escribiendo sus formidables *Ensayos*, indagar sobre sí mismo, que eso apenas molestaba a nadie. Y hasta el rey francés Enrique IV (del que hablaremos con más detalle en el próximo episodio), hugonote convertido al catolicismo por

polémicos soldados de Cristo, fundados por el español Ignacio de Loyola para combatir las ideas heterodoxas, paladines de la Contrarreforma católica, su brillantez, sus métodos educativos, su asombrosa actividad científico-viajera y su búsqueda del poder les abonaron prestigio internacional y también odio mortal, incluso entre sus correligionarios (los dominicos estuvieron entre sus más notorios enemigos). Ellos introdujeron la geografía y las matemáticas en sus escuelas, trabajaron la psicología de los alumnos, reivindicaron la autoridad de la filosofía de Aristóteles frente a Platón (*Pimienta de todas las herejías, Platón es peligroso justamente porque al principio no lo es*), multiplicaron sus colegios en toda Europa y la América hispano-portuguesa, accedieron a la intimidad de reyes y poderosos, y durante los dos siglos siguientes fueron influyente perejil de todas las salsas (hasta el papa de ahora es jesuita, calculen lo que dio de sí el invento). La nueva orden se puso de moda y se infiltró con mucho garbo en Roma, donde el papa Sixto V, que como Toscana y Venecia esperaba que entre Inglaterra y la cada vez más fuerte Francia le aliviaran la dominación española (Felipe II tenía a Italia férreamente agarrada por el

Entre nacionalismos y religión, aquel tiempo turbulento no fue cómodo para la gente de razón e inteligencia, sino todo lo contrario

razones políticas, que empezó a idear un proyecto de *Union Européenne* basado en el respeto a la diversidad religiosa, resultó asesinado por un fanático que lo puso de puñaladas hasta las cejas. Y, bueno. Ya que hablamos de religión, intelecto y cultura, no podemos obviar el nacimiento y ascenso de una orden religiosa que, con sus luces y sombras, fue decisiva en el paisaje intelectual europeo. Me refiero a los jesuitas:

pescuezo), había reorganizado los Estados Pontificios concentrando en sus manos la suma autoridad católica, que ya era hora después de tanto sobresalto. Creando, además, un cuerpo diplomático vaticano que acabaría siendo el más eficaz del mundo; y que ahí donde lo ven, con sus cardenales, nuncios, obispos y tal, cinco siglos y pico después lo sigue siendo. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



El armario de las horas felices

mi rutina sevillana, los días en que estoy tranquilo, es simple: del hotel Colón a desayunar en Las Piletas, y luego un paseo por las pocas librerías de viejo que van quedando en la ciudad. Acabo siempre en Los Claveles, ante una manzanilla y una tapa de carrillada en salsa, revisando el botín mientras charlo a ratos con Santi, el dueño, con su madre y con mi compadre Jordi, vecino del barrio —lo de Jordi es sólo un apodo, porque trabajó un tiempo en Cataluña—, cuando aparece por allí.

Esta vez el botín incluye un libro que, con un estremecimiento de emoción, he descubierto en la librería de al lado: *Volcán*, de Cecil Roberts, con tapa dura y sobrecubierta intacta, en la edición de Caralt de 1946. Sentado en la taberna leo durante media hora y lo cierro al fin con una sonrisa melancólica, tras confirmar que es una novela aún mucho peor de lo que recordaba. Cecil Roberts fue un autor inglés, hoy olvidado —como lo seremos casi todos—, que estuvo de moda en los años 40-50 a partir de una exitosa historia titulada *Estación Victoria a las 4:30*. Y esa novela, y la que acabo de recuperar por 5 euros —todavía tiene impreso el precio original, 32 pesetas—, las leí por primera vez a los quince años, en casa de mi abuela materna. Tras encontrarla en el armario de las horas felices.

Es asombroso cómo un objeto, la portada de un viejo libro, incluso el olor de sus páginas, puede desencadenar tantos recuerdos y sentimientos. Con *Volcán* en las manos siento una nostalgia que no es nueva, pues me asalta cada vez que en una librería encuentro una edición de las que conocí entonces, o en mi biblioteca toco algún

libro de los que heredé de mis padres o mis abuelos. De algunos recuerdo hasta el momento y lugar exacto en que los leí. Y en eso de leer fui un muchacho sin duda afortunado, pues crecí en dos bibliotecas —tres, si contamos la de mis padres—, la de mi abuelo paterno y la de mi abuela materna.

Esta última, que se llamaba María Cristina, viuda desde poco después de la Guerra Civil, era una mujer tan avanzada para su tiempo que habría dejado con la boca abierta a las más conspicuas feministas de hoy: en esa época tenía un trabajo muy influyente, una inteligencia extrema y una curiosidad intelectual que se manifestaba en voracidad lectora. Vivía con su hermana soltera —solterona, como se decía entonces—: mi tía Pura, funcionaria del ayuntamiento, y los ratos de ocio los pasaban las dos entre libros y música. Y mientras la biblioteca de su consuegro, mi abuelo Arturo, era más bien canónica, con los grandes autores de la literatura universal, la de mi abuela y mi tía era

En aquella enorme biblioteca había un lugar mágico, que me permitían saquear a gusto para llevarme cuanto quería: el armario de las horas felices. «Llévate lo que quieras, siempre que después lo leas», decía mi tolerante abuela. Era un gran espacio empotrado en la pared, trastero lleno hasta arriba de libros, ediciones baratas y de bolsillo que las dos hermanas no consideraban preferentes para las ordenadas paredes del salón, ocupadas por lomos de piel con letras doradas de las ediciones nobles de Blasco Ibáñez, Galdós, Maurois, Ludwig, Zweig, Mann y muchos otros. El armario era todo lo contrario: miles de libros amontonados sin orden ninguno; y en él ejercité los primeros ademanes del cazador que sabe buscar y, con un golpe de vista, seleccionar lo que le interesa. Quienes de ustedes son lectores imaginarán la felicidad de aquel jovencito, la codicia con que aspiraba el olor a papel impreso mientras me apoderaba de montones de libros —Somerset Maugham, Phillips Oppenheim, Graham Greene, Vicki Baum, Leslie Charteris—, que leía allí mismo, sentado en el suelo, o me llevaba a casa para colocarlos junto a *Los tres mosqueteros*, *La isla de Coral*, las aventuras de Guillermo Brown, los álbumes de Tintín, *Cinco semanas*

Es asombroso cómo un objeto, la portada de un viejo libro, incluso el olor de sus páginas, puede desencadenar tantos recuerdos y sentimientos

actual, viva, atenta a las novedades, a lo entonces moderno. Les gustaban mucho Hemingway, Fitzgerald, Camus, Kafka y Dos Passos, pero también los *bestsellers* de calidad de Slaughter, Yerby y Margaret Mitchell, y eran fanáticas de la novela policial, desde los clásicos de enigma como Conan Doyle, Agatha Christie y Ellery Queen a los duros detectives de Hammett y Chandler. Y fue en su casa donde los leí a todos ellos y a muchos más.

en globo, *El talismán* y todos aquellos títulos de las colecciones Historias y Cadete Infantil o Juvenil que tan decisivos fueron en los primeros años de mi vida.

Y sí, en efecto. Eso pienso hoy en la taberna sevillana, llevándome a los labios la copa de manzanilla mientras huelo otra vez las viejas páginas del mediocre *Volcán* que el azar ha devuelto a mi memoria: hasta una mala novela puede contener aroma a felicidad. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LXVII)

aunque las guerras y otras puñetas del siglo XVI (que sobre todo fueron religiosas) no modificaron demasiado el paisaje territorial de la Europa Occidental, ya más o menos definido como lo conocemos ahora (excepto la secesión de los Países Bajos, la presencia de España en Italia y el medio siglo largo de anexión de Portugal), en el norte y el este continentales sí se estaban produciendo cambios importantes, porque tres potencias locales apretaban fuerte para cortar el bacalao en aquellas poco soleadas tierras. Una era la católica y tridentina Polonia, que durante una temporada fue el chulo de barrio de esos parajes, hasta que empezó a perder territorios a causa de las dentelladas que le daban sus vecinas y rivales, las pujantes Suecia (luterana) y Rusia (iglesia bizantino-ortodoxa), cada vez más poderosas y con más ganas de zamparse el mundo próximo. En Rusia, Iván IV, alias Iván el Terrible, aunque por el oeste no llegó todavía demasiado lejos (los mordiscos a Polonia vendrían más tarde), por el otro lado emprendió la conquista de Siberia y puso los pavos a la sombra a los tártaros de Kazán, Astracán, el bajo Volga y el Caspio; aunque lo más comentado de lo suyo fue la estiba que repartió entre la aristocracia tradicional (los boyardos), sustituyéndola por otra nobleza más dócil (los oprichnik), a la que a cambio de apoyo concedió tierras y un férreo dominio sobre los campesinos que duraría trescientos y pico años, hasta que la Revolución de 1917 (la Historia siempre pasa factura) los hizo a todos, incluido el zar del momento, picadillo bolchevique. En cuanto a la rubia y escandinava Suecia, a finales del XVI estaba a punto de volverse

árbitro indiscutible del Báltico y de la Europa septentrional. Regidos por la dinastía Vasa, los suecos empujaban sin complejos en todas direcciones, acojonando a sus vecinas Dinamarca, Noruega, Polonia y Rusia, a las que acabaron dando leña hasta en el carnet de identidad. El rey Carlos IX inauguró en 1604 el nuevo siglo por todo lo alto, su hijo Gustavo Adolfo II mantuvo la buena racha, y su interesantísima hija Cristina, que según el historiador Momsen era *mujer de carácter masculino y de excelsas dotes intelectuales y morales* (Greta Garbo la interpretó en el cine), acabaría convirtiendo a Suecia en gran potencia política y militar, antes de abdicar en 1654 para convertirse al catolicismo y retirarse a morir en Roma. Tal era, en líneas generales, el panorama de la Europa nórdica y oriental en los albores del siglo XVII; que también iba a ser, para no perder la costumbre, una centuria movida, interesante y sangrienta. Y si el papel de España había sido fundamental hasta entonces (y aún lo sería durante mucho tiempo), el nuevo período histórico terminó

organizada por la reina regente Catalina de Médicis, que fue una señora de armas tomar: como su hijo Carlos IX era un poco indeciso y mierdecilla y los hugonotes le discutían el poder e influían en él, la señora (nacida en Italia, escuela política de Maquiavelo) decidió cortar por lo sano: 20.000 protestantes, que se dice pronto, con su jefe el prestigioso almirante Coligny, fueron masacrados en agosto de 1572 (*massacre* es una palabra gabacha) con un baño de sangre iniciado en París por los agentes de la reina y completado en provincias por el populacho, encantado de mojar pan en tan divertida salsa. El papa de Roma, que también iba a lo suyo, no vio con mal ojo la carnicería, pues una Francia protestante habría sido para el catolicismo un serio problema. Y la suerte acabó por echar una mano: casi con el siglo se extinguió la dinastía francesa reinante, sin descendencia, y la corona quedó a tiro de piedra de un chaval joven, guaperas, ligón, hábil, bien aconsejado y más listo que los ratones colorados. A la gente le caía simpático y era muy querido y popular. Se llamaba Enrique de Navarra (Enrique el Bearnés para Alejandro Dumas) y era de religión hugonote, o sea, protestante. De la Noche de San Bartolomé se había escapado por los pelos; y ahora, en la

De la Noche de San Bartolomé había escapado por los pelos; y ahora, en la extraña tómbola de la vida y la política, le tocaba ser rey de Francia

por llevar a Francia a lo más alto de su historia. Tras una larga temporada de conflictos internos con vaivén de reyes incapaces y nobles insolentes y ambiciosos, emputecido todo por el conflicto entre católicos y calvinistas hugonotes que acabó en guerra de religión interior, el país había vivido una jornada de horror en la llamada Noche de San Bartolomé (vean la peli *La reina Margot* o lean la novela de Dumas),

extraña tómbola de la vida y la política, le tocaba ser rey de Francia, siempre y cuando se convirtiese al catolicismo, que era condición *sine qua non* para acceder al trono. Así que adivinen ustedes lo que hizo, o sea. Ni lo pensó. Y fue entonces cuando, chico práctico como era, pronunció una frase que todos aplaudieron y el tiempo haría inmortal: *París bien vale una misa.* ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Teoría del camarero

no hay camareros, le decía el dueño del bar a su amigo. No los encuentras, no hay manera. Me sorprendió esa conversación, habida cuenta de que en España ves un bar o cafetería cada vez que doblas una esquina. Así que pegué la oreja, advirtiendo que no se referían a empleados en general, sino a gente especializada, profesional. A camareros capaces de hacer con eficacia su trabajo en un momento en el que aquí, como en el resto del parque temático en que se ha convertido Europa, los bares, los cafés, los restaurantes, están que les crujen las costuras.

Esa conversación sorprendida al azar me tuvo un rato comparando recuerdos con el presente. Pasando revista a lugares que conocí y conozco: locales a los que sigo yendo porque conservan el personal que los hace acogedores, y otros que dejé de frecuentar porque, aunque parecen los mismos, sus camareros nada tienen que ver con los que aprecié en otro tiempo. Porque un lugar abierto al público, bar, café, restaurante, hotel, depende siempre del personal que le da vida.

La conclusión fue triste: hay sitios que gracias a quienes los atienden se mantienen agradables; pero muchos derivan hacia la improvisación y el descuido. Lo que antes era oficio serio desempeñado por profesionales —España tuvo y sigue teniendo, con Italia, los mejores camareros del mundo— ronda hoy la improvisación y la chapuza. El camarero de toda la vida, veterano de ambos sexos que entiende a los clientes y se mueve entre ellos con la eficacia y el respeto propios de su digno oficio, es especie en extinción. Ocupan su lugar trabajadores

accidentales que no sólo ignoran las reglas básicas, sino que parecen —y son— gente que va a estar allí un rato antes de irse a otro lugar y otro trabajo.

Sobre el respeto y la atención debidos al cliente, que es quien paga la cuenta, ustedes conocen tantos ejemplos como yo: desde el que tutea a bocajarro a abuelos septuagenarios, al torpe de buena voluntad o el que se conduce con maneras desabridas o groseras. Y no siempre es su culpa, pues muchos llegan a ese trabajo sin preparación ninguna, a falta de otra cosa, y lo dejan antes de aprender el oficio. Hace poco, en presencia de amigos, me vi en la embarazosa tarea de ser yo quien abriera una botella de vino, pues el muchacho que la servía, en su primer día de trabajo, no era capaz de utilizar correctamente un sacacorchos.

¿Qué está ocurriendo? Pues que un camarero no se improvisa. Hasta no hace mucho, un profesional de la hostelería podía pasar la vida haciendo eso y mantener a su familia —recuerdo

prefieren mano de obra barata, jóvenes sin cualificar a los que puedan quitarse de encima cuando quieran. Y de otra parte, el personal idóneo, en vista del panorama, prefiere moverse a salto de mata: temporada de verano para ganar algún dinero y luego ya veremos. Y así pasa lo que pasa. He dejado de ir a restaurantes o cafés que antes adoraba porque cada vez, de mes en mes y hasta de semana en semana, encuentro camareros nuevos que, pese a su buena voluntad, no duran hasta asentarse en el trabajo.

También el cliente es culpable: ni exige lo adecuado, ni a veces se encuentra a la altura de lo que exige, cuando lo hace. La grosería y la falta de educación son contagiosas y acaban yendo en ambas direcciones. Y está, además, lo de las propinas, que son para los camareros estímulo y sobresueldo. Ahora pocos clientes las dejan, y hay locales donde no se permite incluirlas en los pagos con tarjeta. Pregúntense ustedes por qué.

Por supuesto que el dueño de un establecimiento debe ganar dinero; para eso lo abrió. Pero si quiere que el cliente esté satisfecho y vuelva, no puede pretenderlo pagando una miseria a los empleados. Si no es posible vivir de ese trabajo no habrá profesionales, sino

El de toda la vida, que entiende a los clientes y se mueve entre ellos con la eficacia y el respeto propios de su digno oficio, es especie en extinción

al imponente Antonio, con su porte aristocrático, en el café Mastia de Cartagena—. Pero ahora las cosas no son así, o lo son cada vez menos. El de camarero es un trabajo durísimo, ingrato, con horarios terribles, que requiere nervios templados, buen golpe de vista, educación extrema y conocimientos adecuados. Eso hay que pagarlo bien, naturalmente; pero ocurre que ya no se paga, o se paga cada vez menos. Los empleadores

eventuales que ni satisfarán a nadie ni se beneficiarán ellos. Y ya que España, cuya industria nacional desmantelaron hace tiempo unos políticos torpes e irresponsables, parece sentenciada a lugar de servicios y pasto de turistas, sería bueno que esa sufrida infantería de primera línea, los camareros y demás personal de hostelería, pudiera desempeñar con dignidad un oficio del que tantas familias dependen y van a depender en el futuro. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LXVIII)

El siglo XVII, que en Europa iba a ser de aquí te espero, empezó suave, con una tregua pacífica (lo de pacífica es relativo, como todo) que se prolongó durante dos décadas hasta pegar el petardazo con la Guerra de los Treinta Años. Aun así, como digo, esa temporada no fue pacífica para todo el mundo. En España, que seguía inquieta por la unidad religiosa y la amenaza turca en el Mediterráneo, trescientos mil moriscos fueron expulsados por Felipe III, hijo del segundo Felipe, en uno de los episodios más desgarradores (y mira que hubo) de la historia de España. En cuanto a la Francia de Enrique IV, aquel hábil hugonote recauchutado en católico, iba para arriba mientras metía mano en Suiza para que los tercios hispanos encontrasen dificultades en recorrer el Camino Español, ruta que unía las posesiones del norte de Italia con el Tirolo y Alemania. El concepto de nación estaba de moda, y en cada país, más o menos, se asentaba una moderna conciencia de sí mismo. El nubarrón gordo se veía venir: una guerra entre Francia y España era sólo cuestión de tiempo, ahora que el gran Felipe II había palmado sin poder derrotar a la Inglaterra de Isabel I y se había roto los cuernos cuando, queriendo devolver a la obediencia las provincias holandesas rebeldes, se comió allí arriba una castaña como el sombrero de un picador. Castilla, que corría con casi todos los gastos, estaba exhausta, y España en general, aunque todavía quedaba cuerda para rato, empezaba a ir cuesta abajo en su rodada, como dice el tango. El hombre adecuado para darle matarile acababa de aparecer en Francia, donde un fulano llamado Ravallac se había cargado a puñaladas a

Enrique IV (del que hay una estupenda biografía novelada de Heinrich Mann, hermano del otro Mann). El caso es que Luis XIII, hijo y sucesor del Bearnés, resultó ser un pichafloja de poco fuste (casado con Ana de Austria, por cierto, princesa española); pero tuvo a su lado a un fulano providencial para la patria gabacha. Su consejero, el cardenal Richelieu, era un fulano fuera de serie, el más grande estadista de su tiempo: cabeza increíble, lógica política implacable y mano de hierro (si leen o han leído *Los tres mosqueteros* me ahorran detalles), y con todo eso y muchas cosas más iba a conducir a Francia al rango de mayor potencia europea. En posesión de una clara visión del mundo de su tiempo, Richelieu supo advertir la oportunidad y se lanzó a ella con cálculo e inteligencia. El chispazo surgió en Bohemia en 1618, con un estallido de violencia contra la política católica de los Ausburgo, primos de los monarcas españoles. A partir de ahí se montó un pifostio de veinte pares de cojones que sacudió Europa durante tres

sin complejos con los protestantes, porque allí cada cual iba a lo suyo), pero también Austria, Países Bajos, Alemania, Suecia y Dinamarca, amén de tropas italianas, suizas, inglesas y chotos de veinte madres. La mundial, vamos: llovieron chuzos de punta. Y para más recochineo y regocijo general, España, convertida en principal pagador de la fiesta, tuvo que hacer frente a serios problemas interiores: conspiraciones de la nobleza desleal, guerra de secesión del Portugal que había heredado Felipe II de su madre (zafarrancho ganado al fin por los portugueses), y guerra de secesión de Cataluña, terminada por agotamiento cuando los insurrectos catalanes, que se habían puesto bajo la protección de Francia, descubrieron que los franceses eran más hijos de puta que los españoles. El caso es que, entre pitos y flautas, la Paz de Westfalia (1648) y la Paz de los Pirineos (1659) pusieron término a aquel prolongado disparate. Europa entró en un período de equilibrio con naciones más o menos definidas en plan moderno y se alcanzó un razonable *statu quo* entre católicos y protestantes: Suecia se asentó como poderoso estado del norte; la republicana Holanda consolidó su posición mercantil y ultramarina; España, con reyes mediocres como

El cardenal Richelieu tuvo cabeza increíble, lógica política implacable y mano de hierro. Si leen o han leído 'Los tres mosqueteros' me ahorran detalles

décadas donde se mezclaron guerra, religión, nacionalismo, epidemias, devastación, hambre y todo cuanto podamos imaginar: los jinetes del Apocalipsis, que esta vez fueron más de cuatro, recorriendo Europa a galope tendido (tecleen Callot en Google y verán estampas bonitas). El caso es que, de un modo u otro, todos mojaron pan en aquella sangrienta salsa: Francia y España (la católica Francia aliada

Felipe III y Felipe IV, perdió mucha de su vieja influencia, y Francia, vencedora indiscutible del negocio, quedó a punto de nieve para convertirse en la gran potencia europea que iba a ser durante los dos siguientes siglos. En cuanto a Inglaterra (se van a reír ustedes), a esas alturas ya le habían cortado la cabeza a su rey. Pero eso, que tiene su morbo y su cosita, lo veremos en el próximo capítulo. ■ [Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Cuatro días sin móvil

Pues eso. Que subo al tren, emprendiendo un viaje de cuatro días, y al sentarme descubro que he perdido el teléfono móvil. En un primer momento me quedo con cara de pringado, tocándome el bolsillo mientras pienso no me lo puedo de creer, como se dice ahora. No puede ser, pero es. Me he quedado sin móvil igual que me quedé sin padres y abuelos: huérfano comunicativo total. De todas formas, acostumbrado a vivir desde jovencito con la certeza de que siempre acechan una piel de plátano en el suelo, una pastilla de jabón en la ducha del presidio o un iceberg en la ruta del Titanic, intento tomarlo con calma. Como dice mi compadre Elmer Mendoza, mejicano norteño y sabio —natural de Sinaloa y paisano de la Reina del Sur—, en la vida unas veces se pierde y otras se deja de ganar. Así que veamos cómo queda la cosa, reflexiono. Control de daños.

Para mi sorpresa, primero, y mi alivio, después, los estragos son mínimos. Eso es lo que concluyo tras pensarlo un momento. Analfabeto tecnológico como soy, la parte de mi vida confiada al teléfono móvil es poca. Si mi trabajo y mis necesidades fueran otras, sin duda estaría obligado, por imperativo categórico o como se llame eso, a llevar en el bolsillo —o en la mano, como casi todos hacen ahora— un smart fone, android, iphone o como diablos se llamen los artefactos inteligentes que, paradójicamente, tanto limitan la inteligencia del usuario. O sea, que acaban haciéndonos confiar a ese chisme alma, corazón y vida, como canta el bolero, hasta extremos de dependencia drogadicta. No utilizándolo para hacer mejor el mundo, que sería lo razonable y lo cuqui, sino para

mirarlo —óptica en extremo peligrosa— exclusivamente a través de él.

Pero no. Y lo pienso con una risa malvada, arf, arf, como la del perro Pulgoso. Mi teléfono habitual es un Nokia de vieja generación que sólo sirve para hablar por teléfono. Y que, incluso cuando lo llevo encima, utilizo lo menos posible. Así que lo peor que puede pasar, que es lo que ahora pasa, es que estaré unos días sin llamar por él, y —colmo de la felicidad feliz— sin que me llamen. Soy afortunado, lo admito, porque mi trabajo y mi vida no se verán apenas afectados. Y en cuanto a lo que pierdo con él, lo que en muchos casos sería una tragedia personal y profesional se reduce, en el mío, a molestias menores. Nada había en el móvil que fuera imprescindible. De lo único valioso, números con los que comunico habitualmente, tengo copia en casa, en una agenda de papel que procuro llevar más o menos al día. Y en cuanto a no poder telefonar desde el tren, tampoco es una peritonitis. Ya no hay cabinas

no me llamen prepotente ni fascista, que hiera mi sensibilidad— el último hombre libre sobre la tierra, como Charlton Heston en aquella estupenda película, hoy olvidada, que en España se tituló *El último hombre vivo*. Porque estoy en un tren, de viaje, rodeado de gente que habla por su teléfono móvil, y yo acabo de perder el mío pero sigo llevando encima cuanto necesito. Por ejemplo, los billetes de tren impresos en casa desde el ordenador —he visto a demasiados incautos bloqueados, dándole con desesperación al dedo en embarques de tren y aeropuertos, incluso en las puertas de los cines—. También las tarjetas de crédito que me acompañan van repartidas entre el billetero y la mochila, por si pierdo o me roban uno u otra, y además llevo encima una cantidad razonable de dinero en metálico, porque en este mundo de bancos sin personal, cajeros presuntamente automáticos y bancos dirigidos por verdaderos hijos de puta que ni siquiera garantizan tu seguridad, el plástico lo carga el diablo. Y además, así nadie puede localizarme ni hackearme. Que ésa es otra.

Y, bueno. Qué quieren que les diga. Sé muy bien, porque no soy completamente gilipollas, que todo esto, me refiero a mi relativo alivio

Acaban haciéndonos confiar a ese chisme alma, corazón y vida, como canta el bolero, hasta extremos de dependencia drogadicta

públicas, es cierto; pero cuando llegue al hotel de la ciudad a la que me dirijo podré usar el teléfono de mi habitación, ring, ring, ring de toda la vida. La media docena de números fundamentales los llevo siempre anotados en una tarjeta, en el billetero. Y los otros pueden esperar.

Así que, en fin. Gracias a este inconveniente, miro alrededor y siento el subidón moral, la íntima chulería de sentirme —estoy siendo sarcástico,

de hoy, es sólo una trinchera temporal. Que poco a poco —es más cómodo así, argumentan los sinvergüenzas y los idiotas—, a quienes intentamos mantenernos relativamente libres nos acorralan sin alternativas, obligándonos a depender cada vez más de los mecanismos suicidas que se adueñan del mundo. Pero oigan: arrieros somos. Nadie podrá arrebatarnos la última carcajada cuando todo se vaya al carajo. ■



Una historia de Europa (LXIX)

Lo de Inglaterra iba a ser de traca, marcando un antes y un después en la historia de las monarquías modernas. A la pobre María Estuardo, reina de Escocia, después de comerse más cárcel que el conde de Montecristo, la había hecho afeitar en seco Isabel I de Inglaterra; que pese a su falta de escrúpulos y su bajeza moral (perfectamente compatibles con su grandeza monárquica) era enemiga política, pero al fin y al cabo, reina. Sin embargo, con Carlos I, nieto de la Estuardo, la cosa anduvo por un registro más popular. Por decirlo así, más de ahora. Al morir Isabel sin descendencia, el trono (paradojas de la vida) había ido a parar al hijo de la ejecutada reina escocesa, un tal Jacobo I, que se vio monarca de Inglaterra, Escocia e Irlanda, pero que como rey no tenía ni media hostia. En cambio, su hijo Carlos (el que de joven fue a España con el duque de Buckingham y se las vio con el capitán Alatríste) era más personaje: elegante, autoritario, poco respetuoso con el Parlamento e inclinado a hacer lo que le salía de la punta del cetro, dio vidilla a los antes perseguidos católicos. Y así, entre pitos y flautas, se puso en contra a media Inglaterra, incluidos los protestantes radicales (llamados puritanos), muchos de los cuales emigraron a la América del Norte por esa época (y allí siguen, imponiéndonos lo que consideran, o no, políticamente correcto). Durante once años Carlos gobernó echándole un pulso a los representantes populares, a los que ningunaaba; y tanto encabronó a la peña que le reventó en las manos. Tras intentar un golpe de Estado monárquico, tuvo que largarse de Londres mientras estallaba una guerra civil entre partidarios de la monarquía

absoluta y partidarios del Parlamento. Se diferenciaban incluso, unos y otros, en la manera de vestir y el corte de pelo: elegantes y con cabello largo los carlistos, sobrios y de pelo corto (cabezas redondas, los llamaban) los puritanos. De estos últimos destacó un jefe llamado Oliverio Cromwell, que además de religioso hasta nivel meapilas era presuntamente honrado y virtuoso (así lo vendía la propaganda, aunque en tales cosas conviene no fiarse de nadie), y para colmo resultó buen jefe militar. En la batalla de Marston Moor, cantando salmos y tal, imaginen ustedes el cuadro, los puritanos vencieron al ejército monárquico. Eso y lo que vino luego lo cuenta de maravilla Alejandro Dumas en *Veinte años después* (continuación de *Los tres mosqueteros*). Y lo que vino fue que, reunida una pequeña parte del Parlamento, manipulada por el virtuoso Cromwell, sentenció a muerte a Carlos I, al que se le cortó la cabeza (*Remember!*) ya casi mediado el siglo,

éxito, a lo colonial y lo mercantil a costa de España, a la que puteó cuanto pudo, y de Holanda, a la que derrotó y desplazó como potencia marítima. Lo del simple cambio de papeles se puso de manifiesto a la muerte del amigo Oliverio, porque el gobierno de la nación fue heredado por su hijo de la manera más desvergonzadamente monárquica imaginable. Pero Cromwellito Junior resultó ser un mierdecilla que no valía ni para llevarle el botijo a su padre, así que duró un cuarto de hora, los ingleses se vieron huérfanos de líder, y en una de las tragárselas dobladas más clamorosas de su historia devolvieron el trono a la familia Estuardo; o sea, al hijo del rey decapitado, que por otra parte tampoco era un chaval como para tirar cohetes. Carlos II (así se llamó el muy pelanas) se pasó el reinado divirtiéndose a base de juerga y coyunda; aunque entre una cosa y otra tuvo tiempo para ajustar cuentas con los matadores de su papi, persiguiendo y condenando a los que pudo pillar. Y hasta hizo sacar de la tumba el fiambre del viejo Cromwell para cortarle la cabeza a lo que quedaba de aquella putrefacta mojama. Pero, bueno. Lo importante, lo que hay que retener de esa época, es que, gracias primero a Isabel I y luego a Oliverio Cromwell, la gran Inglaterra que venía de camino estuvo cada vez más a punto

Jacobo I, hijo de María Estuardo, se vio proclamado monarca de Inglaterra, Escocia e Irlanda; pero como rey no tenía ni media hostia

en 1649. Después de aquello Inglaterra se convirtió en una república que en realidad fue dictadura de Cromwell, quien gobernó durante once años por la cara tras hacerse proclamar Lord Protector del país. A efectos políticos formales, lo que hicieron los de allí fue cambiar un rey por otro; pero en cuanto a los hechos, aquella republicana Inglaterra gobernada por puritanos se dedicó, Biblia en mano y con mucho

de caramelo. A ellos dos se debió, sobre todo, un rasgo característico que durante mucho tiempo (y todavía hoy colea) iba a ser propio de los británicos: una arrogante hipocresía típicamente anglosajona, basada en la convicción de pertenecer a un pueblo escogido por Dios, al que éste, en su infinita simpatía insular, situó por encima de las razas inferiores. ■

[Continuará].

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Los veteranos de la guerra de Troya

Ocurre cada año por estas fechas. Se congregan junto a los cascos deshechos por el tiempo de las cóncavas naves, esas embarcaciones que antaño fueron negras y hoy están varadas en la playa, roídas por el salitre, el viento y la lluvia. Van llegando despacio, solos o en parejas, tan quebrados de achaques que ni su perro los reconocería. Algunos apenas pueden caminar erguidos; tienen el cabello ralo y escaso, la barba poblada de canas, la piel surcada de arrugas y viejas cicatrices. Se reconocen al encontrarse de nuevo, pero lo hacen sin aspavientos ni exclamaciones de alegría. Sólo una sonrisa, un brillo fugaz en los ojos fatigados, palabras breves dichas en voz baja. Se buscan con la mirada, pasando lista, reconociendo a los que todavía acuden, advirtiendo las ausencias que cada año son más numerosas. Clarean demasiado las antiguas filas que en otro tiempo, en otra vida, fueron líneas compactas de hombres vigorosos cubiertos de bronce, falanges erizadas de lanzas cuyas puntas relucían al sol sobre los escudos. Guerreros de tremolantes cascos y bien labradas grebas, cuyos gritos de pelea infundían pavor en el corazón de los enemigos.

Y así, año tras año, cada vez más viejos y cada vez menos, los veteranos de la guerra de Troya acuden a su cita anual junto a los esqueletos carcomidos de las viejas naves, sentándose en torno a hogueras hechas con restos que el mar arroja a las playas. Recordando, más con silencios que con palabras, los combates en la llanura y bajo las murallas, la incertidumbre en el vientre oscuro del caballo de madera, la noche y la matanza a la luz de la ciudad en llamas, el botín, los prisioneros, la sangre que

encharcaba escaleras y salones, la fiera desmesura de la victoria. Y luego, el nostos, el regreso, el mar embravecido por la envidia furiosa de los dioses, los naufragios en islas ignotas, arpías y canto de sirenas, compañeros devorados por cíclopes o seducidos por hechiceras. Y las Nausicaas, las Circes, las Didos que los increpaban de lejos, desde los acantilados, cuando renunciaban a su lecho confortable para hacerse de nuevo a la mar rumbo a un sueño, a una lealtad, a las Ítacas cuyo arribo les negaban, una y otra vez, dioses vengativos y crueles.

Sólo aquí es posible reconocerlos, en esta playa bajo las estrellas impasibles, cuando se reúnen en torno a lo que queda de ellos, a su cansada memoria y su escueto futuro donde ya sólo vislumbran el pasado. A las causas en las que en otro tiempo creyeron y por las que pelearon. Al sueño de un mundo que intentaron cambiar con su inteligencia y su valentía, y que por un momento muy breve, sólo

Caminan despacio ante la sonrisa despectiva de quienes, pese a deberles cuanto les deben, ni los reconocen, ni los recuerdan, ni los comprenden

veinte o treinta siglos, se estremeció asombrado mientras ellos voceaban su coraje, roncós de pelear, y derramaban la sangre, y mataban y morían por palabras como fidelidad, compromiso, solidaridad, humanidad, civilización, cultura y quizás Europa, o cierta idea de ella nacida de ese mar viejo y sabio, única y verdadera patria, del que surgió casi todo: aceite dorado como oro líquido, mármol donde se esculpieron héroes y dioses, antiguos poemas,

vino color del atardecer, hombres y mujeres atezados de sol y siglos que sin pretenderlo, sin saberlo siquiera, hicieron el mundo mejor y más luminoso de lo que había sido y sería nunca.

Los observo cada año en estos días singulares, mientras caminan despacio ante la sonrisa despectiva de quienes, pese a deberles cuanto les deben, ni los reconocen, ni los recuerdan, ni los comprenden. A la luz rojiza de la fogata reconozco los rostros de los últimos expugnadores de ciudades: los que no se perdieron en los combates, o en el mar, o fueron asesinados a su regreso en palacios y mansiones, en hogares donde se convertían en intrusos molestos, en extranjeros. Los miro congregarse fieles, viejos, cansados, irguiéndose un instante cuando un ademán, una palabra, un recuerdo, les devuelve lo que fueron antes de ser lo que ahora son. Levantando la vista a la bóveda de estrellas por las que en otro tiempo, cuando no había agujas imantadas, ni cartas náuticas, ni localizadores geográficos, se guiaban en las noches oscuras mientras sus proas cortaban silenciosas la superficie quieta del mar. Y así, cada año por estas fechas, los veteranos de la guerra de Troya alzan el rostro hacia su pasado,

cuando el mundo los respetaba y temía, y esperaba de ellos hazañas que cambiasen la historia de los tiempos. Los veo contemplar con sonrisa fatigada, melancólica, el cielo nocturno del que hace mucho desaparecieron los dioses: esos viejos enemigos que gracias a ellos, a unos cuantos hombres y mujeres que hoy se extinguen silenciosos, casi olvidados, ya no nos gobiernan ni maltratan con sus odios y sus favores. ■

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte



Una historia de Europa (LXX)

el siglo XVII europeo fue a un tiempo fértil y sangriento. Fértil en lo que se refiere a ideas políticas, comercio y cultura; y sangriento porque una guerra atroz, la llamada de los Treinta Años, asoló el continente. *Éste es el siglo de los soldados*, escribió en 1640 el guerrero y literato italiano Fulvio Testi, y no le faltaba razón al fulano. Sin embargo, aunque dicho en frío suene raro, ese tiempo de crisis general, la guerra y el desorden que lo impregnaron todo fueron también (cosa frecuente en la historia de la Humanidad) un estímulo cultural y de progreso, pues además de convertirse en argumento para la literatura, la música y el arte, alumbraron ideas políticas y sociales nuevas, así como grandes avances científicos y técnicos. Y qué quieren que les diga. No hay mal que por bien no venga, y tales son las paradojas de la Historia. Naturalmente, en cuanto al conflicto bélico en sí, las consecuencias en las zonas afectadas fueron de espanto: crisis económica y estragos sociales, epidemias, hambre y cuanto se nos ocurra imaginar. De eso hablaremos con detalle en otro episodio; pues lo que interesa ahora, para centrar el siglo, es que el absolutismo (o sea, el poder total de los reyes) se iba a ver reforzado en casi todas partes, aunque con un par de excepciones significativas, aunque no idénticas, que al final acabarían llevándose el gato al agua: Inglaterra y los Países Bajos. Hacia allí se había desplazado el desarrollo del comercio y la riqueza de la Europa Occidental, y los puertos del canal de la Mancha y el mar del Norte mojaban la oreja a los del Mediterráneo. Se advierte ahí, cuando te fijas bien, una importante

vinculación entre el desarrollo del capitalismo moderno (moderno para esa época, claro) y el desarrollo de nuevas ideas políticas. Como señala Jean Touchard (uno de mis historiadores favoritos, o tal vez el que más), en *España, Italia e incluso en Alemania, las doctrinas políticas apenas dieron lugar a novedades, conservando la impronta de la Reforma o de la Contrarreforma*. Dicho de otra manera, que aquellos países donde la Iglesia Católica había perdido fuele para frenar las ideas nuevas (mercaderes expulsados del templo, mala fama del préstamo con interés y otros lastres tradicionales) progresaron más y con mayor rapidez que los anclados en la escolástica y en gastar su energía intelectual discutiendo sobre si el Purgatorio era un lugar sólido, líquido o gaseoso. No es casualidad que las más importantes obras de pensamiento político de entonces, las más decisivas, avanzadas e influyentes (Hobbes, Locke, Spinoza, Grocio) se parieran en Inglaterra y los

de que la fuerza y el prestigio de un país no residían en la providencia divina (los papas y la Inquisición les quedaban muy lejos), sino en las reservas de oro y plata procedentes de ultramar; que aunque eran traídas de América por España, una hábil política económica exenta de prejuicios (neerlandeses e ingleses fundaban compañías de navegación y vendían productos incluso a los enemigos), hacía posible que esos metales preciosos acabaran en los depósitos bancarios de Londres o de Ámsterdam. Se tejía así una red internacional de armadores navales y negociantes que no estaban oprimidos y desangrados a impuestos por el Estado, sino vinculados a él por los mismos intereses: prosperidad y viruta a cambio de libertad, respaldo oficial y seguridad jurídica, concepción laica de la naturaleza, derecho separado de la religión y política alejada de la teología. O sea, auténtica y práctica tela marinera. Todo eso, claro, iba a tener consecuencias: respeto al pensamiento independiente, refuerzo de la unidad nacional e influencia decisiva de una burguesía con maneras, digna en cuanto a forma y espíritu, que acabaría disputando a los monarcas el ejercicio del poder absoluto. Y esa modernidad comercial, cobijada bajo las nuevas ideas políticas y sociales, se vería reforzada

La fuerza y el prestigio no residían ya en la providencia divina, sino en las reservas de oro y plata procedentes de ultramar

Países Bajos, quedando reservada a España una mayor relevancia en arte y literatura (Velázquez, Murillo, Quevedo, Lope, Calderón, imitadísimos en toda Europa) y a Francia, aparte arte y letras, que también las tuvo, cierta originalidad en ciencia y filosofía (Racine, Corneille, Descartes, Molière). El caso es que las burguesías más avanzadas, las que daban riqueza a los países y de comer a la peña, se zambullían sin reservas en la doctrina mercantilista, convencidas

por la revolución científica, en un siglo que, aunque empezó fatal en términos generales, acabó siendo el de Kepler, Galileo, Torricelli, Pascal y Harvey, entre muchos otros nombres ilustres. Y, por supuesto, gran siglo de Isaac Newton, el más influyente científico de la historia, que al publicar en 1687 sus *Principia Mathematica* revolucionó una visión del mundo que se había mantenido casi inmutable desde Aristóteles y Tolomeo. ■ [Continuará].